

DAD AU

CIÓN CE



ENTRE TENIENTES
DE FACIONS



BJ55

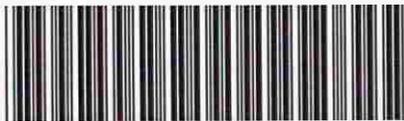
M3

C.1

NOM

RALD

011824



1080022983



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

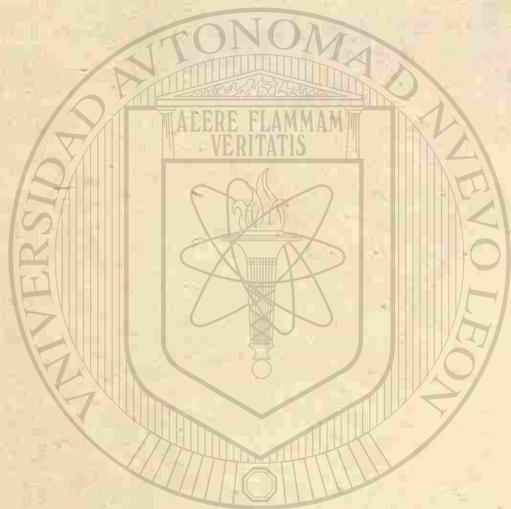
*Com.
700*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENTRETENIMIENTOS

DE

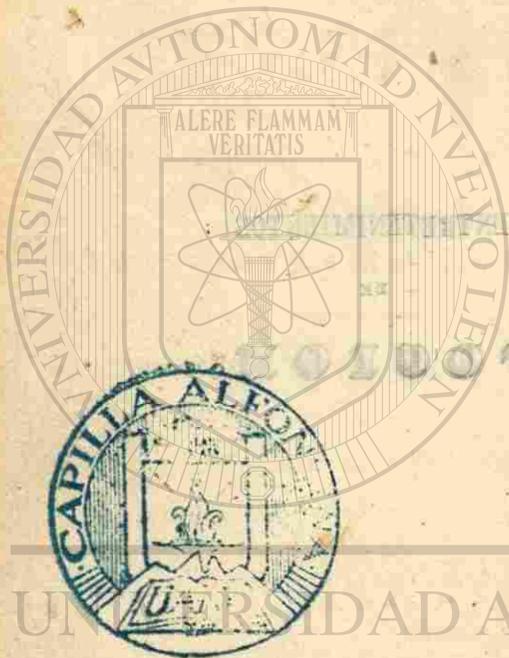
FOCION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AV. VERDE Y TIERRA
FONDO EMERITO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ENTRETENIMIENTOS

DE

F O C I O N

SOBRE

LA SEMEJANZA Y CONFORMIDAD

DE

LA MORAL CON LA POLITICA.

TRADUCIDOS DEL GRIEGO DE NICOCLES

CON NOTAS

POR EL SR. ABATE MABLY;

y del frances

POR D. MARTIN FERRIN DE LABIANO,
Presbitero, Doctor en Sagrada Teologia.

.....*Quid leges sine moribus vanæ proficiunt?*
HORAT. OD. 19. l. 3.

MEXICO:

EN CASA DE SEBRING Y WEST,
Calle de Capuchinas núm. 15.

1834.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universidad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BJ 55

M 3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

Prólogo del traductor del frances.....pág. 7
 Prólogo del traductor del griego al frances..... 9
 PRIMER ENTRETENIMIENTO..... 25
 Idea general de la situación de Atenas y de la Grecia cuando
 Focion instruyó á Aristias..... id.
 ¶ La política es ciencia, y sus principios son invariables..... 39
 ¶ La primera regla de la política es obedecer las leyes natu-
 rales..... 42
 ¶ La autoridad que usurpan las pasiones es el origen de los
 males de la sociedad..... 46
 ¶ La política debe sujetar las pasiones al imperio de la razon..... 48
 ENTRETENIMIENTO SEGUNDO..... 54
 ¶ No hay virtud, por infima que parezca, que no contribuya á
 la felicidad de los hombres..... 58
 ¶ Es el objeto principal de la política arreglar las costumbres..... 63
 ¶ No hay sin las buenas costumbres buen gobierno..... 66
 ¶ Objeciones de Aristias..... 71
 ¶ Respuestas de Focion..... 73
 ¶ Las buenas costumbres reparan los vicios..... 76
 ENTRETENIMIENTO TERCERO..... 85
 ¶ Método que debe emplear la política para hacer un pueblo
 virtuoso, y de las virtudes que debe cultivar principalmente.. 86
 ¶ De la templanza..... 88
 ¶ Del amor al trabajo..... 97
 ¶ Del amor á la gloria..... 107
 ¶ Necesidades de la religion..... 117
 ENTRETENIMIENTO CUARTO..... 122
 ¶ Del amor á la patria..... 123

011824

† De la humanidad	pág. 136
† De las virtudes necesarias en una república para prevenir los daños con que puede ser amenazada por las pasiones de sus vecinos	141
ENTRETENIMIENTO QUINTO Y ÚLTIMO.....	168
† De los medios que debe usar la política para reformar una república cuyas costumbres están viciadas.....	169
† Del uso que se puede hacer de las pasiones.....	176
† Diferentes enfermedades de los estados.....	182

PRÓLOGO

DEL

TRADUCTOR DEL FRANCÉS.

LUEGO que leí la buena doctrina que contiene este libro, y sus grandes máximas, me sentí movido del deseo de traducirle á nuestro idioma para que el público gozase de su utilidad, que sin duda será mucho si se aprovecha de sus instrucciones. Así lo ejecuté; y habiéndole manifestado á algunos amigos doctos é inteligentes, todos aplaudiéron mi trabajo, y me instáron á que se diese á la prensa. A la verdad que en él se miran confundidos muchos de los filósofos de nuestros dias; pues un gentil les hace ver, que para la perfecta Política y subsistencia de un estado es necesaria la religion, que ellos siendo cristianos han pretendido negar. Focion les enseña que se valgan de la recta razon, sujeta al Supremo Ser, y no quieran oscurecerla y apagarla con sus ideas soberbias y fanáticas. El mismo enseña, que la religion y el respeto á Dios hacen floreciente un reino; y que la sobriedad y la templanza, el amor al tra-

bajo y á la gloria (de que nos dejó ejemplo en sus operaciones) son las virtudes mas propias para que subsista sin decadencia, y pueda resistir á los enemigos que quieran combatirlo. Focion dice, que siendo buenos en nuestras casas, podemos hacer con nuestras costumbres la felicidad de los dominios que habitamos; y que del particular bien depende el público; esto es, que el general aprovechamiento resulta del bien de cada casa, el que fácilmente puede hacer un padre de familia que resplandezca ó florezca en la suya. De suerte que las ideas de este filósofo se extienden al bien de cada uno, al del estado; y lo que es mas, comprueban y sirven para asegurar con la razon humana la necesidad de la religion y la inmortalidad del alma.

He procurado traducirle fielmente, sin omitir las notas latinas, para que no carezcan de su instruccion los que ignoran esta lengua, y que sea todo con la pureza posible de la nuestra. Vale.

PRÓLOGO

DEL

TRADUCTOR DEL GRIEGO AL FRANCÉS.

HACE dos años que viajando por la Italia me hizo pasar algunos meses en el monasterio del Monte Casino un acaecimiento, con que es inútil entretener al público. Es este monasterio origen del célebre orden Benedictino, que en medio de la ignorancia en que ha estado la Europa tantos siglos, ha cultivado las letras con desvelo, debiéndole los sabios todo cuanto hoy tenemos de las obras antiguas. Es su biblioteca digna de los hombres de mérito que la han formado, y muy rica, especialmente en manuscritos. La casualidad me hizo encontrar uno de estos, que en la realidad debe ser muy antiguo, si son verdaderas las reglas de la crítica sobre este asunto. Está bien conservado, y tiene por título: *Los Entretenimientos de Focion*.

Se llevó toda mi atencion una obra hasta entónces incógnita, y cuyo autor fué uno de los hombres mas grandes de la Grecia, y tan célebre por su elocuencia,

como por sus virtudes y talento militar. Apenas la comencé á leer, me fué imposible abandonarla; y repasándola muchas veces, convidé al bibliotecario á enriquecer al público con el tesoro que poseia. Pero como este me respondiese de un modo, que satisfaciéndome poco, se lamentaba del desprecio que hacia nuestro siglo de los antiguos, de la decadencia de las letras y de la inutilidad de multiplicar originales, cuando solamente en las versiones se lee á Homero, Platon y Demóstenes, me apresuré á hacer un extracto de la doctrina de Focion. Este primer ensayo encendió en mí un deseo de traducir sus Entretenimientos, haciéndome atropellar todas las dificultades de mi empresa la brevedad de la obra, y aprovechándome despues de los instantes que he tenido desocupados para recopilar mi traduccion, que solamente habia cuidado hacer literal y exacta.

He comunicado mi trabajo con algunos inteligentes, consultando su parecer sobre algunos pasages que me embarazaban y habia copiado materialmente. Me han hecho el honor de ayudarme con sus consejos; por lo que al mismo tiempo que les tributo el reconocimiento que les es debido, no debo dejar que ignoren mis lectores, que si algunos no dudan que Nicocles recogiese la doctrina de Focion, como Platon y Xenofonte la de Sócrates; otros sospechan que esta obra bien podria haber sido compuesta en un siglo posterior aun al de Plutarco.

¡Por qué género de fatalidad, dicen, habiendo hecho Ciceron un profundo estudio de todos los filósofos de la

Grecia, esponiendo con gusto y continuacion sus doctrinas, no cita á Nicocles ni á Focion en algun lugar de sus observaciones filosóficas? ¿No es prueba este silencio de que el filósofo romano no conocia los Entretenimientos que habeis descubierto en el polvo de una biblioteca? Y si no los conocia, ¿es verosímil que existiesen en su tiempo? Añaden mas. Un escritor como Plutarco, tan exacto en referir todo lo que es propio para dar á conocer sus héroes, y que ha escrito la vida de Focion, ¿hubiera dejado de dar cuenta de su sistema moral y político, teniendo entre las manos la obra de Nicocles? En dos lugares habla del mismo Nicocles, como del hombre mas inclinado á Focion. ¿Pues cómo se olvidaria de advertir que habia hecho pasar á la posteridad el retrato mas precioso de las costumbres y vida de su amigo? Esto seria quitar la gloria de uno y otro: de lo que se infiere, que las conferencias de Focion no son de antigüedad tan alta como se cree; y que el verdadero autor de esta obra ha tomado los respetables nombres de Focion y Nicocles para dar mas valor á su doctrina.

Confieso no me han convencido las objeciones que me hacen estos críticos, aunque estoy siempre á su favor. Si es amor propio de traductor, ó me fundo en razon, lo juzgará el público. El silencio de Ciceron, si no me engaño, no es argumento invencible contra la obra que traduzco; pues si para el órden de las materias que trataba en sus Oficios, sus Tusculanos, sus

Diálogos sobre la naturaleza de los Dioses, &c. no le pareció del caso hablar de los Entretenimientos de Focion, ¿por qué los había de citar? Donde tenia ocasion de esponer su doctrina era en su tratado de Leyes, y sobre todo en sus libros de la República. Y si verosíblemente digo que en estos lo ha hecho, me parece que solo puede oponérseme una duda vaga que nada prueba; pues es bien notorio que la primera de estas obras no ha llegado entera á nuestras manos, y la segunda nos es conocida solamente por unos cortos fragmentos.

Convengo en que el silencio de Plutarco hace mayor dificultad; pero porque este no cite el escrito de Nicocles, ¿es preciso inferir que no le ha conocido? ¿No se ve que está pintado Focion en este historiador con los mismos colores que en sus Entretenimientos? ¿No será esponer del mejor modo el sistema de la moral y la política de este hombre eminente, representándole entregado inviolablemente á la práctica de las virtudes? Con razon ha creído Plutarco que se reducía á esto la obligacion de un historiador; y tal vez consideró como inútil el hablar de la obra de Nicocles, por hallarse esta en las manos de todos; ó puede ser que diese cuenta de ella en alguna de sus obras morales. Y si con el tiempo se han desaparecido muchas, ¿cómo se podrá argüir con el silencio de Plutarco? Pasemos adelante, y obsérvese que el silencio de los escritores, que la mayor parte de los críticos tienen por argumento decisivo, solo forma una débil preocupacion; y es objecion que si pudiera

valer contra los Entretenimientos de Focion, sería preciso entregarse al pirronismo, vituperado en el Padre Hardouin, y dudar con él si la mayor parte de los escritores de la antigüedad sean de los autores cuyo nombre tienen.

Pero lo que satisface á todas las dificultades que se pueden oponer es la elocuencia, energía y vigor de los Entretenimientos de Focion. Si los que solamente han visto mi traduccion, cuya debilidad no me disimulo, hubieran leído el original, reconocerian en él sin el menor trabajo el carácter que distingue el siglo de Platon, Tucídides y Demóstenes de los tiempos que le han seguido. Bien sé que muchos siglos despues, cuando la Grecia se hizo provincia romana, continuáron los griegos en hablar su idioma con pureza estremada; pero la época de la ruina de su libertad fué la de la decadencia de su ingenio. Amilanados sus espíritus y llenos de temor, ni tuviéron valor ni subsistencia. Se habló con elegancia; pero se pensó sin fuerza. Perdiéronse las ideas de lo bueno; y cultivada la elocuencia por retóricos, y no por filósofos, abandonó su sencillez antigua para hermosearse de inútiles adornos.

La filosofia, tan sabia é ilustrada en las escuelas de Sócrates y Platon, degeneró aun mas pronta que la elocuencia. Los sofistas, de quienes se lamentaban estos hombres grandes, se conjuráron contra la verdad, y la estinguieron. Para aumentar el número de sus discípulos, á quienes vendian sus lecciones, hicieron estudio

de enseñarles unas opiniones nuevas y atrevidas, con un arte de defenderlas sutilmente. ¿Se creará con facilidad que la doctrina de Focion en sus Entretenimientos haya salido de esta escoria de la filosofía? La política fué aun mas despreciada que la moral por unos hombres que ya no tenían libertad, no amaban su patria, y hacian vergonzosamente la corte á los romanos. Pero me dilato demasiado sobre esta materia. Los sabios, que conocen el genio y la suerte (si puedo hablar así) de cada siglo, conocerán mejor que yo lo que aquí callo. El resto del público nada se ocupa en estas discusiones: solo averigua si es buena ó mala una obra, y no el nombre de su autor, ni la fecha del tiempo en que se ha escrito.

Cuando Focion tomó parte en el gobierno de su patria, dividida la Grecia por sus disensiones civiles, ya no era lo que habia sido anteriormente; pero unida por las leyes de su confederacion bajo la conducta de Militiades, Aristides, Temístocles, Leonidas, &c. humilló el orgullo de los persas. Envidiosos los lacedemonios de las grandezas que habia adquirido Aténas durante la guerra de Medo, é inquietos de las ideas de ambicion y vanidad que se dejaban ver en esta república, no solicitaban mas que hacerla perder la consideracion que merecia; y por su parte, soberbios los atenienses de haber salvado á la Grecia y de ser los dueños del mar, no tardaron en quejarse de la injusticia de Lacedemonia, y la disputaron el mando de las armas, que habia gozado

tranquilamente despues que obedecia las sabias instrucciones de Licurgo. Hiciéronse estos dos pueblos varias injusticias é injurias; y en fin, se declaró la guerra entre ellos. Desde este momento la emulacion, que habia producido mil virtudes en los griegos, se convirtió en un zelo que originó mil vicios. Todas las repúblicas de la Grecia se mezclaron en esta pendencia: olvidaron que tenían un mismo origen, que no formaban sino un pueblo, y que su alianza era el fundamento de su libertad: no se conoció mas regla, órden ni subordinacion: solo se atendió á la venganza y ambicion; y cerca de treinta años que Aténas y Lacedemonia altercaron sobre el imperio de la Grecia con obstinacion, ni sus esfuerzos inútiles, ni los males que se hacian, ni su debilidad, que eran el fruto que sacaban, fueron capaces de ponerles delante sus intereses, ni de hacerlas conocer que corrian á su ruina.

Todo el mundo sabe el fin desgraciado de la guerra del Peloponeso. Sitiados los atenienses por mar y tierra, fueron obligados á recibir la ley de un vencedor, tanto mas dispuesto á abusar de los derechos de la victoria, cuanto sus sucesos le habian costado mas trabajo. Vió Aténas destruir sus fortificaciones: Lisandro la abolió el gobierno popular; y esta ciudad, tan desvanecida y fiera por su libertad, se vió precisada á obedecer á treinta tiranos. Trasíbulo la libró de este yugo riguroso; pero unos hombres viciados con la prosperidad, y familiarizados despues en la servidumbre con los vicios

mas viles, recobraron su primer gobierno, sin volver á tomar su antiguo carácter. El gusto de los placeres y el lujo de algunos ciudadanos introdujeron una licencia estremada en las costumbres. A la multitud la envileció la pobreza, y la hizo insolente y sediciosa. Se estinguió el amor de la patria y de la gloria, trocándose en amor á las riquezas. Las leyes, combatidas por las costumbres viciadas, no conservaron fuerza alguna; y los magistrados, despreciables y despreciados, carecieron de toda autoridad.

Los espartanos, aunque vencedores, no gozaron en este intermedio de mas feliz fortuna que los vencidos. Dominando sobre la Grecia, solo sentian su debilidad, porque habian renunciado las principales instrucciones de Licurgo. La injusticia, la fuerza y el engaño que quisieron emplear con el fin de afirmar y conservar su imperio, no equivalieron á la justicia, moderacion y benevolencia, por las cuales habian merecido ántes la confianza de los griegos, haciéndose gefes y árbitros de su confederacion. Asustada cada ciudad de la ambicion de los lacedemonios, temió con razon experimentar la misma suerte que Atenas si queria disfrutar sus derechos. Toda la Grecia se agitó para sacudir el yugo, ó prevenir la servidumbre; y el poder de Esparta se desvaneciò desde que los de Tébas, á quienes trataba mas como esclavos que como súbditos, se resolvieron contra su tiranía.

Se miró Tébas la principal cabeza en los negocios de

la Grecia; y la elevacion inesperada de una república, que hubiera permanecido en la mayor oscuridad, si casualmente no hubiese producido un Pelopidas y un Epaminondas, hizo aclarar una revolucion preparada por sus vicios y por la general inquietud que agitaba la Grecia. No hubo despues ciudad algo considerable que no creyese deber aspirar á la misma fortuna que Tébas. Cada pueblo hizo sus intereses aparte, y no subsistió traza alguna de la antigua union. Se olvidaron las mas respetables alianzas que hasta entónces habian tenido; y las que se formaron en medio de la turbacion y anarquía no inspiraron la menor confianza. Cambiada la política en un embrollo fraudulento, no sirvió mas que á las pasiones contrarias al bien de la sociedad. En esta situacion deplorable sorprendió Filipo á la Grecia, subiendo al trono de Macedonia; y ya se empezaba á temer su ambicion, cuando Focion tuvo con Aristias los Entretenimientos que nos ha conservado Nicocles.

Trata esta obra de la materia mas importante á los hombres. Se remonta á los principios fundamentales de la política, y se prueba que esta no puede trabajar eficazmente en la felicidad de la sociedad sino estando dirigida por las reglas de la moral mas exacta. No hay aquí sentencias comunes de algun declamador, ni especulaciones de un filósofo separado de los asuntos y que desconoce los hombres. Estos son los preceptos de un sabio, cuya filosofia no fué jamas ociosa, que aclara la

esperiencia, y que pone en la misma naturaleza del hombre los principios de la ciencia propia para gobernarle. Focion mandó casi siempre las armas de Atenas. Sus ciudadanos le encargaron las negociaciones de mayor importancia en las coyunturas mas difíciles; y él habia experimentado mil veces en el senado y en las asambleas del pueblo que su república era débil, vacilante y despreciada, porque no tenia virtud. Nosotros hemos querido formarnos una idea totalmente diversa de la política, que no mudará la verdad á proporcion de nuestra ignorancia y nuestros caprichos. Si Focion nos la descubre, retratemos nuestros errores, y cuidemos de aprovechar con sus lecciones.

Seria temeridad que yo quisiese escribir aquí la vida de este grande hombre igualándome con Plutarco, pues bien sé cuan inútiles serian mis esfuerzos. Me contentaré con hacer alguna descripcion de ella, y que sea propia para el conocimiento de las costumbres y carácter de Focion.

Pasa este de las escuelas que Sócrates habia formado al egército de Chabrias, bajo cuyas ordenes se ejercitó la primera vez en las armas; y miéntras que el jóven discípulo de Platon aprendia el arte de la guerra de este general experimentado (aunque algunas veces perezoso ó distraido) le enseñaba por otro lado á mandar con la diligencia, moderacion y exactitud dignas de un gran capitán. Descubrió Chabrias sin dificultad los talentos de su discípulo y encomendado; y en la batalla de Naxa

le confirió el mando de su ala izquierda, que decidió la victoria.

Solamente tenia Atenas estos ciudadanos que alternaban en la plaza pública ó en el senado, y servian de capitanes á la frente de sus egércitos. Unos se destinaban á las funciones militares, otros á los empleos civiles. Despues de esta division estaban igualmente destruidos los talentos y la república. Hizo Focion revivir el antiguo estilo y reunir los discursos, que era en cierto modo multiplicar los ciudadanos, los remedios del estado y los grandes magistrados. Creia que todos los conocimientos se prestan un socorro mutuo. Ganó batallas, trató de la paz, y fué el competidor de Demóstenes, quien le llamaba *Segur de sus discursos*; y solo á él temió entre todos los oradores, de que en aquel tiempo estaba llena Atenas.

Haciéndose Focion digno de todos los empleos de la república, jamas solicitó alguno. Aunque estaba seguro de mandar las armas si habia guerra, siempre aconsejó la paz; y el pueblo, á quien incesantemente reprendió sus vicios ya con vigor, ó ya con un tono risueño, fino y picante, le proclamó cuarenta y cinco veces por su capitán-general: ganó una batalla considerable á los macedonios en el Eubo: echó á Filipo del Helesponto: recuperó á Megara: atrajo á los atenienses; y deshizo al general Micion que asolaba la Atica. Ocupado siempre en recuperar las pérdidas que habian hecho los otros capitanes, y en restablecer, tanto por su

prudencia como por su valor, los negocios desesperados de una república desconcertada, no trabajaba ménos en hacer aliados á su patria, que en ponerla formidable á sus enemigos. Los pueblos, acostumbrados hacia mucho tiempo á huir con sus mas preciosos efectos de los países adonde se acercaban los egércitos de Aténas, los veian atravesar sus tierras sin el menor miedo cuando los mandaba Focion. En efecto, parecia que recobraban su antiguo espíritu marchando bajo las órdenes de este nuevo Aristides: venian delante de él con coronas de fiesta y vestidos de flores: le traian refrescos: hacia tan humanos como valientes á sus soldados: era su virtud la prenda de la seguridad y fe pública; y ninguna ciudad y ningun puerto estaban para él cerrados.

Focion mantenia en Aténas, aunque viciada, las costumbres sencillas y frugales de la antigua Lacedemonia: nacido en una mediana fortuna, amaba su pobreza: miró las riquezas como incómodas al sabio que sabe pasar sin ellas, y como un tropiezo para la virtud que no ha llegado á despreciarlas. Rehusó las gracias que quisieron hacerle Alejandro y Antipatro. Condenado como Sócrates por una asamblea del pueblo á beber la cicuta, no tuvo dinero con que pagar el veneno que se le preparaba. "Ya que es menester comprar la muerte en Aténas," decia á uno de sus amigos, "satisfacedme esta deuda, y dad doce dracmas al ejecutor."

Solo él se mantuvo tranquilo en esta tumultuosa asamblea que le condenó, de la cual no se escluyéron los es-

clavos, los extranjeros, ni aun los hombres notados de infamia. La gente de honor no sacó de allí mas que su consternacion; y desanimados con un espectáculo tan propio para intimidar la virtud, si él no les inspirase un generoso desprecio de la muerte, gimiéron y bajáron los ojos viendo á Focion acusado y cargado de grillos. "Reprobamos en nuestros padres la muerte de Sócrates; y la posteridad," debiéron decir, "nos vituperará eternamente por la de Focion. No le juzgamos, sino le asesinamos. ¡Infelices atenienses, qué suerte tan funesta nos aguarda, supuesto que es este el aprecio que damos á la virtud!"

Yendo á su prision, despues de haber oido la sentencia, dice Plutarco, que conservó Focion la misma presencia de ánimo que cuando salia de las asambleas de la plaza pública á las aclamaciones del pueblo para ir á ponerse á la cabeza del egército, ó cuando parecia en el senado despues de haber vencido á los enemigos. Tuvo la generosidad de perdonar su muerte á los ciudadanos, y mandó á su hijo que jamas pensase en vengarse de ella. Abrióron presto los ojos los atenienses sobre su injusticia, y conociéron la pérdida que habian hecho: fuéron á Megara á buscar las cenizas de un hombre, á quien sus enemigos hicieron rehusar en la Atica los honores de la sepultura: se le erigió un mausoleo y una estatua á espensas de la república, y se quitó la vida á sus acusadores, ó á lo ménos á su gefe Agnonides.

Nicocles, que nos ha conservado la doctrina de Focion, fué juntamente condenado con él á beber la cicuta. Este amigo tierno y fiel no vió en tan horroroso catástrofe mas que el espanto de ser testigo de la muerte de Focion, y le pidió le permitiese beber el veneno ántes que él. "Querido Nicocles," le respondió Focion, "me atormenta el corazon vuestra súplica; pero supuestoque en nada he faltado en tiempo alguno á vuestra amistad, quiero haceros aun este último sacrificio."

He registrado inútilmente los historiadores que hablan de los asuntos de Aténas y Grecia en los reinados de Alejandro y sus primeros sucesores, deseando hallar alguna razon de Aristias, á quien da Focion las lecciones de Moral y Política. Su nombre es poco conocido en la antigüedad: no me acuerdo que le haya tomado en su boca otro que un poeta dramático, contemporáneo de Eschiles, y de quien no nos queda obra alguna. Sin duda que Aristias, que habia adoptado los principios de su maestro, murió ántes de poder dedicar sus luces y talentos al honor de su patria. Cleofanes, á quien Nicocles dirige las conferencias de Focion, se sabe que era amigo de los dos. Plutarco nos enseña que sirvió en el ejército que mandó Focion en el Eubo, y contribuyó por su talento al suceso feliz de la campaña.

Solamente una palabra tengo que decir en cuanto á las notas que acompañan á mi traduccion. Me he propuesto no abusar del privilegio que parece se han tomado los traductores y comentadores de molestar por

una erudicion fastidiosa, ó por unas pueriles reflexiones. Cuando hablare Nicocles de Licurgo, Solon, Miltiades, Aristides, Temístocles, Cimon, &c. ó indicare algun suceso célebre de la historia antigua, suponiendo que mis lectores han visto á Herodoto, Tucídides, Xenofonte y las vidas de los hombres ilustres de Plutarco, no tendré la vanidad de quererles enseñar lo que saben: cuidaré de no dilatar me en las notas que solo tratan de la moral, que por lo regular no contendrán mas que algun pasage de los antiguos. He observado la propia regla en órden á las que miran á la política; pues no ignoro cuan inútiles son los lugares comunes sobre el arte del gobierno.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

ENTRETENIMIENTOS

DE

FOCION,

SOBRE

LA CONFORMIDAD Y SEMEJANZA

DE

LA MORAL CON LA POLÍTICA.

PRIMER ENTRETENIMIENTO.

Idea general de la situación de Atenas y de la Grecia cuando Focion instruyó á Aristias. La política es ciencia, y sus principios son invariables. Su primera regla es obedecer las leyes naturales. La autoridad que usurpan las pasiones es el origen de los males de la sociedad. La política debe sujetarlas al imperio de la razón. ®

NO desesperes de la salud de la patria, mi querido Cleofanes, que aun no ha perdido Atenas la protección de Minerva teniendo á Focion: puede ser que no estén tan depravados nuestros ciudadanos, que desprecien constantemente su filosofía; y si á esta consultamos,

presto nos pareceremos á nuestros padres, viendo renacer con prontitud á Miltiades, Aristides, Temístocles, Cimon, y una república digna de estos grandes hombres.

Penetrado de dolor á vista de los vicios que han contaminado las almas de nuestros ciudadanos, y de las implacables guerras que han sucedido á las quejas pasageras, que turbaban en otro tiempo la Grecia sin dividirla,* creo no ver por todas partes mas que funestos

* Antes de la guerra del Peloponeso formaban una república confederada, casi como está hoy la Suiza, las ciudades de la Grecia, libres é independientes, pero unidas por alianza y juramento. A pesar de las controversias que algunas veces se levantaban entre los aliados, creían los griegos que toda la nacion no tenia, ni podia tener mas que un mismo interes, y no miraban como guerras verdaderas las hostilidades que mutuamente se hacian: esto es lo que hacia decir á Platon: "A la verdad digo, que todos los griegos son entre sí muy cercanos y parientes, pero diversos y estranos de los bárbaros. Todas las veces que la Grecia pelee contra los bárbaros, ó los bárbaros contra los griegos, afirmaremos que tienen guerra y que son enemigos por naturaleza, y llamaremos batalla á estas enemistades. Pero cuando los griegos se levantan contra los mismos griegos, diremos que ellos son amigos por naturaleza; que en esto padece enfermedad la Grecia y es agitada con sediciones, y á estas las llamaremos enemistades." Platon en el *lib. v. de la Rep.* La guerra del Peloponeso, emprendida por ideas de ambicion, y sostenida con la mayor obstinacion cerca de treinta años por los atenienses, los espartanos y sus aliados, rompió toda la union entre los griegos: no se tomaron las armas solo para vengarse de una injuria y exigir su reparo,

presagios de una próxima servidumbre; y así voy á buscar el consuelo en los Entretenimientos de Focion. Derrama mi corazon en el seno sus temores é inquietudes: solamente, me dice, son inmortales los Dioses: los imperios y las repúblicas se forman y se elevan, y su misma prosperidad, de que siempre abusan, es el signo de su decadencia: son obras de los hombres, y así llevan la marca de su debilidad, y están sujetas como ellos á las enfermedades, á la caduquez y á la muerte; tú y yo deberiamos haber nacido en tiempo mas dichoso: es muy dulce bogar sobre la mar cuando un favorable viento agita blandamente las olas, y el piloto dirige su derrota con la serenidad de los cielos. Pero no murmuremos contra el orden eterno de las cosas, que no nos ha destinado á esta dicha: en medio de un mar tempestuoso y cubierto de escollos debemos aguardar contra toda esperanza, si es posible, y no abandonar flojamente la maniohra de la nave. No, querido Nicocles, me dijo Focion, no es permitido jamas el desesperar de la salud de la república: oponed gran sabiduría á los desórdenes grandes, y á los mayores peligros mayor ánimo: esperad los milagros de parte de los Dioses, que quizá los ejecutaran por vuestro medio: la república

no se destruye sino para destruir su enemigo, abatir sus vecinos, y dominar sobre toda la Grecia. Si Platon llamaba sediciones estas crueles guerras, era por enseñar su obligacion á los griegos, y convidarlos á pensar como sus padres.

puede perecer; pero es consuelo de un buen ciudadano haber puesto los medios para salvarla, aunque quede sepultado entre sus ruinas.

Qué! ¿no piensas como yo, mi querido Cleofanes? Hablamos del amor de la patria y de su libertad; que únicamente vive en los pechos de tres ó cuatro ciudadanos: nos lastimamos de aquella antigua sencillez que servia de apoyo á las buenas costumbres; gemimos bajo la posesion de estos falsos placeres, detras de los cuales corremos, no preparándonos mas que infelicidades. Focion, le decia yo ayer, no me admiro que nuestros triunfos en el curso de la guerra de Medo nos hayan inspirado una presuncion loca. Los hombres están criados mas para resistir á las desgracias, que á la prosperidad. Debiamos mantenernos con mas cuidado, y tener obligados á nuestros Dioses para que nos acumulasen sus beneficios, no permitiéndonos abusar de ellos; y nos hemos dejado deslumbrar imprudentemente de nuestras mismas glorias. No hemos comprendido que esta prosperidad desaparecerá breve si abandonamos los principios á que la debemos. Muy soberbios de reinar sobre la mar, hemos creído, despues del viage de Salamina, que nos era indigno el respetar los derechos de los lacedemonios, y no ocupar mas que la segunda plaza en la Grecia. Han buscado nuestra alianza nuestras colonias y nuestros vecinos, y hemos creído hacerles gracia en concedérsela, habiendo tenido la locura de querer venderles una proteccion que debiamos darles.

Bien presto nos hizo cometer nuevas faltas nuestra orgullosa ambicion. Hemos dejado de respetar la libertad de nuestros amigos porque eran ménos poderosos que nosotros; y despues de haberles librado del yugo de los persas, hemos querido imponerles el nuestro. Sufrían con paciencia nuestro orgullo; pero nuestra avaricia ha sublevado la suya, y se han hecho nuestros enemigos.

Fuimos castigados de nuestras injusticias por la revo-

lucion. Despues que los persas, vencidos en mar y tierra, abandonaron el proyecto de sujetar la Grecia, llevaron los atenienses la guerra á la Asia para librar del yugo de Xerxes á los griegos que allí estaban establecidos. Hacian la guerra de mala gana estos pueblos acostumbrados á la paz. Aténas los eximió de ella, contentándose con exigir un tributo anual de sesenta talentos para soportar los gastos del ejército. Pausanias, *lib. viii. cap. 52.*, se queja amargamente de Aristides: le acusa de haber abierto la puerta á la avaricia, y acostumbrado á los griegos á hacer un trato y un comercio corrompido, aun de sus alianzas y fuerzas. Cuando Pericles sucedió á Cimón en el gobierno de Aténas, levantó el tributo á seiscientos talentos, y se perdió todo. Los griegos de la Asia veian que era inútil hacer guerra á la Persia: se lamentaban de la continuacion de un impuesto que les arruinaba, y fué necesario hacerles la guerra para obligarles á su satisfaccion: cada talento pesaba sesenta libras de á doce onzas, que segun nuestro modo de contar hacen noventa marcos, valiendo hoy nuestro marco de plata cincuenta libras: el talento griego valia cuatro mil y quinientas de nuestras libras numerales, y el de oro pesaba tambien sesenta libras, ó noventa de nuestros marcos.

lucion y falta de nuestros aliados; y en lugar de abrir los ojos y corregirnos, esperamos poder ser impunemente injustos, y recurrimos á la fuerza para reinar sobre unos pueblos que hacian nuestra mayor grandeza dándonos sus bajeles y sus brazos. Ha sido preciso debilitarlos y arruinarlos, y nuestras mismas fortunas se han vuelto otras tantas desgracias para nosotros mismos. ¡Qué esperabamos nos sucediese despues de romper los nudos de una alianza antigua y respetable, que mantenía la paz entre los griegos, y que les ha hecho triunfar de innumerables egércitos de la Asia? La guerra del Peloponeso, de que somos los autores, ha sido el fecundo fruto de todas nuestras calamidades. Fuimos vencidos; y aun cuando hubieramos sido vencedores, no serian mas felices nuestra suerte y la de la Grecia.* Habíase esparcido un espíritu de turbacion desde

* Es verosímil que hubiesen abusado los atenienses de sus ventajas aun con mas dureza que los espartanos. Estaban estos habituados á la moderacion, y de ello diéron muchas señales durante la guerra del Peloponeso; y por el contrario los otros siempre tuvieron ambicion. Desde que nacian les parecia tener cierta especie de derecho sobre los paises que producian trigo, olivos y viñas, y se lisonjaban de llegar á ser algun dia dueños de ellos. En la negociacion que precedió á la guerra del Peloponeso, no ocultó Aténas sus verdaderas ideas. Tucídides, lib. i. cap. 4., hizo decir á sus embajadores: "En todos tiempos ha sucedido y sucede que los mas fuertes sean los dueños de todo: no somos nosotros autores de este reglamento, que está fundado en la naturaleza."

Aténas en toda la Grecia. El odio, la venganza, la ambicion y la sospecha estaban en los corazones de todos. Los mismos griegos se habian hecho sus mayores enemigos; y lo que cada república ejecuta desde este fatal momento para conservar su libertad, ó hacerse mas poderosa, es lo que precisamente la pierde.

No obstante, por infeliz que sea nuestra situacion, yo no sé qué interior sospecha me advierte á veces que no está todo falto de esperanza. Si los Dioses, Focion, hubieran querido nuestra ruina, nos hubieran dejado perder insensiblemente. Una corrupcion lenta nos hubiera quitado todo recurso de mejorar: una nube, de cada dia mas espesa, nos privara mirar el abismo en que íbamos á caer: pero la bondad infinita de los Dioses no lo ha permitido; ántes al contrario nos ha dado grandes advertencias, y ha querido que unas revoluciones repentinas é inesperadas nos obligasen á reflexionar aun á pesar nuestro.

Nuestra patria, que aspiraba á subyugarlo todo, vió un dia arruinarse sus murallas y establecerse en su seno

Estraña política; pero aun es mas estraño el atreverse á aprobarla. El modo con que Aténas trató á sus confederados, hace juzgar el que hubiera usado con toda la Grecia, si los espartanos hubieran padecido la suerte que sufrió ella misma. No estaria su imperio mas seguro que el de los lacedemonios cuando quisieron reinar con violencia. Hubieran experimentado los atenienses continuas sediciones, y su gobierno débil y tumultuoso les prepararia una pronta decadencia.

treinta tiranos, tanto mas crueles, cuánto eran tímidos esclavos de Lisandro: un lacedemonio, que despues de su victoria tiranizaba la Grecia, y cuyos egércitos bajo la conducta de Agesilas habian llevado el terror hasta la misma capital del gran rey, ha visto espirar su poder en los campos de Leuctro. Este imperio, que ha costado tantos trabajos á nuestros padres y á los espartanos, no pudiendo los unos adquirirlo, ni los otros conservarlo, ¡qué ciudad instruida por tantas esperiencias no ha de juzgar hoy que es cosa insensata el aspirar por fuerza á su dominio? ¡Por qué la Grecia no piensa en sí misma? No se cansan los Dioses de advertirnos y enseñarnos: ¡y no bastará la ambicion de Filipo para hacernos sabios? La Macedonia debe sus sucesos y sus fuerzas á nuestros vicios, que causan nuestra propia debilidad: ya es tiempo de conocer nuestros verdaderos intereses: lo vemos y lo sentimos: parece que queremos obrar; pero se hallan todas las facultades de nuestra alma muy entorpecidas, y aun el menor esfuerzo nos fatiga. ¡Por qué medio, ó con qué arte volverémos á hallar nuestro valor y nuestras fuerzas?

Iba Focion á responderme, cuando fuimos interrumpidos por Aristias. Es este un jóven, que aunque criado virtuosamente, habian empezado ya los sofísticos á dañar su corazon. Se presentó con el desgarró de un preocupado, que cree poseer en sí grandes verdades, y que sosteniendo opiniones atrevidas, se complace de haber dado con su socorro la mayor fuerza á las mas gro-

seras preocupaciones. Vengo á suplicaros vuestra amistad, dijo á Focion, acercándosele, la que no me podeis negar supuesto que es por el bien de la patria.

Comienzo, continuó diciendo, á dejarme de esta ociosa filosofia, que únicamente enseña unas verdades estériles, y tambien ingeniosos desvarios sobre la formacion del universo, la naturaleza de los Dioses y la alma racional; pues prontamente se sabe á lo que se dirige todo esto. Los hombres están criados para vivir en sociedad: está en sus manos el prepararse la mayor dicha: debe ocuparles el estudio de la política. ¡Y quien mejor que vos, ó Focion, podrá guiarme en esta carrera, donde por justo título habeis adquirido tan grande reputacion á la cabeza de nuestros egércitos, en el senado y en la plaza pública? Yo no sé por qué van tan mal nuestras cosas; porque á mas de no ser muy bárbara Atenas, tiene todo cuanto necesita para ser la primera república del mundo: todo abunda aquí de todas partes: nuestras riquezas, talentos* é industria atraen á noso-

* Lo que dice aquí Aristias en alabanza de su patria, se parece mucho á lo que se halla en el elogio fúnebre que pronunció Pericles en los funerales de los que habian muerto en la primera campaña de la guerra del Peloponeso. Tucídides *lib. ii. cap. 7.* Se mejante discurso es digno del orador que le hacia; esto es, de un magistrado, que para hacerse mas poderoso habia corrompido las costumbres de su república. No hablarían así Aristides, Temístocles y Cimón. Las calidades que Pericles alaba en los atenienses son otros tantos vicios disfrazados con arte bajo los engañosos

tros las delicias de todo el orbe: nacidos á cultivar las artes, las perfeccionamos: ha pulido la filosofía nuestras costumbres, y hemos aprendido á hacer fáciles, cómodas y agradables las virtudes: el amor de la gloria sabe separarnos sin violencia de los placeres, y poseemos en excelente grado la discrecion de saber gozar las ventajas de la sociedad. Y sin desvanecernos, ¿no podemos mucho mas incontestablemente que nuestros vecinos?

Mirad la pesadez de los espartanos: deliberáron dentro de un mes lo que les precisaba haber ejecutado hace quince dias. A la incapacidad de los beocios solo iguala su misma presuncion. Creen tener derecho para gobernar la Grecia por un solo momento que tuviéron su dominio. La Focidia con su templo de Delfos se detiene en un respeto tan ridículo como profundo por los oráculos de su Apolo. Corintio está groseramente ocupada con la plata y comercio que hace sobre los dos mares. El resto de la Grecia no merece el honor de ser nombrado; y si no le hubieramos instruido un poco, todo estaria aun en la barbarie que nuestros respetables antepasados del tiempo de Teseo. Sin embargo, yo no estoy contento con nuestras ventajas: me parece que nuestros magistrados no saben sacar partido de nuestras buenas

adornos de la elocuencia. Cuando los atenienses, siempre vanos y deseosos de alabanza, no tuviéron virtudes, tomaron el partido de alabar sus vicios, y sacar de ellos mas vanidad que correccion.

calidades, y conozeo que la república, que debia gobernar imperiosamente la Grecia, se destruye y parece por falta nuestra: nada se nos esconde en el trato de gentes, y nada hacemos de lo que debíamos hacer. ¿De qué nos sirven nuestros talentos? Será preciso proponer nuevas leyes, ó á lo ménos corregir las antiguas. Solon pudo ser bueno en aquella ocasion; pero segun los tiempos, varian las costumbres. Una política fria y sin discurso solo es propia para entorpecer los ciudadanos. En fin, no dejan de inquietarme Filipo y su Macedonia. Es indecente que no le hayamos contenido en su deber.

Se sonrió Focion á estas palabras: yo estuve tentado vivamente de corregir un presuntuoso, que escitaba nuestro desprecio, creyendo merecer nuestra admiracion. No obstante callé, y continuó Aristias su discurso, esponiéndonos por menor sus reflexiones. Todo fué censurado en la república; y tal es la enormidad de nuestros desvarios, que tenia suficiente razon para criticarlos: pero nada iguala á la locura de los remedios que propuso. Se alababa de sus descubrimientos: condenó repetidamente la ley* que prohibe perorar en la plaza públi-

* Esta ley era de Solon; y desagradaba mucho á los jóvenes de Atenas, que llenos de orgullo, despues de haber frecuentado las escuelas sofisticas, no dudaban que estaria mas bien gobernada la república si se les permitiese subir á la cátedra para sus acostumbradas arengas, y ponerse á la frente de todos los asuntos. Regularmente no era muy observada esta ley en tiempo de Focion;

ca ántes de la edad de cincuenta años: nos dió á entender directamente que esta ley ridícula privaba á la república de sus sabios consejos; y finalmente, calló cuando creyó habernos probado que él era el genio tutelador de Atenas, y que no se le podría culpar si proseguía la república en su decadencia.

Os doy gracias, le dijo Focion, por las luces que me habeis comunicado, y no puedo dejar de alabar vuestro zelo por la patria. Habeis explicado con grande espíritu muchos vicios de nuestra república y de la Grecia; con todo, me parece que en el cúmulo de remedios que quereis aplicar, no habeis seguido un cierto orden y método que creo necesarios, y sin los cuales todo lo que proponéis paliaría por algun momento, pero no sanaría enteramente nuestros males. ¿Qué diriais de aquel médico, que llamado para ver un hidrópico escitado de la mas ardiente sed, mandase sin reflexion que se le diera inmediatamente de beber? ¿Que porque le viera inflamada su sangre, le hiciese poner desde luego en un baño? ¿Seria esto medicina, ó un consejo pérfido de un charlatano ignorante, que sin curar la enfermedad, solo

porque segun la observacion de Mr. l'Abbé de l'Olivét sobre la primera Filípica, no tenia mas que treinta años Demóstenes cuando dijo esta arenga. Quizá estaria exceptuado este orador de la regla general por sus grandes talentos: pero es mas verosímil que esto fuese un abusó seguido del descrédito en que habian caído las antiguas leyes.

cuida en dar á su enfermo un alivio tan pasagero como funesto? ¿Os atreveriais á ser médico ántes de haber estudiado toda la máquina del cuerpo humano? Sin duda que no. Quisierais conocer por menor sus principales partes, é instruiros de sus funciones, de sus diversos respetos, y haber observado y examinado la virtud y propiedad de cada remedio. Es la política, Aristias, la medicina de los estados, y no requiere esta ménos conocimiento y reflexion que la otra. Ántes de considerar muchas cosas para hacer que florezca nuestra patria, ¿habeis comenzado á inquirir y averiguar en vos mismo la razon, por la cual han consentido los hombres en renunciar la independenciam que han nacido, y se han establecido entre sí mismos gobiernos, leyes y magistrados? ¿Habeis reflexionado bien sobre la naturaleza del espíritu y corazón humano, y sobre la felicidad de que somos capaces? ¿Habeis advertido el origen de nuestras pasiones? ¿Conoceis bien su fuerza, actividad y caprichos? ¿Habeis procurado despojaros de lo que os preocupa para solo consultar á la razon, y elevaros con su socorro hasta el conocimiento general de la naturaleza sobre nosotros mismos? Y en fin, ¿habeis procurado separar nuestras verdaderas necesidades de aquellas que nosotros mismos nos hemos ocasionado: de estas necesidades artificiosas, que quizá nos causan todas las desdichas, no obstante que nos procuren algunos placeres de un intervalo breve con que somos engañados?

Sin estos conocimientos preliminares, ¿quien os concederá que el objeto que proponéis sea en realidad el que debéis proponeros? ¿Cómo sabréis seguramente que el remedio que empleáis producirá el bien que se espera, ó que aplicándole á una parte de la sociedad, no dañará á la otra? No sería la política mas que un arte tan despreciable como el de los charlatanes que hoy la ejercen en la Grecia, si librándonos de un mal solamente para darnos otro, no comprendiera la causa de los mismos vicios que destruyen el cuerpo de la república, ó que irritan y alteran sus humores. Si solo buscáis, Aristias, un conjunto de charlatanerías, no soy vuestro amigo, porque os advierto que no es esta la verdadera política. No es el arte de engañar los hombres el de hacerlos felices; porque no está gobernada la Grecia sino por los que la empeoran, decide imperiosamente nuestra suerte una inconstante, caprichosa y cruel fortuna. Corriendo detras de una dicha quimérica, sombra ligera que nos engaña, y que no pueden detener nuestras manos, ¿por qué nos admiramos de no hallar sino desdichas? Ocupados solamente con el presente instante, este se nos escapa sin detencion; y puesta siempre nuestra política en unas circunstancias no previstas, va engañar sus esperanzas y desconcertarse sus proyectos. Esperimentamos que lo que ayer parecia procurar algun género de calma á la república, hoy escita una tempestad nueva. ¿Por qué pues no volvemos á meditar aquellos lucidos principios, fijos é inmutables,

que nos ha dado la naturaleza para buscar y afirmar nuestra felicidad?

Gozaba yo de un duplicado placer, querido Cleofanes, escuchando á Focion: veía que Aristias, considerando interiormente lo que decia, estaba combatido con el deseo de instruirse y el temor de ser engañado. Pintábanse sucesivamente estos sentimientos en su rostro; y así, por ayudar á su razon, le dije: Os aconsejo, Aristias, que no perdáis enteramente el consuelo por no veros tan hábil como lo es Focion: se avergonzó y se sonrió. Valor pues, que si sois generoso en concederme que en veinte años que teneis de edad se pueden ignorar muchas cosas, seréis sin duda digno de ser su discípulo. A estas palabras tomó en Aristias el amor á la verdad superior lugar al amor propio: y echándome sus brazos al cuello, solo por respeto dejó de abrazar á Focion.

¶ Confieso, dijo á Focion, por muy bueno el que yo esté pronto á corregir vuestras leyes y réparar las faltas de nuestros magistrados. Veo que sin conocer mis errores sin duda he de ser engañado; y no obstante, cuanto mas reflexiono, comprendo ménos vuestro pensamiento. ¿Cómo puede ser, prosiguió, que en medio de las revoluciones, que cada dia mudan la naturaleza de los asuntos y el semblante de las sociedades, tenga el arte de gobernar principios fijos, determinados é inmutables? Sin duda alguna, respondió Focion, supuesto que tambien son fijos, determinados é inmutables los de

la naturaleza del hombre, á quien debe hacer dichosa la política. Pueden mudarse los negocios con nuestros caprichos; mas de estas mudanzas ninguna se sigue á las reglas de la naturaleza, ni al destino de los hombres y la sociedad. Pero, insistió Aristias, dad una vista, Focion, á los bárbaros que cercan la Grecia: ¿qué prodigiosa diferencia no hallais entre los persas, los escitas y los macedonios? Parece que nosotros los griegos formamos otra clase de hombres aparte: ¿cada una de nuestras repúblicas no varia aun en costumbres? ¿No aspiramos todos á diferente dicha? Lo que seria sabio en la Grecia, donde queremos ser libres, ¿se haria vicioso en la Persia, que ama la servidumbre? ¿La Arcadia, situada en medio del Peloponeso, puede proponerse el mismo objeto que Corinto? ¿Nosotros, que cultivamos una tierra estéril é ingrata, hemos de imitar á un pueblo que habite la fértil Laconia? Supuesto pues que la sociedad tiene segun los lugares y tiempos diferentes necesidades; y supuesto tambien que las nuevas circunstancias y una repentina revolucion hacen á un pueblo muy diferente de lo que era ántes, ¿no deberá ser la principal atencion de la política el variar sus principios y conducta?

Que varíe el modo de aplicar sus principios, lo concedo, respondió Focion, ya porque todos los pueblos que se engañan no están en el mismo grado de error, y ya porque unos están mas remotos que otros del camino que conduce á la felicidad. Pero ¿creeréis, querido

Aristias, que siguiendo lo estraño de nuestros gustos, debe tener la naturaleza, tan inconstante y caprichosa como nosotros, diferentes géneros de felicidades para distribuírnoslas? No: no tiene mas que uno, que ofrece igualmente á todos los hombres; y ha de principiarse la política por el conocimiento de esta felicidad, de que es capaz el hombre, y por el de los medios que se le han dado para llegar á ella.

Aristias, imaginaos unos imprudentes caminantes, que partiendo de Atenas para Corinto sin instruirse del camino que deben seguir, se extravien por la carrera de Jonia, Tracia ó Macedonia: llegarán siguiéndola á las provincias donde nace el día, á las naciones hiperbóreas, ó á los bárbaros que habitan de la otra parte del Tanais; pero á pesar de su valor ó su paciencia, perecerán de fatiga y miseria ántes que encuentren sobre las fronteras del mundo á este Corinto, que no estaba mas que algunos estadios de distancia, y adonde podian llegar cómodamente. Así pues es el error de todos los pueblos: buscan penosamente la dicha donde no está, y llaman política la inquietud que les fatiga en un curso incierto y engañoso.

¿Sabeis, Aristias, continuó Focion, cual era la situación de Lacedemonia cuando le diéron los Dioses por legislador á Licurgo? Todos los espartanos se habian propuesto unas ideas falsas y quiméricas de su dicha: los dos reyes creian que consistia en gobernar una loca multitud de esclavos: los ricos en robar al pueblo; y to-

do el resto del vulgo en despreciar las leyes con que se queria oprimir. Si alguna vez se reunian las diferentes órdenes de la república, era solo por unas ideas de ambicion y avaricia que las hacian odiosas á los pueblos vecinos á la Laconia, sobre los cuales ejercian sus públicos ladronicios, experimentando de ellos por turno la venganza.

Si Licurgo hubiera fomentado los errores de su patria en lugar de disiparlos, continuarían los espartanos en ocasionarse disgustos: siempre puestos á la mira de los desórdenes de la tiranía y anarquía, y siempre desgraciados, desvaneciéndose de ser algun dia felices, no hubieran cesado de aniquilarse sino cuando uno de sus enemigos les hubiese reducido á la condicion de los helotes. Este hombre, para ellos divino, les puso en la rueda de su fortuna: fué sencilla su operacion: no se dejó arrastrar de sus preocupaciones: quiso consultar á la naturaleza: descendió hasta lo mas secreto del corazon humano, y penetró lo mas oculto de la providencia.

¶ Sus leyes, hechas para reprimir nuestras pasiones, no se dirigieron á otra cosa que á esplicar y afirmar las leyes mismas que el Autor de la naturaleza nos prescribe por el ministerio de la razon con que nos ha dotado, y que es solamente el magistrado* supremo é infalible de los hombres.

* No puedo dejar de poner aquí á la vista de mis lectores un párrafo de Ciceron, admirable en su República: "Y á la verdad, que

A estas palabras, querido Cleofanes, Aristias todo imbuido de la doctrina de nuestros sofísticos, no pudo con-

"la verdadera ley es la recta razon, conveniente á la naturaleza, "derramada en todos, constante, sempiterna, que llame al oficio "enseñando, y aparte con terror del engaño prohibiéndolo: y la "que con todo eso, ni en vano manda ó veda á los buenos, ni vedando ó mandando mueve á los malos: á esta ley ni es lícito re-nunciarla, ni es permitido quitar algo de ella, ni toda se puede "borrar: ni podemos ser desatados de esta ley por el senado ó el "pueblo: ni se ha de buscar alguno que la explique ó pueda ser in- "terprete suyo: ni habrá otra ley en Roma, otra en Atenas, otra "ahora, ú otra despues de esta; sino que á todas las gentes y en "todo tiempo las contendrá una ley que siempre dura y es inmu- "table, y será uno como el comun Maestro y Emperador de todo "aquel Dios, que es inventor, escudriñador y dador de esta ley, á "quien el que no le obedeciere, él mismo se huirá, y despreciará "la naturaleza del hombre, y por esto mismo pagará grandes pe- "nas, aunque se hubiese escapado de los demas suplicios que pue- "dan imaginarse." Esta es la razón con que se explica Ciceron de un modo tan sublime y verdadero, que debe ser el principio y regla de toda la moral y la política. No tienen las conferencias de Focion otro objeto que el de descubrir y explicar esta importante verdad. Aun dice Ciceron en su tratado de Leyes: "Qué "cosa hay mas divina que la razon, no solo en el hombre, sino en "todo el cielo y la tierra! La cual cuando creciere y se hallare "perfecta se llama comunmente sabiduría. Es pues (porque nada "hay mejor que la razon, y ella está en el hombre y en Dios) la "primera compañía del hombre con Dios: es un derecho con el "que está unida la sociedad de los hombres, y lo que constituye "una ley. Esta ley es la recta razon de mandar y prohibir, y el "que la ignora ese es injusto, hállese ó no escrita. Pero si por los

tenerse sin interrumpir á Focion: ¿Pues cuales son, dijo, esas leyes misteriosas que nos impone la razon? ¿Por qué se han de apagar las pasiones, cuyo saludable fuego da el movimiento y la vida á la sociedad? ¿La naturaleza, que nos manda con imperio correr sin detencion á la felicidad, no nos hace conocer claramente su voluntad y nuestro destino por un atractivo del placer, ó un cierto punto de dolor con que arma todo aquello que nos cerca? Yo huyo, ó sigo un objeto, siguiendo el impulso que me llama, ó me aparta: ¿cómo me estraviaré del camino recto obedeciendo este instinto? ¿Mis pasiones, nacidas en mí aun ántes que mi razon, no son, como tambien esta, obras de la naturaleza? Esta oscura antorcha, que dicen debe guiarme, ¿por qué ha de resplandecer la última á mis ojos? Si la naturaleza hizo los hombres para obedecer á la razon, ¿por qué han de ser dueños de desobedecerla? ¿Por ventura, es esta naturaleza tímida, débil, sin poder, y limitada como nuestros magistrados?

“preceptos de los pueblos, por los decretos de los príncipes, ó por las sentencias de los jueces se constituyesen los derechos, sería derecho hurtar, sería derecho adulterar, y sería derecho suponer los testamentos falsos, si todas estas cosas se probasen con los hechos ó dichos de la muchedumbre: y si tanto es el poder de las sentencias y mandatos de los malos, que con sus socorros se muere de la naturaleza de las cosas, ¿por qué no juzgan qué las que son malas y perniciosas se tengan por buenas y saludables? ¿O por qué pudiendo hacer la ley derecho de la injuria, no pueda hacer la misma lo bueno de lo malo?”

En una palabra, esta razon, con que se alaba á inciertos oráculos, y con la que nos hacemos tan soberbios, no es otra cosa que efecto de nuestra vanidad. Damos este nombre á unas preocupaciones formadas por el acaso, y consagradas por la educacion y el hábito: diferente en la Persia, en Egipto, en la Tracia, y casi diversa en todas las ciudades de la Grecia, cada una cree tenerla, y ninguna, á la verdad, la posee: por otra parte débil, lánguida y siempre esclava, ¿sobre qué funda su afectado imperio? Solamente de él gozan las pasiones, y es la naturaleza quien se las ha dado, juntamente con la fuerza necesaria para subyugarlas.

¡Ah, joven, replicó Focion, cuanto os compadeciera si estos errores de vuestro entendimiento pasaran á vuestro corazon para sofocar el fruto de la virtud! En vuestra edad parece la virtud una paradoja atrevida, que es preciso sufrírosela, supuesto que en vuestros pocos años no hay filósofo sino por pasion: algun dia tendréis vergüenza de haber confundido los groseros apetitos de nuestros sentidos y las preeminencias del alma con las prudentes leyes que nos prescribe la razon.

¡Ah, mi querido Cleofanes, que no habeis sido testigo de nuestra conversacion! Si vierais á Focion, aquel que en los tumultuosos debates de nuestra plaza pública supo siempre conservarse sereno, irse insensiblemente enardeciendo en favor de los intereses de la razon y la virtud, porque vió se le daba distinto origen, siendo co-

ce de calidades tan opuestas? ¿Por qué estamos tan llenos y cercados de asechanzas? O á lo ménos, ¿por qué no se han de dar á nuestra razon las fuerzas ó el encanto que poseen nuestras pasiones?

Conoced, le dijo Focion, la suprema sabiduría, y humillaos conmigo en su presencia. Supuesto que por todas partes estamos acosados con estrechos límites, no seamos tan temerarios que queramos comprender, abrazar y medir un Ser infinito. ¿Quienes somos nosotros para pedir que nos dé cuenta de sus designios y de su conducta? Lo que vemos de su sabiduría, debe dejarnos en una profunda y aun respetuosa admiracion, para lo que no alcanza la comprension nuestra. Si nos descubriera el sistema general del mundo, ¿seria bastante perspicaz y estensiva nuestra vista para reconocer todas sus partes y sus individualidades? No, querido Aristias: si el Autor de la naturaleza quisiera revelarnos todos sus secretos, no los comprenderiamos: nos enseñaria unos misterios, á los que no podria alcanzar nuestra razon, hecha solamente para las verdades de inferior orden.

Limitemos nuestros conocimientos y averiguaciones. Las verdades que nos importa conocer, pródiga la Providencia las ha puesto en nuestra mano, para decirlo así; pero lo demas está oculto bajo un velo impenetrable. ¿De qué pues nos quejamos? ¿No está suficientemente probado que las pasiones no nos dan el bien que prometen? ¿Falta nuestra razon á advertirnoslo? ¿Por qué no oponemos la prudencia de Ulises á las sire-

nas, cuya melosa voz no nos llama mas que para devorarnos? ¿Esperará la política nuevas revoluciones en los estados, nuevas desgracias y decadencias para convencerse de que la felicidad de las sociedades quiere otro fundamento que el de las injustas, ciegas, inconsistentes y caprichosas pasiones? Haced, querido Aristias, un retrato del espectáculo que ofreceria la tierra si todos sus habitantes, semejantes á aquel divino Sócrates, de quien Platon y Xenocrates me han dado muchas veces la idea, uniesen entre ellos todas las virtudes. Si es verdad que en esta nueva edad de oro habitaria la felicidad entre los hombres siendo reprimidos y dirigidas las pasiones por la razon, ¿no es mas cierto que debe la política hacernos amar la virtud, y que esta es el único objeto que deben proponerse los legisladores, las leyes y los magistrados?

Podrán los sofísticos declamar contra los derechos de la razon en favor de las pasiones cuando puedan hacernos percibir las grandes ventajas que saca una república de la avaricia, prodigalidad, pereza, intemperancia é injusticia de sus ciudadanos y magistrados. Convidadlos, mi querido Aristias, si quereis confundirlos, á reflexionar los siglos pasados: hacedles observar que la Grecia fué regada de sangre y lágrimas, en tanto que nuestros antecesores, mas semejantes á las bestias silvestres que á los hombres, viviéron bajo el imperio de las pasiones: convidad á esos grandes filósofos, tan enemigos de la razon, á que nos enseñen por qué no prin-

ENTRETENIMIENTO SEGUNDO.

No hay virtud, por ínfima que parezca, que no contribuya á la felicidad de los hombres. Es el objeto principal de la política arreglar las costumbres. No hay sin ellas buen gobierno. Reparar los vicios. Objeciones de Aristias, y respuestas de Focion.

NO se engañó Focion, querido Cleofanes. Sus palabras, como una ráfaga de llama, habian encendido mucho fuego en el corazon de Aristias. Vino este jóven ayer á mi casa, y embarazado en detenerme, no se atrevia á mirarme. ¡Qué sabio es Focion! me dijo rompiendo su silencio. Yo me perdía, y sus discursos han hecho revivir en mí un gusto á la virtud, que yo mismo trabajaba infelizmente para destruirla. ¡Qué ilustrado me ha parecido, aunque abatía mi amor propio! No temía otra cosa que parecerle tan despreciable como yo me parecía á mí mismo. Despues que le he visto, solo me he ocupado en meditar su doctrina. A la verdad, me admiro de mi temeridad en querer saberlo todo, y de la debilidad con que he sido el engaño de algunos sofismas. Comenzando á conocerme, doy principio á gustar un género de tranquilidad, con quien no creo se acompaña el error. Estoy impaciente por volver á ver á Focion; pero temo presentarme á su vista, y que no me encuentre aun digno de escucharle.

Aristias, le respondi, los sofistas se irritan cuando alguno se atreve á oponerse á sus opiniones, porque sola la avaricia es la que fomenta sus palabras. Temen no sean aplaudidas sus lecciones, de que hacen un trato mercenario; pero un verdadero filósofo no tiene otro interes que el de la verdad, y sabe muy bien cuan estraña nos es por no sernos indulgente. Focion (os respondo por él) perdonará á vuestra edad el haberse dejado llevar de los sofisticos, y haberos engañado las pasiones, aun mas hábiles que ellos: tendrá á bien vuestro arrepentimiento, y os perdonará vuestros errores supuesto que los abjurais, y que siempre parece bien el enmendarse. Venid, Aristias, conmigo para aprender nuevas verdades; y quieran los Dioses hacerlas útiles á la república.

Gozad de vuestra victoria, le dije á Focion, acercándosele, que aquí teneis á Aristias rendido á la razon en una edad en que se hace mérito de no consultarla. La presencia de un hombre virtuoso, mi querido Cleofanes, tiene casi el mismo poder que los altares de los Dioses, que animan á los suplicantes que se acercan: no tuvo Aristias para serlo algun impedimento: aseguró á Focion que volvía á la razon toda su dignidad y sus derechos. Es estraña locura, dijo, atreverse á usurpar el nombre de filósofo al mismo tiempo que se iguala con los animales, y pretender raciocinar defendiendo que no hay razon: no puedo comprender por medio de qué digresiones he venido á creer que la sabiduría consiste

en que obedezcan á la razon las pasiones, de quienes una cotidiana esperiencia nos da á conocer el porte, los caprichos y la injusticia. La felicidad es sin duda compañera del órden y de la paz; y las pasiones, enemigas aun las unas de las otras, están en un perpetuo estado de combate. ¡Qué bienes puedo esperar de esto? Y por el contrario, ¡qué males no debo temer, y mas si mi razon no se hace su mediadora, su árbitro y su juez? Acuérdomme de aquellos cortos instantes de mi vida en que obedecí á mi razon, y de que gocé en ellos una especie de gusto superior al que dan los sentidos. He comparado estos momentos á los días de error en que gobernaban mis pasiones, y no me ha representado mas mi memoria que unos placeres acompañados de turbacion, inquietud y arrepentimiento: aun no descubro bien mi corazon con este recuerdo.

He llevado la consideracion á otro teatro mayor, y he visto á las pasiones, como otras tantas furias, llevar la desolacion por toda la tierra, mudar los magistrados en enemigos de la sociedad, echar á sus piés las mas santas leyes de la humanidad, y destruir en un instante los mas formidables imperios. Pregunté á mi razon: descubria á lo léjos la verdad, y juzgaba que estaba en el camino que conduce á ella; pero mis extravíos pasados me han enseñado á desconfiar de mí. No me atrevo, Focion, á caminar sin vuestro socorro. No oso á entrar solo en el santuario de esta política sublime, que no tiene otro instrumento ni otro apoyo que la virtud:

temeria profanarlo: sed mi guia, y dadme un conocimiento nuevo.

Aristias querido, le respondió Focion despues de haberle abrazado tiernamente, son vuestros progresos mas rápidos de lo que yo esperaba: habeis tenido ánimo para quitar á las pasiones la máscara con que se cubren para engañarnos: poca verdad hay donde está prohibida descubrirse. Estais persuadido que la razon es el órgano por el cual nos hace conocer sus intenciones el Autor de la naturaleza, y que ella sola nos puede llevar á la felicidad. Sabed pues, querido Aristias, que la política debe ser el ministro y cooperador de la Providencia entre los hombres, y que nada hay mas despreciable que el arte engañoso, que apropiándose este nombre, no tiene mas reglas que la preocupacion pública y las pasiones de la multitud: que no emplea mas que la astucia, las injusticias y violencias; y que alabándose de acertar por contrarios caminos al órden eterno de las cosas, ve desvanecerse entre sus manos la dicha que juzgaba poseer.

Es mas sabio que todos nuestros legisladores el esclavo que cultiva vuestros campos: para recoger abundantes mieses ha estudiado la cultura que necesita la tierra, observando las estaciones que tiene destinadas para la produccion de cualquier fruto, sin pensar jamas mudar el órden. La política sigue constantemente este ejemplo despues de haber penetrado en los secretos de la naturaleza las causas de su felicidad sobre el destino

del comun. Luego que sea prudente para no imaginarse mas hábil que la naturaleza, será la moral su principal estudio, la cual enseña á distinguir las verdaderas virtudes, de las que no tienen mas que el nombre de tales, y que la preocupacion, la ignorancia y la moda han imaginado. Su primer cuidado será apurar sin cesar la moralidad, dando una particular atencion á las virtudes que son mas necesarias á la sociedad, y debe ser su principal objeto tomar las mas eficaces medidas para impedir que las pasiones salgan victoriosas del continuado combate que nuestra razon está condenada á sostener contra ellas: en una palabra, es todo su fin el tener las pasiones como encorvadas bajo un yugo, afirmar el imperio de la razon, y dar alas á la virtud.

¶ Entremos por menor en las que debe cultivar la política; pero ántes respondedme, Aristias, á mi intento. Cuando comprais un esclavo, ¿os importa poco que sea bribon, pícaro, gloton y mentiroso, ó que tenga las calidades opuestas á estos vicios? ¿No os es tambien mas ventajoso que vuestro vecino sea justo, humano y bienhechor? ¿Os es igual que vuestro amigo sea dirigido por sus gustos, corrompido, injusto y vinoso, ó que sea atento á llenar las obligaciones de un hombre de bien? Cuando un matrimonio, que os deseo feliz, os haya elevado á la dignidad de padre de familia, ¿os será indiferente que vuestros hijos contraigan el hábito del vicio ó el de la virtud, y que vuestra muger tenga las

costumbres de una cortesana, ó el que sea casta, modesta, retirada y económica?

No espero vuestra respuesta, prosiguió Focion: ya la sé: pero supuesto que la muger, los hijos, los amigos, los vecinos virtuosos y los esclavos fieles á su obligacion son tan propios para hacernos dichosos en el seno de nuestras familias, en donde pasamos la mayor parte de la vida, ¿por qué despreciará la política este importante ramo de nuestra felicidad? Yo no ignoro que bajo el pretesto de no sé qué elevacion de espíritu, se burlan hoy con desprecio de las virtudes económicas nuestros atenienses, que no les comprendo en la realidad. Se dirá que no es hombre de bien no siendo un héroe; pero es porque la corrupcion que reina en lo interior de nuestras casas, nos hace incapaces de practicar aquellas virtudes caseras que tomamos el partido de despreciar. La modestia en las costumbres nos parece ó bajeza ó rustiquez. Queremos que nuestras casas sean una especie de asilo, donde no se atreva á entrar la ley para instruirnos de nuestras obligaciones, no obstante que en el centro de nuestras familias es donde han dado el primer modelo de las leyes y la sabiduría los padres tiernos y prudentes: decimos que es degradar á los magistrados el ocuparlos en nuestros cuidados domésticos; pero realmente solo queremos mantener impunemente nuestras malvadas costumbres. Disgustados de la sinceridad de nuestros padres, deseamos el fausto y elegancia aun en las virtudes, que es conocer bien

mal su naturaleza y el lazo que las une unas con otras.

No creo con facilidad las calidades sublimes de estos héroes, á quienes alaba un gran teatro de locos espectadores. Solo por el ejercicio de las virtudes domésticas se prepara un pueblo á la práctica de las públicas. El que no sabe ser ni marido, ni padre, ni vecino, ni amigo, no sabrá ser ciudadano. ¡Pensais, Aristias, que los hombres sin virtud, y acostumbrados á obedecer á sus pasiones en el centro de sus familias, siguiéndose unos á otros en el extravío del ordinario curso de la vida, tomarán repentinamente nuevo genio y nuevas inclinaciones entrando en el senado, ó en algun puesto público? ¡O que sus pasiones y vicios no se atreverán á inspirarles la maldad, segun tienen costumbre, cuando se trate de deliberar sobre los intereses de la república, ó de decidir su suerte? No lo esperaba Licurgo, ménos presuntuoso que nuestros sofisticos y oradores, y así tuvo una particular atencion en reformar las costumbres domésticas de los espartanos: puso mas leyes para hacer las gentes honestas, que para arreglar la forma del senado y la política de las públicas asambleas. Sabia bien que los hombres virtuosos van como por instinto delante de sus obligaciones, y que tendrán siempre buenos magistrados.

En efecto, ¿por qué especie de milagro se verá en una república una serie de hombres de bien á la cabeza de todos sus negocios, si no comienza á tener por ciu-

dadanos unos hombres acostumbrados á practicar las obligaciones de la vida privada? Es menester que un pueblo sepa estimar la virtud para dar á sus magistrados el ánimo y constancia que necesitan en el ejercicio de sus funciones. Debe amar la justicia para desear un magistrado que sea siempre justo, firme y tan inflexible como la misma ley. Los ciudadanos viciados lo repugnarán, y su probidad les servirá de carga: le preferirán un Cleon que halague sus vicios, cuyo corazon esté abierto al interes, y cuya mano descuidada y débil deje torcer desigualmente la balanza de la justicia.

Juzgad, querido Aristias, de la doctrina que os esplico, por lo que ha pasado en nuestros dias en nuestra república. Apénas hubo corrompido nuestras costumbres Pericles,* pretendiendo pulirlas: apénas comenza-

* La abundancia del dinero que los tributos de los aliados llevaron á Atenas, el lujo que se siguió, y las contribuciones que hizo pagar Pericles al pueblo para asistir á los espectáculos y á los juegos de la plaza pública, fuéron las principales causas de la corrupcion de las costumbres de los atenienses. Solo hablaban de fiestas y de placeres. La estimacion concedida á las artes inútiles las hizo hacer rápidos progresos; y no cuidando mas los atenienses que del gusto, la elegancia y la observacion, miráron á sus padres como hombres groseros, no haciendo caso de las virtudes. Pinta admirablemente Platon en su República los progresos, y si me es lícito hablar así, la generacion de los vicios en una ciudad que posee superfluas las riquezas.

“El erario lleno de cualquier oro pierde á la república; porque primeramente encuentran nuevos gastos, y los llevan hasta las

mos á estragarnos buscando en las artes inútiles la suntuosidad de nuestros espectáculos, la magnificencia en nuestros muebles y la delicadeza en nuestras mesas: apenas las cortesanas, ántes despreciadas, y ahora árbritras del gusto y del agrado, han descubierto á nuestros jóvenes una escuela de galantería y ociosidad: apenas, en una palabra, hemos estimado los deleites, la elegancia y las riquezas, y respetado las grandes fortunas, cuando hemos sido castigados viendo el donaire, el fausto, el lujo y la riqueza obtener el lugar de la sabiduría, y hacerse otros tantos títulos para llegar á las magistraturas. ¿Qué república hubiera podido sufrir á los hombres despreciables que han sucedido á Pericles? Atur-

“mismas leyes, á las cuales ni ellos ni sus mugeres obedecen. Después uno por el ejemplo de otro, y por la emulacion perturbados
 “muchos, todos finalmente se vician. De aquí se sigue, que deramadamente inclinados á acumular las riquezas, cuanto mas
 “preciosamente las estiman, tanto mejor juzgan la virtud. ¿Por
 “ventura no se diferencia de tal modo la virtud de las riquezas,
 “como si puestas una y otra en el equilibrio de un peso, siempre
 “se inclinen á la parte contraria? Luego cuando en una ciudad
 “se honran las riquezas y los ricos, se desprecian la virtud y los
 “hombres buenos. Se dirigen á ellas todos los cuidados, y todos
 “los que están en honor las frecuentan; pero las que se juzgan de
 “alguna estimacion, suelen decaer para algunos. Y así, de los
 “deseosos de la victoria y el honor, solamente se hacen avaros de
 “la ganancia y los dineros, y alaban y admiran á los hombres ricos,
 “y los promueven á los empleos de dignidad, y desprecian á
 “los pobres.”

didos, lascivos, avaros, &c. no han visto en la administracion, de que estaban encargados, mas que el poder satisfacer mas fácilmente á sus pasiones. No temiendo ni los respetos, ni el juicio de una multitud tan viciosa como ellos, ¿habian de molestarse en obrar bien? Solo cuidaron de admirar y engañar á los mirones con secretos y enredos en las ocasiones mas arduas: no gobernando sino por conciliábulos y embrollos, únicamente intentaron hacer las leyes sujetas y dóciles á sus deseos, y blandas para sus designios; y á lo mas tuvieron destreza para engañar á unos pocos ciudadanos virtuosos, manifestándoles una ó dos acciones honestas con esplendor y semejanza de tales, y con el fin de poder ser libremente injustos al abrigo de una buena reputacion usurpada.

¶ Inferid de esto, Aristias, que no hay virtud, por pequeña que perezca á los ojos de la política, que pueda sin evidente peligro despreciarse. Añadamos aun, que las leyes mas esenciales á la felicidad y á la seguridad de los estados son aquellas que miran y arreglan hasta lo mas mínimo de las costumbres. Os confieso que no entiendo lo que piensan nuestros sofísticos en hablando del bueno y mal gobierno; si no es que quieren dar á entender por estas palabras unas formas de policía, que siendo mas ó menos propias para reprimir las pasiones de los magistrados y de los ciudadanos, hacen el imperio de las leyes mas ó menos sólido.

He oido muchas veces á Platon discurrir sobre esta

✦
 materia. Condenaba la monarquía,* la pura aristocracia y el gobierno popular. Jamas, decia, están en se-

* Esto que dice aquí Focion de Platon, es muy conforme á la doctrina que estableció este filósofo en su tratado de Leyes, lib. iv. Se declara por el gobierno de Creta y Esparta: "Verdaderamente" (responde á Clinias de Creta y á Magilo lacedemonio, que habiéndole dado cuenta de la administracion de sus repúblicas, no sabian en qué clase de gobierno ponerlas) "Verdaderamente, ó "varones grandes, sois participantes de la república: las que al "presente se llaman aristocracia, democracia y monarquía no son "repúblicas, sino diversas habitaciones de las ciudades, en las que "una parte sirve á la otra que domina." Y dice en la misma obra, lib. viii: "Ciertamente que no es soberanía este género de república, sino que rectísimamente se pueden llamar sediciones, pues "no domina con alguna fuerza á los que la aprecian, sino á los "que no la quieren obedecer."

Todos los antiguos filósofos han pensado como Platon, y los mas célebres hombres del estado han querido establecer siempre en sus ciudades una política mista, que afirmando el imperio de las leyes sobre los magistrados, y el de estos sobre los ciudadanos, una en sí las ventajas de los tres gobiernos comunes, y no tenga alguno de sus vicios. Esceptuando los espartanos, los griegos inconstantes y zelosos de su independencía hasta temer el yugo de las leyes, sin las que no hay libertad, solo se acomodaban á la pura democracia. No solamente la asamblea del pueblo poseia en todas las repúblicas el poder legislativo, sino que rara vez dejaba á los magistrados libertad para ejercer las funciones de que estaban encargados. No conocia limites la autoridad del pueblo en Atenas. Los magistrados tenían un nombre vacío y en vano. Las órdenes del senado se eludian, y sus decretos y juicios eran rechazados si no tenían el arte de conformarse con el gusto del pueblo.

✦
 guridad las leyes bajo de aquellos empleos que dejan una carrera libre á las pasiones. Temia el poder de un príncipe, que siendo único legislador, juzga solo de la justicia de sus leyes. Estaba temeroso en la aristocracia del orgullo y avaricia de los grandes, que creyendo que todo les es debido, sacrificarian sin escrúpulo los intereses de la sociedad á sus particulares ventajas; y temia tambien en la pura democracia los caprichos de una multitud siempre ciega y estremada en sus deseos, y que condenará mañana con enojo lo que aprueba hoy con entusiasmo.

Quería este grande hombre, prosiguió Focion, que por una discreta union de todos los gobiernos estuviese dividido el poder público en diferentes partes, propias de imponerse, balancearse y templarse recíprocamente. Pero no se contentaba con esto, querido Aristias. Conocia muy bien á los hombres el discípulo de Sócrates para pensar que el gobierno, cuyas partes estuviesen todas combinadas con la mayor sabiduría, pudiese sostenerse sin el socorro de las costumbres domésticas. Leed su República, y ved con qué cuidado busca el ha-

Preguntar cual es el mejor gobierno, el monárquico, aristocrático ó democrático, es lo mismo que inquirir qué mayores ó menores males puede producir la pasion de un príncipe, de un senado ó de la multitud: y querer saber si un gobierno misto es mejor que otro cualquier gobierno, es querer averiguar si las pasiones son tan justas, tan sabias y moderadas como las mismas leyes.

cerse dueño de las pasiones, y la severa regla á que sujeta la virtud. Quizá habrá pasado los límites de la prudencia; pero este mismo exceso de precaucion prueba cuán necesarias creia las buenas costumbres para la conservacion de su gobierno.

¶ Y efectivamente, ¿de qué servirá dar la mas sabia constitucion á hombres corrompidos, cuyos vicios no se corrigen? Luego que salió Lacedemonia de las manos de Licurgo, tuvo un gobierno tal como le desea Platon. Los dos reyes, el senado y el pueblo, revestidos de diferente autoridad, formaban una constitucion mista, cuyas ramas se mantenian mutuamente en respeto por una especie de censura que ejercian unos sobre otros; y no obstante esto, y por mas admirables que fueron las proporciones de este gobierno, no separó las juntas secretas, los partidos y los desórdenes que han perdido las demas repúblicas de la Grecia, hasta que estuvo atento á mantener con vigor las leyes que habia formado Licurgo para las costumbres.

Desde que Lisandro, llevando á su patria los tributos y despojos de los veneidos, descubrió allí la raiz de sus deseos, hasta entónces encubierta, se introdujo sordamente la avaricia con la riqueza en las casas de los espartanos: ménos agradable para sus intentos la sinceridad de sus padres, les pareció brevemente groseria: nunca está solo un vicio en una república, pues produce otros ciento. Perdiéron poco á poco tanto de su crédito los talentos y las virtudes, quanto se lo adquirieron las

riquezas; y á medida de que los espartanos aprendian á gozar de su fortuna, se persuadiéron que las riquezas podrian obtener el lugar del mérito, y comenzáron desde entónces á dar alguno á sus poseedores: fué despreciada la pobreza; y desde que se hizo necesario el adquirir riquezas, ocupados los espartanos en sus intereses domésticos, no diéron mas atencion á los de la república: atrevidas entónces las pasiones, rompiéron los resortes del gobierno, y á este le fué imposible reprimirlas por haber tenido la imprudencia de dejarlas nacer.

Atormentados los ricos con el temor de que se les despojase de sus riquezas, se revolviéron contra la autoridad de Licurgo, y quisieron ser todos poderosos para ponerse en estado de defender su fortuna. Por otra parte, tan bajo como insolente el pueblo, no tuvo de la suya mas que á los magistrados dignos de él. En vano se intentaria hoy el contener los desórdenes de Lacedemonia con las leyes que fijáron los límites del poder del rey, de los senadores y del pueblo. ¿De qué servirian unas leyes despreciadas por las costumbres públicas, y á las que ya no pueden obedecer la ambicion y la avaricia? Las ha aniquilado el vicio, y solo la práctica de la virtud puede darlas vigor. Si no se apresuran, querido Aristias, á reparar y sostener por la templanza y economia el resto de un gobierno destruido por las pasiones, estad seguros que estos reyes, senadores y magistrados, en otros tiempos tan sabios, generosos y magnánimos en el ejercicio de su autoridad, abandona-

rán prontamente este género de moderacion, que afectan á pesar suyo, y cesarán de ser magistrados para hacerse los opresores de una república,* que se aniqui-

* Sucedió lo que previó Focion. Víctima Lacedemonia de las mismas desdichas que las otras ciudades de la Grecia, experimentó mil revoluciones hasta la estincion de las dos ramas de sus reyes legítimos, y se puede decir que fué siempre gobernada por las pasiones de sus reyes, su senado, sus magistrados y multitud. Los tiranos se apoderaron de la autoridad, y los lacedemonios, tan despreciados esteriormente como infelices y desgraciados en el interior, tuvieron al fin la misma suerte que los demas griegos, sujetos al dominio de los romanos.

La fortuna de estos es una fuerte prueba de la verdad que enseña aquí Focion á Aristias; esto es, del poder de las buenas costumbres. Contribuyéron estas mas que todo á impedir que las quejas que se sublevaban entre los patricios y plebeyos despues del destierro de los Tarquinos, no perudiesen á una república que empezaba á nacer, llevándola á ejecutar las últimas violencias. Estas mismas quejas, seguidas de las mismas costumbres buenas, establecieron en Roma un gobierno misto, cuyas proporciones eran con poca diferencia las mismas que en Lacedemonia. Mientras que las costumbres conservaron su autoridad, manifestáron los romanos justicia y moderacion en sus controversias; y la division del poder entre los cónsules, el senado, los tribunos y el pueblo subsistió en un punto de igualdad propio para hacer dichosa y floreciente una república. Desde que Roma se ensoberbeció con el orgullo de sus victorias y con las riquezas de los pueblos que habia vencido, la impulsieron silencio sus vicios, mas fuertes que sus censores. Estos magistrados ejercieron sus funciones con la mayor consideracion: finalmente, temieron, y luego aniquilaron el poder público las pasiones desenfrenadas. No podian hacerse

lará por sus quejas domésticas, hasta llegar á ser la presa de un enemigo estrangero.

¿Quereis otro ejemplo del poder de las costumbres? Mirad á Egipto, y veréis que si su decadencia ha hecho inútil en Lacedemonia el sabio gobierno de Licurgo, su santa observancia le ha purificado hasta el mismo despotismo.

No tenian los reyes de Egipto otros superiores que sus Dioses: siempre partian con ellos el vasallage de sus súbditos. Eran sus órdenes otras tantas leyes sagradas é inviolables, y todo debia postrarse con el mayor silencio delante de su trono. Por muy terrible que fuese este poder en las manos de un hombre, no esperimentáron los egipcios algun funesto efecto, porque tenian buenas costumbres, y de ellas daban á su señor.

respetar las leyes por unos magistrados y unos ciudadanos que todo lo creian permitido para satisfacer su avaricia y ambicion, presagio infalible de las guerras civiles, por las que iban á deshacerse los romanos, y que habian de sujetarles á unos emperadores, que nos pinta la historia como otros tantos monstruos. No hubo mas virtud en el imperio romano, y vino á ser la presa de los bárbaros.

Pero si se reflexiona, se persuadirá aun mas; esto es, que la libertad sin costumbres degenera en licencia, y que esta necesariamente produce la tiranía doméstica, ó la servidumbre á una potencia estrangera. Un autor célebre dice que podia existir la monarquía sin virtud, y gobernarse por el honor; pero quando esplica lo que entiende por honor, se ve que este es la virtud, ó que nada entiende de uno ni otro.

No era permitido á estos monarcas, aunque tan poderosos, el ser avaros, ociosos, pródigos ó lascivos. Todos los instantes de su vida los tenían ocupados por alguna de sus obligaciones. Apenas habian sacrificado en el templo, y meditado en alguna verdad de sus sagrados libros que se habian propuesto, les era preciso escuchar las quejas de los infelices, juzgar los pleitos de sus súbditos, tener consejos, y espedir las convenientes órdenes á las provincias, ó para prevenir en ellas algun abuso, ó para formar algun establecimiento ventajoso. Hasta las recreaciones del ánimo, diversiones y necesidades de la humanidad estaban señaladas por las leyes, y tenían prescritas sus horas para el baño, el paseo y el descanso. La mesa era como un altar erigido para la templanza: se media el vino, y jamas se servian mas de dos manjares, que siempre eran los mismos. Ningun fausto insultaba en palacio la condicion de los vasallos; y así no se inspiraba soberbia á su señor. En fin, Aristias, aun el amor, pasion tan imperiosa, estendida y gustosa, era una recreacion para despues del trabajo, y esta era la ley que cerraba y abria el cuarto de la reina al príncipe.

Así hicieron los egipcios su felicidad. No contenia aquel pais mas que una numerosa familia, de que era padre el monarca. Siempre rey el príncipe, no tenia tiempo de ser hombre. El constante método de sus operaciones acostumbraba su espíritu á la regla; y en todo tenia lugar el arte y la industria, que nosotros em-

pleamos inútilmente, para impedir que los magistrados abusasen de la autoridad que les era confiada. Estaban apagadas las pasiones en el corazon de su dueño; y no pudiendo desear ni querer sino el bien, les importaba poco á los egipcios tener esta libertad, de que somos nosotros tan zelosos. Siempre imparciales y justas las leyes, aunque hechas por un hombre solo, eran igualmente amadas y respetadas de todas las clases del estado. Así sucedió, que á pesar del despotismo, hicieron dichoso á Egipto las buenas costumbres, por lo que le han mirado nuestros antiguos filósofos como cuna de la sabiduría.

¶ Interrumpo vuestro discurso, exclamó Aristias, sintiéndome arrebatado de la fuerza de vuestras razones. Sin duda es profanar la política, que debe hacer las sociedades dichosas y florecientes, el dar nombre semejante á este corto y siempre incierto manejo de astucias, enredos y engaños, que yo miraba como una grande arte, y que efectivamente no ha sido imaginado mas que por hombres ignorantes é incapaces de elevarse á otras ideas mas superiores, ó por malos ciudadanos, que no consideraban en la administracion de la república sino la infeliz ventaja de satisfacer ellos mismos á su ambicion y avaricia. Sin duda que deben servir las costumbres de fundamento á la ley, y que sin su socorro únicamente levantará el legislador un edificio sin firmeza, y dispuesto siempre á arruinarse.

¿Pero os lo confesaré, Focion? continuó Aristias, ba-

ando la vista y con un tono melancólico. En el mismo instante que cedo á la evidencia de vuestros razonamientos, parece que mis preocupaciones antiguas se revuelven contra mi razon. Egipto, en otro tiempo virtuoso, ha sido feliz; y no ha perdido Lacedemonia su prosperidad, sino cuando perdió sus costumbres. Es propio de la sabiduría del Autor de la naturaleza que sea la felicidad el premio de la virtud, y la adversidad la compañía del vicio. Este es el orden general. ¿Pero no hay escepcion en estas leyes comunes? El que las ha dado por unas razones, que seria temeridad querer penetrarlas, ¿nunca las deroga? ¿No se ha visto alguna vez elevar su fortuna los imperios sobre la injusticia, y florecer por medios que la moral reprueba? ¿Qué virtud tienen los persas que dominan sobre la Asia? Me parece que Filipo, á quien todo se une, no tiene mas virtud que nosotros que vamos en decadencia. Me parece que cada dia los hombres perversos, á fuerza de relajaciones y maldades, quitan á los hombres de mérito la recompensa solamente debida á la probidad. ¿Por qué pues por las mismas ideas y los propios pasos no podrán obtener los estados los mismos felices sucesos? Hemos visto á los tiranos usurpar la soberanía en sus ciudades, gozar de sus latrocinios, y morir tranquilamente en sus lechos. Por el contrario, ¿no ha poseído Sócrates alguna de nuestras magistraturas, y ha encontrado jueces que le condenáron á beber la cicuta? ¡Ah Focion! qué escandalosos espectáculos nos presenta continua-

mente la historia de la felicidad y desgracia de los hombres!

«Tened cuidado, Aristias, le respondió Focion, que no vuestra razon, sino vuestras pasiones, son las que acaban de hablar; y es porque confundis las dignidades, las riquezas, el lustre y el poder con la felicidad, queriendo aun que fuesen recompensa de la virtud; y lo mas que pueden adquirirmos es un placer transitorio, á manera del que dan las caricias engañosas de una muger, y no son felicidad los placeres que pasan brevemente.

«Veis todos los dias hombres despreciables que llegan á los primeros puestos del magistrado; pero estad seguro que estos solamente sirven de mérito para el hombre virtuoso que se sacrifica por su patria; y siendo hábil para hacerla feliz, ha tanteado por lo ménos todos los medios para su mayor dicha. La de cada individuo es la paz del alma, y esta nace del testimonio que da el guiarse por las reglas de la justicia; y así estos tiranos, estos ambiciosos, de quienes admira el vulgo la prosperidad, gimen secretamente bajo el peso de la administracion, á la cual ellos tienen la loca cobardía de no poder renunciar. ¿Qué no podeis leer en su corazon despedazado de temor, de la envidia, del odio, de la avaricia y demas remordimientos! No os escandalice, querido Aristias, que á esta aparente prosperidad rodee comunmente el vicio. La elevacion de los malos, causándoles su castigo, y el de los pueblos que gobiernan y los eligen,

es al contrario una prueba de que la felicidad es solamente debida á la virtud.

Me citais á Sócrates; pero mirad que aquel vaso de veneno, que deshonorará perpetuamente á nuestros padres, no turbó su descanso. Estaban los perversos que querian perderle inciertos del suceso de sus calumnias, y él permanecia seguro en su inocencia. Supuesto que no hizo ningun sentimiento, ninguna sollicitacion, y que rehusó separarse con la fuga del odio de sus enemigos, ¿cómo se puede sospechar de él que pudo estar inquieto en el juicio que esperaba? Durante treinta dias, que se pasaron* desde que se pronunció la sentencia hasta el de la ejecucion, continuó en instruir á sus discipulos. Les habló de la inmortalidad del alma y de la recompensa feliz debida á la virtud. Los mas perspicaces ojos no viéron que hiciese el menor esfuerzo para parecer tranquilo, ni que sospechase que su prision y su muerte fuesen argumento contra su doctrina: miró la muerte así como nosotros vemos ponerse el sol, ó como sentimos la proximidad

* La causa de este largo plazo, dice Mr. Charpentier, en la muerte de Sócrates, fué que los atenienses enviaban todos los años un bajel á la isla de Delos para hacer allí algunos sacrificios, y era propio de su religion no dar la muerte á alguna persona en las ciudades desde que el sacerdote de Apolo coronaba la popa del navio señalando su marcha, hasta que estuviere de vuelta el mismo bajel. Por esto, habiendo sido pronunciada contra Sócrates la sentencia el dia siguiente á esta ceremonia, fué preciso diferir su ejecucion por treinta dias que se pasaron en este viage.

del sueño: agradeció á los Dioses que le diesen un fin, que le escusaba las enfermedades de la vejez y las angustias dolorosas de morir. Solo Aténas era la desgraciada. ¡Y qué larga serie de calamidades pudiera preverse á una ciudad tan ciega y corrompida solo por haber castigado la virtud de Sócrates con el último suplicio!

Respecto de la prosperidad de los estados convengo, respondió Focion, en que se han formado imperios grandes por medios que desaprueba la moral. Pero decidme: estos estados, aunque injustos, ambiciosos y sin fe, ¿no estaban ménos entregados á los placeres, á la ociosidad y al amor de las riquezas que los pueblos sujetos á estos vicios? ¿No estaban mas ejercitados en el valor y la disciplina? ¿No tenian ménos indiferencia por la patria, y mas amor á la gloria? No tememos á Filipo porque tenga poca virtud, sino porque tenemos ménos que él; y así se sirve para oprimirnos de nuestros mismos vicios. La ambicion, la injusticia, la pereza y la violencia pueden sin duda formar grandes imperios; pero es porque á estos vicios no se oponen mas que otros vicios. Pues de otro modo, ¿cuál es la ventaja de esta usurpada grandeza? ¿Puede hacer esta la prosperidad de un estado, siendo imposible asegurarle sobre un sólido fundamento?

Engañada la política con un bien pasajero, y siempre seguido de las contradicciones mas funestas, ¿ha de sacrificar á lo futuro un instante presente? Querido Aristias, si amais vuestra patria, los Dioses os preserven

de desealarla acaecimientos que preparen su decadencia y su ruina. Por haber querido usurpar el imperio de la Grecia, estamos hoy los espartanos y nosotros en vísperas de perder nuestra libertad. La moderacion de nuestras ciudades las habia puesto en estado de rechazar á Xerxes; y su ambicion las va á sujetar á Filipo. Las grandes provincias y las abundantes riquezas, digan lo que quieran nuestros oradores, no contribuyen ni á la felicidad doméstica de nuestros ciudadanos, ni á la seguridad de la república respecto de los estrangeros. ¿Qué sirve á los persas haber conquistado la Asia? ¿Son por ventura mas independientes? ¿Goza el vasallo con mas gusto su fortuna desde que aumentó el príncipe monstruosamente la suya? Y en verdad, un grande imperio es muy débil á vista de que con un puñado de soldados ha llevado Agesilas el terror hasta Babilonia. Otra vez os descubriré pruebas de esta verdad; pero por ahora contentaos con observar, que si el supremo Ser, protector de la virtud, se sirve algunas veces de los vicios de un pueblo para destruir otro mas vicioso, no deja, ni falta jamas á castigar el instrumento de su venganza despues de haberse servido de él; y esto no por milagros que ejecute, sino siguiendo el orden natural que ha establecido en el gobierno del mundo.

¶ No aventuro aquí una conjetura vana ó temeraria. Examinad conmigo el modo de proceder que tienen las pasiones, y el recíproco movimiento que se comunican, y veréis resultar de esto mismo un orden favorable á la

moral. La traicion, el enredo y el engaño pueden sorprender y engañar un estado que no se halla precavido contra sus asechanzas, y tambien alcanza algun feliz suceso; pero este mismo acaecimiento descubre el velo, bajo el que se ocultaban; y la perversa fe, inspirando una desconfianza y odio general, se halla cogida en las emboscadas que armaba: intimidada por el temor que ella misma ha esparcido, engaña sus propios fines: no pudiendo prever todos los daños con que es amenazada, se prepara continuamente contra todos los accidentes imaginables. Caminando así sin regla, no puede sostenerse mas que por casualidad, y necesariamente ha de encallar y atascarse muy presto. Estos sofistas,*

* Lo que dijo aquí Focion de los sofísticos de su tiempo, se puede aplicar á Maquiavelo, que no dando á su príncipe otras lecciones que de tiranía, injusticia y engaño, quiere no obstante que su discípulo lleve la máscara de muchas virtudes; y que para evitar el hacerse odioso y despreciable, quiere que parezca clemente, fiel á su palabra, íntegro y religioso: pero no ha considerado Maquiavelo, que cuando se ocupa un puesto público y se manejan sus negocios, nadie parece mas de lo que verdaderamente es. Se conoce sin trabajo á un hipócrita al quitarse la máscara con que se cubre. Puede ocultar el hombre su corazón por una vez, pero no dos. Son generalmente los malos muy sospechosos; y se hacen intratables cuando ha sido descubierta su malicia: no se fían del que los ha chasqueado, aun en las ocasiones en que no tiene el menor interes en engañarlos. Lo que dice Maquiavelo del Papa Alejandro VI. que no hizo otra cosa que engaños, que le salieron bien siempre, no merece refutarse, porque nadie se persuadirá á ello.

que procuran reducir al arte la perfidia, y que nos arguyen con muchos ejemplos gustosos de injusticias felices, muy bien se guardan de darnos á conocer sus funestas consecuencias. Siempre vagos en sus discursos, no hacen análisis de las causas de los sucesos de la injusticia y de la mala fe. Nunca establecerán un punto determinado y fijo, en que triunfando de todos los obstáculos, seguramente se conformen. Obliga la fuerza de la verdad á que se contradigan, y no pueden ocultar los malos sucesos de la injusticia, preparándose unos progresos infelices. ¿Por qué nos aconsejan el evitar el odio y el desprecio, como los dos mas funestos escollos de la política? ¿No es conceder los daños de los vicios el reconocer el precio de la virtud, y confesar que solas sus operaciones son seguras?

Si un pueblo emplea contra sus vecinos no solamente el engaño, sino tambien las fuerzas y la violencia, precisamente se ha de hallar agitado del mismo temor que inspira. Al mismo tiempo que aumenta el número de sus enemigos, se hace sospechoso á sus aliados; y creyéndose poderoso, multiplica sus daños y disminuye sus fuerzas. Quiero que por ser mas dichoso que otras naciones, por cuya historia sabemos que se han debilitado y últimamente arruinado á la violencia de los esfuerzos que hicieron para aumentar su fortuna, que no caiga por ahora bajo el peso de los peligros que le cercan, y que la resistencia de sus enemigos aumente su valor, sus fuerzas y sus talentos; pero en llegando el dia y el

instante fatal de la campaña, perece, aun siendo vencedor, en medio de sus conquistas.

Observad, mi amado Aristias, que la avaricia y la ambicion, disfrazadas con el nombre de una falsa gloria, son solas las que pueden hacer á los hombres conquistadores. Pero ¿por qué prodigio usarán siempre con prudencia de la victoria, tan propia para embriagar de soberbia y vanidad á los hombres mas moderados, y mas siendo ~~de~~ pasiones que no tienen temor de violar las leyes de los derechos humanos y verter torrentes de sangre? Poco contento Sesostris con reinar en Egipto, violenta las sabias leyes de que os acabo de hablar. Medita la conquista de la Asia, y nada se resiste á los egipcios, sobrios, laboriosos, templados y valientes, que armó para que sirviesen á su ambicion injusta. Victoriosos sus soldados, toman los vicios y costumbres de los pueblos que han vencido; y afeminados ya estos hombres por la lascivia y las riquezas, llevan á su patria los despojos del oriente. Admirado el pueblo de un espectáculo, que descubre el fruto de la ambicion y la avaricia, cree haber llegado al término de la prosperidad y de la gloria. Removida la virtud en todos los corazones, se dispone á abandonarlos; y en medio de las canciones de alegría y de triunfo, empieza en el Egipto su castigo. Un presuntuoso descuido relaja los resortes del gobierno, siendo destruidos por las pasiones todos los establecimientos antiguos. Esclavos ya de una suerte que les oprimia, los sucesores de Sesostris

se hicieron tiranos, lascivos, y tanto mas terribles, cuanto, debilitados por la ruina de las leyes, no se juzgaban en seguridad. Temieron á los vasallos, que la delicadeza, vanidad y riquezas habian hecho flojos é insolentes; y estando su reino sin defensa y turbado, mas por desasosiego que por tumulto, queda destinado á ser el objeto del primer conquistador que quiera apoderarse de él.

Las historias nos ofrecen mil ejemplos semejantes. Esclavizados los medos por los asirios, perdiéron las buenas costumbres y las leyes que debian á la sabiduría de Dejoces. Dejaron de ser felices; y en una gran prosperidad prepararon una conquista fácil á los persas, los que fueron tan presto debilitados como vencedores, que, á su ejemplo, afeminados y corrompidos, fundaron un grande imperio, que por todas partes anunciaba decadencia. ¡Qué buena leccion para la política si quiere conocer sus obligaciones! ¡Os hablaré, amado Aristias, de las desgracias domésticas de la Grecia? Nuestros brillantes sucesos durante la guerra de Medo, donde no haciamos mas que defendernos, han sido capaces de hacernos abandonar las virtudes de nuestros padres. ¡Qué crueldades no causan en un pueblo los sucesos de una guerra emprendida por ambicion y avaricia! La época de la ambicion y de la decadencia de Atenas es la misma. Nos hemos perdido cuando hemos querido ser dueños de nuestros aliados; y despues de habernos ven-

cido Lacedemonia, no ha quedado en estado de defenderse contra los tébanos.

Hoy abusa Filipo de nuestras divisiones y nuestros vicios, y solo intenta subyugarnos; pero mirad con qué destreza se adorna con la máscara de la moderacion, de la justicia, y aun de la beneficencia; y no hay duda en que por esto se ha hecho temido y formidable. Recoge en Macedonia las virtudes que nos abandonan fugitivas: hace á su pueblo moderado, activo, paciente, laborioso y fuerte; y estas virtudes, por el mal uso que hace de ellas este nuevo Sesostris, no procurarán mas que una felicidad falsa ó aparente á los macedonios. Si este príncipe tuviera el ánimo suficiente grande para conocer sus obligaciones, y preferirlas á los intereses de su vanidad y ambicion, le servirian de mucho provecho las circunstancias dichosas en que se halla; y en lugar de fomentar nuestros vicios para adquirir con ménos trabajo el imperio de la Grecia, se serviria de sus talentos para ayudarnos á corregirnos: procuraria hacer mérito en Macedonia de la consideracion que gozó en otro tiempo Lacedemonia: léjos de dividirnos, trabajaria en reuniros, y en no hacer mas que un pueblo de amigos y aliados de los macedonios y griegos, que serian felices, y su pais inaccesible á los ataques de los extranjeros.

Así procuraria una felicidad durable á su nacion; pero supuesto que no ama la virtud mas que para hacer de ella instrumento de ambicion, me atrevo á adivinaros, sin querer usurparme los derechos del oráculo de Del-

fos, que esta fortuna de los macedonios, dispuesta y dirigida con tanto arte, habilidad y valor por parte del principe, y tanta virtud por la de los vasallos, desaparecerá luego que nazca. El mismo momento en que su imperio llegare á la situacion de la mayor brillantez, aunque en apariencia, ese mismo será la época en que principiará á deshacerse.* Sus sucesos abrirán los ojos

* El instante en que el imperio de los macedonios pareció mas ventajoso, fué cuando Alejandro venció á Darío; pero si este principe reinaba tranquilamente en la Asia ya vencida, comenzaban á subyugarle los vicios de la Asia. Sea que se considera esta corrupcion como principio, ó que se busquen los medios que tenia Alejandro para impedir la desmembracion de sus vastos estados, no puede dejarse de pensar que no hubiera servido su mas larga vida sino para deslucir la gloria que habia adquirido. Si el lector se acuerda de la historia de los sucesos de Alejandro, verá que los macedonios que se establecieron en la Asia y Egipto, se corrompiéron, y no tuvieron otras costumbres que las de los pueblos que habian vencido. La Macedonia, propiamente entendida, ó reducida á sus antiguos límites por la revolucion de los gobernadores de la provincia, ¿qué fruto sacó de dos reyes como Filipo y Alejandro? Esperimentó mil funestas sediciones. Cuando era infeliz el pueblo, feneció la real familia del modo mas trágico. Varios principes usurparon el trono, y fueron echados de él. La familia que mas procuró conservarlo, no tomó en la Grecia aquella autoridad que habia adquirido Filipo. Aunque divididos los griegos, siempre conservaron los vicios que los habian afeminado. Tuvo la Macedonia enemigos sin número; y embriagados sus reyes de la reputacion que en otro tiempo habia tenido su reino, se ocuparon trabajosamente y sin éxito en unas empresas superio-

á sus vecinos, y sus conquistas le harán mas enemigos que le diéron vasallos. Las calidades que hoy admiramos en los macedonios, darán lugar á los vicios de los vencidos, y será la Macedonia despreciada, encontrando finalmente un vencedor.

Seria preciso, Aristias mio, que mudase la naturaleza el corazon humano para que la política de nuestros sofisticos pudiera guiar un pueblo á una felicidad durable. Si no fuera porque nuestra razon nos hace aborrecer la injusticia, la avaricia, el engaño, la violencia, &c. pudiera suceder que en algun tiempo se la pudiese alucinar, engañar y llenar de preocupaciones que no pudiera destruir; pero nuestras mismas pasiones son las que detestan el vicio en nuestros semejantes. Heridas de que le posean, se irritan y agrian, y nada puede distraerlas. En tanto que un hombre injusto y sin fe indisponga sus conciudadanos; en tanto que una república ambiciosa y soberbia se haga sospechosa y odiosa á sus vecinos; esto es, en tanto que la naturaleza del hombre no se mude, estad persuadido que debe mirar la política á la virtud como origen y fundamento de la prosperidad. Deberia hablaros actualmente del método con que la política ha de afirmar la virtud en una repú-

res á sus fuerzas. Debilitados y aborrecibles á sus vecinos, fueron destruidos por los romanos, que llamó la Grecia á su socorro para ejecutar su odio contra Macedonia, y castigarla por sus injusticias y ambicion.

blica; pero teneis bastante por hoy, dijo Focion, y temo, Amado Aristias, dañar á la verdad fatigándoos. Si os quedan algunas dudas sobre las materias que hemos tratado, las disipará la continuacion de nuestras divertidas conferencias.

ENTRETENIMIENTO TERCERO.

Método que debe emplear la política para hacer un pueblo virtuoso. De las virtudes que debe cultivar principalmente. La templanza, el amor al trabajo y á la gloria. Necesidad de la religion.

FUÍMOS ayer Aristias y yo, querido Cleofanes, á casa de Focion. ¡Cómo podrémos, le dije, celebrar mejor nuestras grandes fiestas panateneas, consagradas á Minerva, y destinadas á perpetuar la memoria de la reunion que hizo Teseo en Aténas de diferentes pueblos de la Atica, que escuchando lo que tengais á bien enseñarnos sobre la moral y la política?

Agradezco mucho á Aristias, respondió Focion, que prefiera una conversacion austera á un espectáculo de nuestras fiestas; y así no puedo ménos de condescender con lo que deseais, y mas siendo verosímil, añadí sonriéndose, que Minerva tendrá á bien que no aumentemos los corrillos, pues creo que mira ya con mucha indiferencia nuestras panateneas desde que las celebramos con mas pompa y ménos virtud que nuestros padres.

Pero supuesto que lo quereis, sigamos nuestros Entretenimientos. Os he probado, continuó Focion, que la virtud liga los hombres, enseñándoles una mutua confianza; y por el contrario, que el vicio los separa y hace

blica; pero teneis bastante por hoy, dijo Focion, y temo, Amado Aristias, dañar á la verdad fatigándoos. Si os quedan algunas dudas sobre las materias que hemos tratado, las disipará la continuacion de nuestras divertidas conferencias.

ENTRETENIMIENTO TERCERO.

Método que debe emplear la política para hacer un pueblo virtuoso. De las virtudes que debe cultivar principalmente. La templanza, el amor al trabajo y á la gloria. Necesidad de la religion.

FUÍMOS ayer Aristias y yo, querido Cleofanes, á casa de Focion. ¿Cómo podrémos, le dije, celebrar mejor nuestras grandes fiestas panateneas, consagradas á Minerva, y destinadas á perpetuar la memoria de la reunion que hizo Teseo en Aténas de diferentes pueblos de la Atica, que escuchando lo que tengais á bien enseñarnos sobre la moral y la política?

Agradezco mucho á Aristias, respondió Focion, que prefiera una conversacion austera á un espectáculo de nuestras fiestas; y así no puedo ménos de condescender con lo que deseais, y mas siendo verosímil, añadí sonriéndose, que Minerva tendrá á bien que no aumentemos los corrillos, pues creo que mira ya con mucha indiferencia nuestras panateneas desde que las celebramos con mas pompa y ménos virtud que nuestros padres.

Pero supuesto que lo quereis, sigamos nuestros Entretenimientos. Os he probado, continuó Focion, que la virtud liga los hombres, enseñándoles una mutua confianza; y por el contrario, que el vicio los separa y hace

sospechosos. Os he hecho ver que no hay virtud que no sea útil á la sociedad; pero no bastan solos estos conocimientos para guiar á la política en sus operaciones. Aunque toda virtud merezca ser cultivada, no obstante, no piden todas el mismo cuidado de parte del legislador y magistrados; porque algunas no incluyen una observancia tan directa é inmediata como las otras, respecto de lo que hace y consolida la felicidad de los ciudadanos y la seguridad de la república. No estienden igualmente todas las virtudes sus raíces á una misma distancia: no tienen todas la misma fortaleza en sus ramas: unas tienen necesidad de algun apoyo, y se ponen secas y lánguidas sin el socorro de las otras: unas llevan frutos mas abundantes, dan mayores ramilletes, y parece que fecundizan el terreno que las rodea: veréis nacer al rededor de ellas muy particulares virtudes, que os parecerán venir sin haber procurado sembrarlas, y que no piden alguna cultura.

¶ Amado Aristias, si considera la política las virtudes segun el orden de dignidad y excelencia, debe tener por primeras en su estimacion á la justicia, la prudencia y el valor. Acorde con la moral, nos enseña que de estos tres principios salen el orden, la paz y la seguridad, y en una palabra, todos los bienes que pueden apetecer los hombres. Es objeto de la política hacer nos fácil la práctica de estas tres virtudes. Conoce bien la actividad de nuestras pasiones, y la debilidad y pereza de nuestra razon para esperar que nos habituemos

á ellas, si familiarizándonos avanzadamente con otras virtudes, en que hay mas dificultad para arreglar su práctica, no separa de nuestro corazon los vicios que nos impiden ser justos, prudentes y valerosos.

¶ Seria una estraña política que un legislador se persuadiese que basta hacer las leyes para que los hombres las obedezcan; y nada habrá practicado cuando solo haya arreglado los derechos de cada ciudadano, y dado puntos fijos á la justicia. Dejad obrar á las pasiones, que ellas buscarán su transgresion bien pronto, y mil quiméricas pretensiones aniquilarán su rectitud. En medio de las mas justas leyes, la injusticia favorecida por el engaño, y la maldad ensoberbecida con la impunidad, vendrá á ser bien presto el espíritu general de todos los ciudadanos. Publicad en medio de la plaza de Sibaris, que debe todo ciudadano preferir en un combate la muerte á la fuga, y despreciar en el gobierno de la república todos los cohechos á que está espuesto un magistrado; y os digo que publicais el decreto mas inútil. Siempre afeminados los sibaritas, no saldrán de su debilidad para adquirir valor. A nosotros los atenienses nos prescribirá la ley la mas sabia política en las deliberaciones públicas para impedirnos ser inconsiderados, y obligarnos á pesar y examinar con madurez los intereses de la patria; pero si nos hacemos prudentes, mas será por los intereses particulares de nuestras pasiones, que por los de la república.

Todo legislador que ignora sobre qué virtudes han de

están fundadas la justicia, la prudencia y el valor, y que no sabe disponer ó preparar los ánimos á practicarlas y amarlas, verá que sus inútiles leyes ningún bien han causado á la sociedad. Hay virtudes, amado Aristias, que sirven de basa y apoyo á las otras. Estas son cuatro, que las llamo puras ó auxiliares, y que son las primeras en el órden político; á saber, la templanza, el amor del trabajo y de la gloria, y el respeto á los Dioses.

¶ Entiendo por templanza, prosiguió Focion, una virtud, que convidándonos á contentarnos con aquellas cosas que pide indispensablemente la naturaleza para nuestra conservación, disminuye el número de nuestras necesidades, y las simplifica. El que no estudia el arte de ser feliz á poca costa, siempre será desdichado. Sabéis lo que Sócrates decía á Eutidemes,* que los que

* Xenofonte nos conservó la conferencia de Sócrates con Eutidemes sobre el placer, y no puedo dejar de copiar aquí un fragmento tan admirable. Sírvome de la traducción de Mr. Charpentier.

“¿Habéis pensado, dice Sócrates, que el desboque, que solo trata de los placeres, sabrá hacer gustar alguno como él es en realidad, con templanza y sobriedad, que son las que verdaderamente dan el gusto al placer? Es propio del divertimento no aguantar el hambre, ni la sed, ni los remordimientos del amor, ni las fatigas de las vigili-
“as, que son, sin embargo, las disposiciones verdaderas para comer y beber deliciosamente, y para encontrar un placer exquisito en las proximidades del sueño: y esta es la causa de que el desarreglado sienta ménos dulzura en las acciones que

buscan los placeres son los mas irracionales hombres del mundo. A fuerza de juntar deleites apagan en sí mismos el gusto del placer: no tienen espíritu para sufrir la hambre y la sed, ni para resistir á las primeras tentaciones del amor y el sueño: todo lo gastan en una insensata atención de procurar el complemento de sus deseos.

Vende el deleite sus favores á muy alto precio. Emplea muchas manos, mucho tiempo y trabajo en la composición de su fastidiosa felicidad; y así no debe la política dejar de ensayarse en hacer feliz un pueblo que

“son precisas, y que se ejecutan con mas continuacion. Pero la templanza, que nos acostumbra á esperar la necesidad, es solamente la que en estos casos nos hace sentir un gusto estremado. Esta virtud, dice Sócrates, pone á los hombres en estado de perfeccionar su cuerpo y su espíritu, de gobernar dichosamente su familia, de servir con utilidad á sus amigos y su patria, y de vencer sus enemigos; lo que es no solamente ventajoso á la comun utilidad, sino muy agradable por el contento interior que acompaña, en lo que no tienen parte las diversiones ilícitas. Porque ¿qué parte podrán tener en unas acciones virtuosas aquellos que su espíritu está todo empleado en buscar los placeres presentes? ¿Qué diferencia hay entre un irracional y un voluptuoso que no considera lo que es mas honesto, y ciegamente sigue lo que le es mas agradable? Unicamente pertenece á las personas templadas el buscar cuáles sean las cosas mejores; y despues de haber hecho un exacto discernimiento por la esperiencia y la razon, abrazar las buenas y apartarse de las malas: esto es lo que juntamente les hace muy dichosos, hábiles y virtuosos.”

es voluptuoso, apénas gusta el placer, cuando satisfecho arroja con desprecio todo cuanto habia deseado con eficacia. Han discurrido comunmente mal nuestros sofísticos sobre esta materia; y porque la naturaleza ha querido que nuestras necesidades fuesen origen de nuestros placeres, han pretendido que, multiplicándose las unas, se añadiesen los otros; pero no han considerado que es mas liberal la naturaleza que el gusto. Aquella no da necesidad alguna, sin dar al mismo tiempo un medio fácil de remediarla; y el placer jamas da lo que tiene prometido, y solamente halaga, enciende y altera nuestra imaginacion con esperanzas soñadas: huye cuando creemos gozarle, y nos deja el disgusto y el enojo con la misma debilidad.

Pero no tratamos aquí de la inconstancia de los voluptuosos; y aun cuando no les engañase su pasion, no sería ménos necesario, querido Aristias, desterrar el placer de nuestra república. El que cree comprar los placeres á precio de dinero, siempre es avaro y pródigo; y jamas se ha visto mezclarse la justicia, la prudencia y el valor con los vicios que acompañan á la avaricia y la prodigalidad. Todas las riquezas de la Persia no serian capaces de enriquecer á Demades,* ni bastaria

* Decia Antipatro, que de dos amigos que tenia en Atenas, Focion y Demades, jamas habia podido obligar al uno á recibir alguna cosa, ni tampoco contentar la avaricia del otro. Este Demades era orador, y tenia mucho crédito en la plaza pública. Este

la Europa, la Asia y la Africa para las necesidades de tres sujetos como él. ¿Cómo seria la verdad alma de sus discursos? Venderia la patria, el honor y la justicia á quien la quisiera comprar. Oprimido este senador del peso de una difícil digestion, daria el estado á quien le ofreciese un elixir propio para animar y resucitar los consumidos calores de su estómago: ¿y quereis que se informe de si hay algun ciudadano tan infeliz que se vea perseguido de la hambre? ¿Creeréis que los senadores ó magistrados, avaros del deleite y fatigados con él, sean aptos para meditar en las necesidades de la sociedad, y que sean centinelas atentas y vigilantes para prever, precaver y rechazar los peligros con que puede ser amenazada la república?

No lo esperéis: no lo exige ya la misma república: una vez que los espíritus están inficionados por el goce ó deseo de los placeres, ella misma cuidará de la delicadeza y fausto de los magistrados: desde que su gusto en los deleites ha unido á la medianía el oprobio de la pobreza, tienen los ciudadanos mas necesidades para poder estar contentos con su suerte. Está ya su alma manchada de los atrocinius que aun no han podido cometer sus manos: harán un vergonzoso comercio de sus

es el que encontrando un dia á Focion en la mesa, viendo su estremada templanza, le dijo: "Me admiro, Focion, que contentán-
"dote con tan mal sustento, veles en tomar el trabajo de mezclarte
"en los negocios de nuestra república."

obligaciones, y venderán sus votos al que mas ofrezca: no se verá en la magistratura mas que el deseo de enriquecerse, facilitado por injusticias: no se estimará el crédito en la república, ni el mandar los egércitos, mas que para hacer fortuna, y confundirse despues en el abismo de sus deseos. Todo está entónces perdido, y solo subsiste un vano simulacro de república: en lugar de las leyes despreciadas reinan imperiosamente las pasiones, y serian atroces las costumbres, si fueran aun capaces las almas de conservar algunas fuerzas.

Cuando, abriendo el corazon á todos los vicios, no ahogaran los placeres el principio de la justicia y la prudencia, bastaba que debilitasen el cuerpo, para que la república no esperase de sus ciudadanos débiles las fatigas, las vigiliass, la paciencia, los trabajos, y demas que depende de su salud. Miéntras que los jóvenes, fatigados de sus placeres, duermen laboriosamente en las plumas, ¿pensais que si les despiertan repentinamente para rechazar al enemigo que escala nuestras murallas, se hallarán con las mismas fuerzas y valor que aquellos antiguos atenienses, acostumbrados á acostarse en la tierra dura al lado de sus armas, y á despreciar los placeres de los sentidos? Desde que nos posee el gusto de estos, he visto á los descendientes de Maraton y Salamina ir á presentarse á los enemigos con el deseo de huir dentro de su corazon. El contagioso ejemplo de los ricos ha corrompido los pobres, que no participan de sus diversiones. No hay ateniense que no murmure

contra las fatigas de la guerra y contra el rigor de nuestra relajada disciplina: parece está degradada la naturaleza en toda la Grecia: caemos hoy rendidos á los ejercicios en que se divertian gozosos nuestros padres: hallamos muy pesadas nuestras armas; y la debilidad de nuestras ciudades nos ha enseñado á temer el valor de los bárbaros.

¿Qué Licurgo, querido Aristias, se profundizará en el conocimiento de nuestras virtudes y viciõs? Meditad sus leyes, que sin duda se las habia dictado un Dios. Jamas le veréis detenerse en particularidades inútiles: refutar un vicio, y no cortar la raíz: mandar la práctica de una virtud, y despreciar la que debe ser su apoyo y principio. No permite á dos esposos jóvenes abandonarse inconsideradamente á sus ciegos deseos. Quería que un marido no habitase al principio en la misma casa que su muger si no le ordenaba desdeñar sus favores. Esto era impedir se volvieran en corrupcion los derechos del casamiento, y se abandonasen á sus deseos, pasando de los placeres legítimos á los prohibidos. No fué conocido el adulterio en Lacedemonia. ¿Qué ventaja! y mas siendo verdad que toda galanteria supone en las mugeres una débil fidelidad á sus obligaciones; y en los hombres un arte de seducir, reducido á principios, y por lo mismo tan dañoso, que ocupándoles seriamente en cien miserias, separan de su alma los medios necesarios para pensar y ejecutar cosas mayores.

Por no conocer la inclinación del sexo á la debilidad, y el imperio que tiene sobre nuestra alma, han puesto término los mas legisladores á nuestras costumbres, despreciando arreglar las de las mugeres. Dice Licurgo que ellas nos darian sus vicios, si no les dieramos nuestras virtudes. Quiso hacer que se portasen como los hombres, y por eso las inspiró un generoso desprecio de todas las necesidades á que no las ha sujetado la naturaleza. Las endureció en el trabajo, en la pena, en la fatiga. Enardecido Platon por este ejemplo, quiso hacerlas soldados en su República. Sabia que tenemos ménos obligaciones que cumplir, euanto ménos aficionados ó aplicados estemos á las mugeres; y así esperaba con razon alcanzarlo todo fácilmente de los hombres, sacando á muchas mugeres para empleos útiles.

En fin, estableció Licurgo en su ciudad comidas públicas, entre las cuales el negro potage, tan desacreditado hoy, hacia mucha parte de delicia. Ved aquí sus

* "Ni juzgues, ó Glauco, que yo he hablado mas de los varones, que de las mugeres, pues algunas por naturaleza son aptas para "los empleos." Platon en la República, lib. vii. Mirad tambien lo que dice en este lugar sobre la educacion de las mugeres, acordándose de su tratado de Leyes, lib. vii. "Digo que es necedad en "nuestras regiones el que no se dediquen á los mismos cuidados "que los hombres las mugeres, y con todo conato y consentimiento. A la verdad, no cesará de afirmar nuestro precepto, que con- "viene que á la enseñanza y demas cosas se hagan participantes "especialmente las mugeres con los hombres."

dos principales instituciones; y sin su socorro hubiera prohibido inútilmente el uso del dinero y de las artes ménos útiles en realidad, agujijones, y tal vez alimentos de las pasiones. Desde entónces se hizo familiar á los espartanos el ejercicio de las virtudes mas difíciles y mas heróicas; porque es propio de la templanza cerrar la entrada de nuestro corazon á la locura de los vicios, haciéndonos agradable nuestra actual situacion, y llevándonos al bien sin violencia. La templanza inspira necesariamente el desprecio de las riquezas; y este desprecio, que supone al alma desembarazada de necesidades frívolas que nos atormentan, va siempre acompañado del amor al orden y á la justicia. Las pasiones están ménos vivas y numerosas, y mas libre la razon para hacer valer sus derechos. Sí, querido Aristias: desde que hemos renunciado la sinceridad de costumbres de nuestros padres, tenemos á bien el hacer todos los dias nuevas leyes,* y multiplicar nuestros magistrados, lo que

* Nada quizá prueba mejor el que un estado obra sin principios ni sistema, que el gran número de leyes con que oprime á los ciudadanos. Un legislador hábil va á la raiz del abuso que quiere arrancar: la corta, y queda restablecido el orden por una sola ley. La historia, así antigua como moderna, nos da muchos ejemplos. Quiere un legislador ignorante destruir los efectos de un vicio, pero deja subsistir la causa: no se corrige el estado; y sucede que los esfuerzos inútiles del legislador le hacen incorregible, porque se acostumbran los ánimos á despreciar las leyes. Cuando una ley ha caído en olvido, y se renueva, parece que es por capricho,

conviene para la corrupcion nuestra, y solo sirve de emplear remedios inútiles para corregirnos. El primer

y nunca se toman las medidas necesarias para impedir que no experimente una segunda desgracia. Un estado que no tiene objeto fijo, ó que no consulta la naturaleza de las cosas, debe con necesidad multiplicar mucho sus leyes, porque no repara en mas que en las circunstancias en que se halla, y estas se varian y mudan continuamente. Gran desdicha es cuando las leyes se encuentran en tanto número, que costando mucho el instruirse en ellas, son ignoradas aun por la mayor parte de aquellos mismos que hacen estudio del derecho público y de la jurisprudencia de una nacion: entónces la costumbre y el uso usurpan la autoridad que pertenece á las leyes; y no teniendo la costumbre principio fijo, y maneándose segun los acaecimientos, abre la puerta á las injusticias mas temibles.

Multiplicar los magistrados no es mas saludable que multiplicar las leyes. Si son ménos en número, causan naturalmente mas respeto, y están mas atentos á cumplir sus obligaciones. Crear nuevos magistrados en una república, cuyas leyes y costumbres se corrompen, regularmente no es mas que introducir nuevos abusos y dar protectores al vicio. Es generalmente inútil (como dice Focion en su segundo Entretenimiento) el deseo de tener buenos magistrados, si para conseguirlo no se principia por dar buenas costumbres á los ciudadanos.

Tiene la política dos ó tres reglas, que despreciarlas es esponerse á graves daños. Para impedir que el magistrado se relaje en las funciones de su empleo, es preciso que este sea breve y transitorio. Si es por toda la vida, lo ejercerá con descuido: le mirará como un bien que le es propio; y trabajará mas en aumentar sus particulares derechos y prerogativas, que en la felicidad pública. La sociedad tiene diferentes necesidades, distinguidas

magistrado y la primera ley de una república debe ser la templanza; y el pueblo mejor gobernado para con los espartanos es aquel que mas se acerque á su frugalidad.

¶ No obstante, es tal la debilidad humana, que aun en toda virtud tiene sus instantes de error, de distraccion y de anchura. Tiene la templanza otros tantos enemigos como diversas especies se hallan de placeres; y por grande que sea su poder, finalmente caerá, si no impide la política que tenga que combatir contra la ociosidad y el enojo que se sigue á la inaccion del alma y cuerpo. Todo el tiempo que nos deja libre la ley, es tiempo concedido á las pasiones para tentarnos, seducirnos y sujetarnos. Debe la política inspirar á los ciudadanos el amor al trabajo, repartiendo esta virtud sobre los placeres mas sencillos y mas honestos: una alegría capaz de

por su naturaleza, y separadas las unas de las otras; por eso es preciso señalar diferentes magistraturas para acudir á ellas. Si unis en una las funciones que deben estar divididas, esperad que serán despreciadas, ó que se aprovechará el magistrado de su estenso poder para abusar de ellas y hacerse temible. Si separais en diversas magistraturas los cargos que deben estar unidos, se fatigarán mutuamente los magistrados, y no conservarán la autoridad debida sobre los ciudadanos. Observad que en las circunstancias extraordinarias no bastan los magistrados comunes para las necesidades de la república. Fue un instituto muy sabio de los romanos el crear algunas veces dictadores, ó revestir á los cónsules de un poder extraordinario.

gusto á cosas raras y esquisitas, y tuviéron la perfidia de hacerles que despreciasen los bienes que poseian. ¡Cuántos delitos han hecho cometer, y cuántas infelicitades han producido en la tierra la púrpura de Tiro y las galanas superfluidades de Cartago! Mas no penseis, Aristias, que estos públicos emponzoñadores se han libertado de los venenos que preparaban. No conozco á Tiro ni á Cartago; pero me atrevo á asegurar que son desgraciadas estas dos ciudades. El amor al trabajo, que es gran virtud cuando le acompaña la templanza, y sirve con ella de arreglar y reprimir nuestras pasiones, es por el contrario en los tirios y cartagineses obra de la avaricia y mal deseo. Mas crecen estos dos vicios en medio de las riquezas, y adquieren mas fuerza que las demas pasiones. No es propio en estas dos repúblicas el amor al trabajo mas que para humillar sus espíritus, ó inspirarles la insolencia: debe hacer allí mercenarios y tiranos.

Fatigado nuestro Solon de los motines y sediciones que escitaba la ociosidad del pueblo entre nosotros, hizo leyes para hacer amable el trabajo. Un padre que no habia hecho aprender algun oficio á su hijo, no podia sacar en su vejez el menor socorro de él. Absurda ley, porque es contraria á las obligaciones eternas é inviolables de la naturaleza, y que no atraerá un buen ciudadano á su patria enseñándole á que falte al debido paternal reconocimiento. Se obligó á todo ciudadano á dar cuenta de sus ocupaciones en el Areopago, encar-

gado de castigar la pereza. ¡A qué se dirigia esta gran política? Escogiendo cada uno á su gusto sus ocupaciones, que debia arreglar la ley, todos nos hicimos trabajadores: tintoreros, zapateros, albañiles, mariscales, revendedores, &c. He aquí lo que afirma, y lo que forma el fondo de nuestras asambleas en la plaza pública.

Libres nuestros ciudadanos de la ociosidad, y dedicados á oficios bajos y serviles, que Licurgo habia permitido únicamente á los hilotes, debian tomar sus costumbres. ¡Qué hubiera sido entónces de la república? ¡Hubieran sido Maraton y Salamina testigos del valor y de la gloria de nuestros padres? ¡No estaria hoy gobernada toda la Grecia por algun soberbio sátrapa de los reyes de Persia? ¡Y qué seria si en favor de un concurso feliz de extraordinarias circunstancias, sobre las cuales jamas se ha de contar, no la hubieran dispuesto otras causas á dejarse guiar ciegamente por un Miltiades,* un Temístocles, y otros semejantes, conser-

* Esto es lo que hace decir á Tacitides, *lib. ii. cap. 11.*, que aunque el gobierno de Atenas fué democrático por derecho, se acercaba en su modo de proceder al monárquico, supuesto que el mayor hombre tenia allí toda la autoridad, y parecia ser el depositario de la voluntad de todos los ciudadanos. Hubiera caido la república en los daños á que estaba espuesta despues de haberse librado de la tiranía de los hijos de Pisistrato, si por casualidad no hubiera tenido entónces un Miltiades, cuyos extraordinarios talentos le hicieron triunfar de los persas en Maraton. A este

lador de confiarles el depósito ó la administracion de la soberanía. Si les declara la ley por hombres libres, y hace varias especies de ciudadanos, no obstante esto, les mira la política como esclavos que no tienen patria, y que no pueden participar de las asambleas de la na-

“corresponda igualmente en la misma suerte, sino es que sea del “padre y la madre, y de aquellos mayores en nobleza, ó de aque-
“llos ancianos que fueron libres y viven libres.”

Lo que añade Focion que es necesario mirar como esclavos á los artesanos, parecerá á los lectores una idea cruel; pero averiguando su pensamiento, se conocerá breve y fácilmente la verdad. Estaba sin duda muy instruido Focion de los derechos de la humanidad para decir que era menester quitar la libertad á los artesanos y reducirlos á la esclavitud. Quería solamente que los hombres que no pueden tener verdaderas ideas de ciudadanos, no tuviesen, como no tienen los esclavos, parte alguna en la administracion pública. Tenia razon, y no contaba por ciudadanos sino á los poseedores de tierras; y es muy cierto que no se puede en la práctica separarse de esta máxima sin esponerse á grandes inconvenientes.

Entre todos los sabios que han gobernado la república de Atenas, solo Aristides ha favorecido la democracia. Abolió la ley de Solon, que no permitia ascender á las magistraturas sino á los ciudadanos que cogian á lo ménos cien medidas de trigo, de aceite ó de vino de sus tierras; y así arruinó la parte aristocrática del gobierno, que servia de freno á la democracia. Se permitió indistintamente á todo ciudadano aspirar á la magistratura; y sin duda es ésta una de las principales causas de las faltas que sigue la república, y de las desgracias que esperimentó desde la muerte de Pericles: no conocieron límites la inquietud y la insolencia del pueblo.

cion. Nuestros mayores hombres, Miltiades, Temistocles y Cimon favorecian la aristocracia. Yo sigo su ejemplo, no por vanidad ni ambicion, pues conozco bien la igualdad de los hombres y los derechos de la humanidad; pero consultando á la felicidad de la república, veo que importa aun á la misma multitud que su trabajo y ocupaciones la abatan y retengan en la ignorancia para no apoderarse del gobierno.

Llena de humanidad para con los artesanos la república, que no puede pasar sin ellos, los gobierna sin despreciarlos. Debe tener cuidado el magistrado de que el trabajo suministre á los artesanos una subsistencia fácil y abundante; y si no, se harán los enemigos de la república, como lo son los hilotes de los espartanos, y se tendrá que reprobar su delito, y determinar su castigo. Los ciudadanos sabios en querer conservar sus costumbres, jamas permitirán la invencion de nuevas artes. El que esté instruido del origen y progreso de ellas, conocerá tal vez la historia de todos nuestros vicios. A ejemplo de los espartanos juzgamos que los pueblos se civilizan por medio de las buenas leyes y práctica de las virtudes, y no por el cúmulo de superfluidades que reprueba la razon, y estima el lujo. Quiso Licurgo que los lacedemonios no se sirviesen mas que de la segur y la sierra para hacer los muebles de su casa. Admirable ley! Obligad aun á los artesanos á que tengan por una especie de grosería las artes inútiles, si no quereis que las produzcan el gusto y la vani-

dad de los ricos. He visto muchas veces á Platon llorar amargamente los progresos de la pintura entre nosotros. Un dia, que admiraba en el templo de Minerva la derrota de los gigantes, me acuerdo con gusto que me tiró de mi capa, y me dijo: "Os admirarán estas tonterias: ¡qué arte, qué trabajo y qué ingenio para escitar una admiracion dañosa! En mi República está obligado un pintor* á empezar y acabar su pintura en "el espacio de un dia."

En fin, querido Aristias, cuidad que la política no admita al gobierno del estado sino á los que poseen alguna herencia. Solamente estos tienen una patria. Pero para impedir que su ociosidad dañe á la república, prohiba una ley severa las fortunas escandalosas, que corrompen mas á los ciudadanos imprudentes que las envidian, que á los mismos que las poseen. La medianía de las herencias obliga á los propietarios á cuidarlas y cultivarlas por sí propios; y si se opone á esto la costumbre, arranque la república sus pasiones á sus ciudadanos multiplicando sus obligaciones y ocupaciones.

La antigua Lacedemonia nos presenta un ejemplar admirable. Ocupados siempre los hombres en el ejercicio de la caza, de la carrera y de la lucha, se dispo-

* Me acuerdo haber leído en Platon, que quería que las pinturas que dedicaban á los templos de los dioses fuesen hechas en un dia; y no concedia mas que cinco á los escultores para hacer un túmulo y elevarlo.

nian en sus mismas diversiones para hacerse intrépidos defensores de la patria. Descansaban de sus trabajos en una escuela, en que se les enseñaba ménos á discurrir como nosotros sobre las virtudes, que á practicarlas. Cada edad y cada sexo tenia en cada hora sus particulares ocupaciones. Huia rápidamente el tiempo para con los espartanos; y en medio de esta vida, siempre trabajosa, ¡cómo hallarian las pasiones, aun á pesar de su diligencia y de su destreza, un solo momento para seducir y corromper un lacedemonio?

¶ Hasta aquí, querido Aristias, prosiguió Focion, no os he manifestado mas que flaquezas, debilidad, miserias y vergüenza de la humanidad. Hasta aquí no os habrá parecido la política sino ocupada en cortar los lazos, por los que mil diversas pasiones separan á los hombres de los comunes intereses de la sociedad, teniendo los arraigados en los personales y propios. Para romper la admiracion de estas circes, que nos amenazan con la misma suerte que padecieron los compañeros de Ulises, admirad ahora la infinita sabiduría de la naturaleza y los socorros que nos ofrece. Aprended pues por qué secreto puede la política comunicar á estas virtudes tan tímidas, tan contrarias á nuestras pasiones, tan poco obradoras, tan estrañas á nuestro corazon, pero al mismo tiempo tan necesarias, una fuerza superior á la de las pasiones mismas. Ved por qué medios puede hacerse agradable y deliciosa la práctica de las virtudes y de las obligaciones, que en la apariencia

son las mas austeras. Todo esto se consigue teniendo vigilante en nuestro corazon el amor á la gloria: noble objeto, cuya generosidad nos hace conocer la grandeza de nuestro origen y nuestro destino. Este es el sentimiento, por el cual somos competidores de las substancias espirituales, que nos enseña que somos obra de un Dios.

En efecto, Aristias, ningun medio tiene el alma mas capaz de moverla que el amor á la gloria, tanto mas sublime, quanto le complace mas el encontrar obstáculos y combates. ¡Por cuántos triunfos, alcanzados sobre las mas atrevidas é imperiosas pasiones, no se ha ilustrado? ¡Por ventura os podré numerar todos los hombres grandes, á quienes ha hecho despreciar los encantos del placer y amar la pobreza? El amor á la gloria parece que en algun modo nos separa y nos hace olvidar de nosotros mismos, disponiéndonos á sacrificarle nuestra propia vida por un género de éstasis que se apodera de nuestra alma, y la embriaga con la imágen de una dichosa muerte. Despues de Codro, ¡cuántos héroes han sido víctima generosa de esta opinion?

Sócrates, que conocia muy bien el corazon humano, no se contentaba para escitar á la virtud con demostrar que nos hace felices y lleva en sí misma la recompensa. Temia, que mas elocuentes que él las pasiones, cerrasen los oidos de sus discípulos á la verdad, ofreciéndoles algun placer presente; y así para hacerlos atentos y dóciles, les enseñó el amor á la gloria. Por esto se for-

máron en su escuela los mejores hombres que han honrado la república nuestra. ¡Y cuán dichosa y floreciente seria hoy Aténas, si por el órgano de las leyes y boca de los magistrados hubiera persuadido á todos los ciudadanos la política lo que Sócrates á sus discípulos!

Si no conocen los bárbaros este amor; si esta virtud, ya debilitada en la Grecia, se hace de dia en dia infinitamente mas rara que lo que era hace un siglo: no creáis que ha sido mas liberal la naturaleza con nuestros padres que con nosotros, ó que por una injusta predileccion le ha parecido distinguirnos de los estrangeros. En todo tiempo y en todo lugar reparte igualmente sus beneficios; pero no sabe la política aprovecharse de ellos en todas las ocasiones. Durante la guerra de Medo hubieran mostrado los de Tébas otro tanto valor, como dejáron ver de timidez, si hubiese encendido en sus corazones un Epaminondas la apagada idea del amor á la gloria. ¡Cómo quereis, querido Aristias, que esta virtud se atreva á penetrar la Persia, y producir en ella algunos frutos? Los secará todos un soplo contagioso. No hay recompensa imaginada para honrar la virtud, de que no se adorne insolentemente algun vicio. Siendo una corte el alma del imperio, si esta, embelesada en los placeres, no tiene con quien repartir los favores sino con los mismos ministros ó instrumentos de su gusto, cuidará bien de no dar el gobierno de un sátrapa á un hombre virtuoso é inteligente, porque de este desconfia y le teme. Para ser grande en Persia es ne-

cesario ser un hombre muy regular, ó envilecerse ocultando sus talentos.

El pueblo no discurre. Llevado naturalmente de su ignorancia á dar admiración á todo aquello que envanezca su imprudencia, su orgullo, su avaricia, su zelo, &c. confundirá lo vano y extraordinario con lo que es verdaderamente sabio y grande. No dudeis en esto, que él irá detras de una vanagloria de preocupacion y de moda, si no le pone en el bueno y verdadero camino la política de concierto con la moral. Se separará de él si se cesa un instante en ilustrarle y dirigirle; y despreciará bien presto por sus tumultuosos elogios á los que aprecian el verdadero mérito, adornando con él á los que están tocados del amor á la gloria, pero que no tienen la suficiente luz para conocer donde sea forzoso buscarle.

Cuando la política ha llegado á conocer lo que es verdaderamente estimable, y cuando haya, digámoslo así, pesado las virtudes; entónces es menester que dé mas estimacion á las que son mas ventajosas á la sociedad y de mas difícil ejercicio: en lugar de repartir con prodigalidad los honores la república, no los dispense sino con una estremada economía: la gloria muy comun se envilece. Sean las recompensas raras, que todos las apetezcan, y las obtengan pocos, porque serán despreciadas si se dan por empeño ó por capricho. Se deberían desear en ellos los ingenios; pero ha de ser cuando estos son útiles á la patria. ¡Qué nos importa tener es-

celentes pintores, cómicos y escultores? Desgraciada la nacion que es tan insensata, que bajo el pretesto del genio y de inclinacion que pide su arte, los aplaza al lado de un gran capitán ó un magistrado, dándoles los mismos elogios. ¡Por ventura es mas feliz porque la pintura y escultura animen al lienzo, al mármol y al bronce? Tiene á bien Filipo la magnificencia de nuestras fiestas panateneas: se admira de que nuestros ciudadanos no puedan saciarse de músicas y espectáculos. En otro tiempo apénas levantabamos estatuas bien concluidas á los bienhechores de la patria, y teniamos muchos héroes: hoy carecemos de ellos, y no tenemos mas que escultores y pintores. Concededme, Aristias, que es mas glorioso para Aténas que algunos hombres á fuerza de estudio y de arte lleguen á representar en nuestros teatros los papeles de Priamo, Hércules, Aquiles y Ulises, miéntras no hay ninguno que pueda ser buen ciudadano en la plaza pública, ni magistrado en el senado ó el Areopago.

Es preciso desesperar de la salud de la república si distribuye las recompensas de la virtud á los talentos de un hombre vicioso. Temed, mi querido Aristias, estos funestos ingenios. Son unos brillantes fósforos que engañan á los caminantes y los llevan al precipicio. Buscando las causas de la prosperidad ó de la decadencia de diferentes repúblicas de la Grecia, siempre tengo observado que jamas falta un pueblo virtuoso á dar los talentos que le son necesarios, y que estos son inútiles

cuando no les acompaña la virtud. ¿Qué ventaja hubiera sacado Tébas de Epaminondas y Pelopidas si estos hubieran sido avaros, ambiciosos y zelosos uno de otro? Debíó la Grecia en otro tiempo su salud al pensamiento atrevido, pero sabio, de Temístocles, que aconsejó á nuestros padres abandonasen su ciudad á Xerxes, trasportasen sus mugeres, viejos y niños á Salamina, y construyesen una flota con la madera de sus casas. ¡Oh, y qué dicha fué para nosotros que nuestros padres supiesen sacrificar su interes particular á la fortuna pública! ¿De qué nos servirían hoy los discursos de este hombre eminente? Si Aristides y Cimon hubieran tenido entonces las costumbres bajas y corrompidas de nuestro tiempo, se hubieran sublevado contra un proyecto, de que no eran autores, y hubieran preferido la pérdida de la república y la de toda la Grecia á la zelosa ambicion de verla salvar por otro. Esta fué la honestidad de costumbres públicas que hizo á Temístocles ser un gran capitán* y vencer á los persas.

* En tiempo de Aristides y de Temístocles era competidores sin aborrecerse los que gobernaban la república; ó si eran enemigos, no empleaban para perderse las ideas débiles y engañosas de la mentira y el enredo: una noble emulacion les llevaba á aventajarse unos á otros. El amor de la gloria y de la patria apuraba la envidia y los zelos. Siempre habian sido contrarios Aristides y Temístocles; pero cuando amenazó Xerxes á la Grecia, cesó entre ellos toda competencia, y solo cuidáron del bien de la patria. Aun Pericles, que estuvo deseoso de gobernar á Atenas, hizo llamar á

Pero no se incluye aquí todo, Aristias amado: todas sus desgracias las ha debido siempre la Grecia á los talentos de estos hombres viciosos. Si el vicio fuera tonto, jamas seria dañoso; pero cuando se oculta debajo del entendimiento, entónces, engañados los ánimos de todos, da un golpe mortal á la república. ¿Tiene esta algun ventajoso establecimiento que modere la avaricia ó la ambicion de los ciudadanos? Abusa de su discurso un hombre viciado para desterrar y destruir las leyes que mantenian el órden público. ¿Tiene algun defecto en su constitucion? Pues por este mismo la trastorna, y se levanta sobre sus ruinas. Tal ha sido siempre la conducta de los tiranos que han usurpado en sus ciudades el poder soberano. Han empleado su ingenio en eludir la fuerza de las leyes, y en engañar la autoridad y vigilancia de los magistrados. Han sembrado sospechas, hicieron nacer temores y esperanzas para escitar las quejas, habiéndolas fomentado con arte suficiente para persuadir que únicamente amaban el bien público. Cuando lo ha pedido su interes, han degenerado en

Cimon de su destierro cuando creyó indispensablemente necesarios sus servicios á la república, y así obráron de acuerdo. "Tan cíviles y honestas eran las enemistades, dice Plutarco, y tan fácil de apaciguarse la ira. No era así en tiempo de Focion. Los "oradores vendidos á Filipo, al rey de Persia, ó al motin de los "ciudadanos poderosos, eran unos hombres en los que no tenian "el menor lugar la verdad, el amor á la patria y á sus obligaciones." "nes."

guerras civiles las menores divisiones; y fingiendo servir á las gentes y restablecer el buen orden, solo han afirmado su tiranía.

Pericles, cuyo ingenio superior podia haber hecho la felicidad de Atenas y de la Grecia, no ha temido romper nuestras costumbres* por adular y ganar la multitud: hacernos tiranos de nuestros aliados por manifestarse necesario; y encender la fatal guerra del Peloponeso por afirmar su crédito decaído, y para dispensarse

* Acuerda Focion en pocas palabras los tres grandes yerros de Pericles en su empleo. Publicó un decreto, por el que daba el estado una retribucion á los ciudadanos por asistir á los espectáculos y á los juicios de la plaza pública: favoreció los progresos de las artes inútiles, é introdujo un estremado lujo en Atenas. Conducta, que haciéndole agradable al pueblo, le puso en términos de gobernar arbitrariamente. Hizo la guerra á los aliados de la república para forzarlos á pagar los tributos, y envanecer al mismo tiempo la ambicion de los atenienses, que habia hecho inquietos y difíciles de gobernar la ociosidad de la paz. Finalmente, Pericles, que podia impedir un rompimiento entre su patria y Lacedemonia, encendió la guerra del Peloponeso para asegurar su autoridad en el crítico instante de dar sus cuentas. Después de estos baldones tan merecidos es de admirar que Tucídides, *lib. ii. cap. 11.* diga: "que Pericles adquirió su autoridad por caminos legítimos, "y que venia su crédito de su buen modo y dignidad" Mas estimo el juicio de Pausanias cuando dice, *lib. viii. cap. 52.*, "que "no se debe mirar á los que han hecho la guerra del Peloponeso "mas que como á unos furiosos que han sacrificado todos los pueblos de la Grecia á su propia ambicion y á sus particulares intereses."

de dar las cuentas de su cargo. Con los mismos talentos el ambicioso Lisandro no cuidó mas que en trastornar el gobierno de su patria para abrirse el camino del trono que le estaba cerrado; y cuando podia volver á su vigor las antiguas leyes, y restablecer las alteradas costumbres por la ambicion de una larga guerra, trabajó sordamente en dar sus vicios á los lacedemonios. Fué engañoso su amor á la gloria; abusó del amor de su patria; y bajo el pretexto de afirmar su poder, hizo avaros y ambiciosos, y arruinó sus fuerzas con su reputacion. ¡Qué males no nos ha alcanzado Alcibiades, cuyos discursos engañosos servian de escusar los vicios? ¡Y nos han reparado sus talentos de la carnicería que han hecho entre nosotros sus maldades?

Toda la tierra, amado Aristias, no ofrece mas que una estendida pintura de los errores de la política: casi siempre se estravia, siguiendo una falsa gloria. ¡Cuántas preocupaciones, y cuántos vicios no hace respetables? Raras veces emplea los medios propios para favorecer el amor á la gloria: no se ha comprendido aun bien cuán delicado es, cuán zeloso de sus derechos, y cuánto manejo pide. La amenaza le irrita, y el temor le apaga en todos los corazones. ¡Quién creerá que las leyes sanguíneas de Dracon nacióéron en medio de un pueblo libre, y que se queria hacer virtuoso? No nos hubieran dado mas poder que el de un esclavo si las hubieramos obedecido por nuestra debilidad. Seria muy comun la pena de muerte que determina por las menores faltas.

¿Quereis hacer el amor á la gloria mas vivo y general? Basta la vergüenza para que queden castigados los culpados. Es una moral falsa, y guiada por un ciego ó indiscreto aborrecimiento á los vicios, que á todos los confunde: queriendo hacer amar la virtud, destruye el sentimiento de la humanidad, que es su basa. Dejad á los Critias que sean pródigos en derramar la sangre: no amenaceis con la muerte mas que á las almas serviles que son culpables en delitos, cuya atrocidad no da indicios de la enmienda, ó de recurrir á la virtud.

Solo la estimacion pública, que es la recompensa del amor á la gloria, puede llevar nuestra alma á un cierto grado de elevacion. No es conocer los hombres el quererlos escitar á acciones grandes de otro modo que, ó por una corona de laurel, ó por dedicarles estatuas. Es envilecer la virtud y profanarla el presentarle un precio, que solas la avaricia y la concupiscencia pueden apetecer. Se diria que el rey de Persia mira la virtud y el honor como una mercadería que se valua y se trueca á peso de oro y plata. No temiera la Grecia á Filipo, si no fuera mas hábil que este monarca del Asia: solo sirve su oro para hacer y corromper traidores entre nosotros: él nos lo derrama, y es avariento de él en sus estados: manejando diestramente la estimacion pública con sus vasallos, comienza el de Macedonia, donde anteriormente solo habia buenos esclavos, á producir hoy ciudadanos propios para todas las obligaciones y necesidades de la sociedad. Cuando la esperanza de adqui-

rir riquezas llevase al heroismo, no le sofocaria su posesion. ¿Qué vale, dicen los persas, esta recompensa que hemos recibido? ¿Cuánto este empleo de sátrapa? ¿Cuáles son los provechos de este cargo de palacio? Estos son los frutos que ha producido la política ciega y pródiga que han tenido los sucesores de Ciro. ¡Infelices príncipes, que colmando de bienes á vuestros cortesanos, habeis llegado á no hacer de ellos sino mercenarios y esclavos, que solo son dignos de la recompensa que reciben!

¶ Si no me engaño, querido Aristias, bastan las reflexiones con que os acabo de entretener para haceros ver como nos llevan sin esfuerzo la templanza, el amor al trabajo y á la gloria á la práctica de la justicia, la prudencia y el valor, desembarazándonos de las pasiones contrarias á los intereses de la sociedad. No me contento con esto; porque miéntras nuestras pasiones (siempre vigilantes para los objetos que alhagan nuestra imaginacion y nuestros sentidos) están en una continuada accion, queda dispuesta á dejarse engañar nuestra razon, sujeta á frecuentes letargos. Por muy sólido que parezca en su establecimiento el imperio de las buenas costumbres en el conjunto de muchas virtudes, que recíprocamente se sostienen, no nos debemos envanecer de que será permanente é inmutable en tanto que tengamos por magistrados á otros hombres. Tomaréis todas las precauciones imaginadas por Sócrates y Platon para hacer segun ellas los Aristides: lo conce-

do, como tambien doy asenso á que serán infatigables é incorruptibles; pero estos magistrados serán hombres: no verán mas que las exteriores acciones del ciudadano, y comunmente llegarán tarde para el socorro de las buenas costumbres, de la justicia y de las leyes ofendidas. Debiérase desear que para sofocar la raiz del vicio, les fuese concedido penetrar nuestras conciencias, sondear las profundidades de nuestro corazon, y juzgar nuestros pensamientos y deseos al tiempo que nacen.

Pero se han reservado á si mismos este conocimiento nuestros Dioses; y supuesto que si se concediera á un hombre el privilegio de juzgar nuestros pensamientos é intenciones estableceria su tiranía, porque abriría una puerta libre á las pasiones del magistrado, quizá mas funestas á la sociedad que las del ciudadano; quisiera que todos los hombres estuviesen persuadidos de esta importante verdad; y es que la Providencia, que gobierna el mundo y ve los movimientos mas secretos de nuestra alma, castigará el vicio, y recompensará la virtud en la otra vida. Esta doctrina, fundada sobre la justicia de los Dioses, tan amada de nuestra razon; y tan proporcionada á nuestras necesidades, solamente es terrible para nuestras pasiones. Para sacudir el yugo de un temor tan saludable, es de admirar el modo con que nuestros sofisticos han desconocido este supremo. Ser, que es el principio de todo, y cuyo nombre está escrito con caracteres indelebles sobre cada parte de sus obras. Dicen que una ridícula casualidad, que todo lo habia

criado, presidia todas las cosas. No sé qué género de Dioses han fingido, perezosos y torpes, cuyas miradas no llegan á la tierra. Ese tenebroso rio que rodea nueve veces la habitacion de los muertos; esas floridas campañas que habitan las gentes; la rueda de Ixion, la estatua de Prometeo, los Euménides y sus serpientes son unas ingeniosas ficciones. ¡Pero inferiré de aquí que la virtud no espera recompensa despues de la muerte; que quedará el vicio sin castigo, y que es especie de insensibilidad tomarse el trabajo de resistir á las pasiones y ser virtuoso?

No se ejecuta repentinamente y sin temor la primera injusticia, pues espantada el alma, regularmente la rehusa. En una palabra, tiene sus grados el delito, y continuando en él, se acostumbran los hombres á la maldad: despues se familiarizan con la idea del crimen, y consiguientemente se buscan los medios de engañar la vigilancia de los magistrados, y escaparse del rigor de las leyes. Cuanto mas se piensa en la injusticia, mas se encarece, se fomenta, y finalmente, se ejecuta con mas audacia y sin remordimiento. Pero si sabe el delincuente que tiene un juez, á quien no se puede seducir con facilidad, y de quien no se puede escapar, sin duda que producirá en su corazon el temor un saludable efecto, y reprimirá sus pasiones en tiempo que aun puedan obedecer á la ley.

Conceden los sofisticos, querido Aristias, que los hombres mas religiosos son ménos virtuosos; pero se enga-

ñan, pues llaman religion á la que no es mas que supersticion ó hipocresía: miran como un hombre piadoso á aquel cobarde que los engaña con algunas aparentes virtudes, y que en realidad ignora lo que el cielo le manda y lo que le prohíbe: ó á un pícaro que finge temor á los Dioses para engañar mejor á los hombres. Pero si la religion es santa como el Dios eterno é infinito, á quien adora, ¿qué fuerza no dará á las leyes? Inspirará ciertamente un respeto tímido á las pasiones. Nada prueba la impiedad de Salmone y Ajax, aquellos que no reverenciaban sino unos Dioses parecidos á ellos. Yo concedo que pueda haber hombres tan perversos que en su mayor furor ofendan, no á Marte, Venus ú otro Dios que les agrade como á Homero, sino al supremo Ser que Sócrates adoraba. ¿Pero qué inferirán de esto los sofisticos? Lo que es inútil para diez ó doce insensatos del mundo, ¿lo será igualmente para todos los hombres? Porque las leyes, los magistrados y los castigos que emplea la política para poner algun medio entre los hombres y el delito, no produzcan efecto en muchas almas atroces, ¿se ha de mirar la legislacion como un resorte vano para guiarnos al bien? ¿Se han de destruir las leyes, y se ha de despojar de su autoridad á los magistrados?

Bien sé cuán esclavos somos de nuestras pasiones. En turbándose nuestra razón por lo que ven los sentidos, puede sin duda distraernos del temor de los Dioses; pero no deja de ser este temor el freno de muchos. Por otra parte, no dura mucho su embriaguez, porque tiene

sus instantes para reconocerse la razon; y entónces la idea de un Dios justiciero debe espantar y turbar saludablemente al culpado. Despues llega la edad, se debilitan las pasiones, y por lo ménos los efectos de la religion reparan los males que no han podido prevenir. Detestan sus errores, dando ejemplos de virtud, propios para instruir á los jóvenes en sus obligaciones.

Aun os hablaria del amor á la patria, querido Cleofanes, si Focion hubiera querido corresponder á la impaciencia con que deseabas aber mas Aristias. Pnogamos limite por hoy al exámen de las virtudes, de que os acabo de hablar, que mañana, nos dijo, satisfaré vuestra curiosidad.

ENTRETENIMIENTO CUARTO.

Del amor á la patria, y de la humanidad. De las virtudes necesarias en una república para prevenir los daños con que puede ser amenazada por las pasiones de sus vecinos.

NOS habia dicho Focion que fuésemos Aristias y yo á su casa de campo para tener en ella nuestra cuarta conferencia: así lo hicimos ayer. ¡O dichosa estancia y afortunada granja, amado Cleofanes, aquella que sirve de retiro al mas sabio de los hombres! Allí es donde Focion, tan grande á la cabeza de nuestros egércitos, medita la salud de la república, y cultiva con sus manos victoriosas la corta y limitada heredad que tiene de sus padres. La muger de este hombre que ha llevado la guerra á las mas ricas provincias, amasaba el pan* cuando entramos en su casa: Focion sacaba agua de un pozo para regar las legumbres; y á su vista parecia que su esclavo no cumplia otras obligaciones que las de la amistad. ¡Qué razon tenia Homero! Sí: el mas hermoso adorno de una casa es la virtud de su dueño. Creia yo que entraba en un templo lleno del Dios que le habita, y

* Cuenta Plutarco que quiso Alejandro hacer un presente de cien talentos á Focion, y que le encontraron los enviados del príncipe sacando agua de un pozo para lavarse los piés, y á su muger amasando el pan.

miraba en el rostro de Aristias el respeto de que estaba penetrado. Es la pobreza algunas veces augusta. ¡Ay, querido Cleofanes, que la mayor parte de nuestros ciudadanos no quiere entender esto! Pues en adornando sus casas de estatuas, vasos y pinturas esquisitas, juzgan merecer la estimacion pública, y consiguen solamente que se admire la loca imprudencia con que se atreven á levantar trofeos á sus injusticias y rapiñas.

Hasta ahora, nos dijo Focion, despues que le rogamos nos continuase sus instrucciones, hemos hablado de las virtudes que debe mirar la política como fundamento de la sociedad y principios del buen orden: si gustais, entraremos hoy en algunas particularidades que no son ménos importantes. Querido Aristias, continuó sonriéndose, á pesar de la severidad de mi moral, conozco haberos escandalizado. En nuestro último Entretenimiento me habeis dejado ver vuestra admiracion sobre mi silencio en el amor á la patria: ved aquí las razones que le causaron, y juzgadlas. He creido deber hablaros de las virtudes con el mismo orden que ha de tratarlas la política para hacerlas en la práctica mas fáciles y familiares. ¶ No hay, ni puede haber amor á la patria en los estados donde ni hay templanza, ni amor á la gloria, ni respeto y veneracion á los Dioses. Ocupado el ciudadano consigo mismo, se mira como extranjero entre sus conciudadanos; y por el contrario, en una república donde están cultivadas estas virtudes con cuidado, nacerá el amor de la patria de la patria misma, y produ-

perior dirigir á sus inferiores. Me entenderéis. La moral, por ejemplo, nos manda ser económicos, generosos y piadosos; pero estas calidades serán otros tantos vicios, si no se gobiernan por una superior virtud, y esta es la justicia. Será mi economía delito si falto á lo que pide la justicia respecto de mis prójimos y conciudadanos. Soy culpable en la generosidad, si me hago pródigo con mis amigos á costa de mis acreedores. Debo compadecerme de los culpados y de los infelices; pero sin debilidad, para no sacrificar por ellos las leyes, y aun la república. Así es, querido Aristias, el amor á la patria, como la economía, la generosidad y la piedad. Está también sujeto como estas á una virtud superior, y debe también como ellas obedecerla; porque si no, en lugar de servir á la república, la precipitarán en la decadencia sus errores.

¶ Es la humanidad la superior virtud al amor de la patria.* Estended vuestra vista á las murallas de Até-

* Miraban generalmente los griegos el amor de la patria como la primera virtud del ciudadano; y parece que en casi todas las repúblicas han estado ocupados los legisladores en inspirarle, estenderle, y darle fuerzas, mas que en conocer los límites que le prescribe la razón, ó el modo con que debe gobernarle y dirigirle. Debe parecer muy sabia la doctrina que Focion esplica á Aristias. Solamente esta es la ventajosa á los hombres; y no creo que alguno de los lectores se niegue á la evidencia de sus discursos: así, aunque nada pretendo añadir, espero que se me permitirá buscar en esta observacion las causas que han impedido á las sociedades

nas. ¡Hay alguna cosa mas opuesta á la felicidad de la sociedad, cuyo principio buscamos, que los zelos, los

conocer sus recíprocas obligaciones, siéndoles absolutamente necesario este conocimiento, y sin el cual es el amor á la patria una cólera injusta y ciega, que produce la mayor parte de las infelicidades con que es afligida la humanidad.

Si los hombres han estado mucho tiempo en comun sentir conociendo la necesidad de unirse en sociedades; si ha sido precisa una larga esperiencia de males para enseñar á cada particular la ventaja que hallaria en renunciar su independencia, y someterse á las leyes y magistrados, era natural que las sociedades estuviesen mas remisas para contraer alianzas entre si. Los ciudadanos feroces y acostumbrados en su estado natural á obedecer á sus primeros movimientos, no deben formar en mucho tiempo mas que sociedades salvages. Las primeras sociedades de bárbaros conservaron contra sus vecinos la ferocidad, de que apenas se habian despojado unos ciudadanos para con los otros; y no pudiéndose inspirar mutuamente alguna confianza, se miraron como enemigos. Un odio mas ó ménos brutal fué el alma de su política.

Si hoy, que nos preciamos de filósofos, abusamos continuamente de nuestro valor y nuestras fuerzas; si á pesar de las ideas que tenemos de la justicia y del derecho de las gentes queremos ser mas conquistadores que justos; si las victorias lisonjean agradablemente nuestro orgullo; y si comunmente tenemos por mayor á Alejandro que Aristides, ¿no deberán ser tenidas como las virtudes mas esenciales la fuerza, el valor y la violencia? La estimacion dada á estas calidades, ¿cuánto hizo para que naciesen las pasiones y preocupaciones propias para impedir los primeros movimientos de la razón? Cuanto mas cargados volvian los soldados del botin, mas les llenaban de alabanzas la avaricia y la ambicion de sus mugeres y viejos: cuanto mas estendidos eran sus corsos,

✦
 odios y competencias que dividen las naciones? ¡Ha hecho la naturaleza los hombres para que se despeda.

tanto mas se escitaba la admiracion; y cuantas mas crueldades habian hecho, tanto mas superior era el concepto de los soldados que las habian cometido. Los vencidos no se atrevian á quejarse por el temor de agriar á los soberbios vencedores, irritados por la victoria, é imprudentes en no temer los reverses de la fortuna. Mientras que estos se embriagaban con su prosperidad, se humillaban los otros para ablandarles, sin desesperar de vengarse. Pasando la moderacion por flaqueza, hubiera sido despreciada como la poltroneria. Cuanto mas mal se hacia á los enemigos vencidos, mas se creia intimidar á los vecinos, y dar mas pruebas de su valor y habilidad. Deslumbró una falsa y aparente gloria á todos los corazones; y en este silencio de la razon, que no sabia aun que tenia algunos derechos que reclamar, persuadió la preocupacion que todo era permitido al mas fuerte.

De esto se siguió el derecho de gentes mas feroz y cruel en los antiguos mas célebres por su sabiduría, generosidad y política de sus costumbres. Se creia que una declaracion de guerra era una sentencia de muerte decretada contra una nacion. Caminando sobre este principio tan odioso, no conocian límite los derechos de la guerra; y aun los mismos prisioneros que quedaban rendidos á sus enemigos, no alcanzaban el perdon sino haciéndose esclavos. Estuviéron mucho tiempo los griegos sumergidos en esta barbaridad, pues no se ignora que fué esta la suerte de los hilotes y mesanienses vencidos: llegaron, segun observa Focion, á mirar á toda la Grecia como á su patria comun; pero si observaban entre ellos algunas reglas de humanidad, era preciso mucho para que las practicasen con los estrangeros, á quienes trataban de bárbaros, y los despreciaban juzgando no deberles la menor atencion, y creyendo que haciéndoles ménos fuertes y ménos ilustrados la naturaleza, les destinaba para ser esclavos.

✦
 cen y devoren? Si les manda amarse, ¿cómo seria sabia la política queriendo que el amor á la patria llevase

Con una misma palabra esplicaban los romanos al enemigo que al vecino. Empezáron á ser salteadores, robáron las mugeres, y viviéron del pillage; pero adquiriéron algunas buenas costumbres, y manifestáron mucha moderacion para con los estrangeros despues del destierro de los Tarquinos, hasta el tiempo en que cayéron bajo una suerte desgraciada, abusando de las ventajas de una victoria. Derribáron los fundamentos de la república. No hiciéron guerra injusta; y jamas empezáron las hostilidades sino despues de haber manifestado muchas formalidades que indicaban amor á la justicia. Respetáron con mas religion que los demas pueblos los derechos de la humanidad en los enemigos vencidos, dando tambien estimacion á los que se hacian dignos de ella.

Se hace memoria con gusto de que habiendo sostenido los privernates muchas guerras obstinadas contra la república romana, sufriéron una pérdida tan considerable, que obligados á huir, y ocultarse en su misma ciudad, fuéron sitiados en ella por el cónsul Plautio. Estando para ser vencidos, enviáron embajadores á Roma para negociar la paz; y habiéndoles preguntado el senado qué castigo juzgaban merecer: respondiéron: "El que merecen los hombres, que creyéndose dignos de ser libres, han tanteado todos los medios para conservar la libertad que han recibido de sus padres. Pero, replicó el cónsul, si Roma os concede la gracia que pedis, ¿puede prometerse que en adelante conservaréis religiosamente la paz? Si, respondiéron los embajadores, si las condiciones de ella son justas, humanas y no nos sonrojan; pero si esta paz es vergonzosa, no esperéis que la necesidad, que nos la hará recibir hoy, nos haga conservarla mañana." Algunos senadores se indignáron del orgullo de esta respuesta; pero el senado, cuerpo en que dominaban las luces y el valor, la aprobó, ad-

los ciudadanos á buscar la dicha de su república en la infelicidad de sus vecinos? Supongamos que se desa-

mitiendo á su gracia los embajadores privernates, y juzgó conforme á sus principios, que los enemigos, á quienes no habían abaido sus desdichas, merecian el honor de ser numerados entre los ciudadanos romanos.

Por mucha magnanimidad y sabiduría que tuviesen los romanos, estaba en ellos el derecho de las gentes muy remoto de aquel punto de perfección á que debe llevarle la sana filosofía, que no se distingue de la sana política. Bienhechores y muy humanos despues de conquistar á los enemigos fáciles de reducir, se cree que su ambicion trastornase su moderación con el pretexto de ejercitar sus fuerzas y estender su imperio; ó á lo mas se podrá juzgar que su virtud era industria para engañar á sus aliados, admirar á sus enemigos, y hacer mas fáciles sus victorias.

Hubiera sido un prodigio que los pueblos practicasen con mas humanidad el derecho de las gentes ántes que fuese conocida la doctrina de Focion sobre el amor á la patria, y no podia serlo ántes que los filósofos descubrieron los errores de nuestras pasiones; y comparando con ellas los hechos, demostrasen que la política, lejos de trabajar en la prosperidad de un estado, apresura su decadencia y su ruina, si no mira al amor de la humanidad como una superior virtud, que debe arreglar y dirigir al amor de la patria. Los gobiernos monárquicos y los aristocráticos, que casi nunca conocen á lo que se obligan los miembros de una misma sociedad, están aun ménos dispuestos para saber sus obligaciones respecto de los estrangeros. En los democráticos la multitud, que es la soberana, es inconstante, orgullosa, arrojada y vengativa. ¿Cuántas pasiones les ocultarán la verdad y sus verdaderos intereses? En las otras repúblicas, como Esparta y Roma, en donde el poder público y la libertad, sujeta á las leyes, dan á los ciudadanos mil

parecen de mi idea las fronteras y límites que separan la Atica de la Grecia, y la Grecia de las provincias de

virtudes, aun les inspira comunmente el amor á la patria cierta vanidad y grandeza, incapaces de alianza con la práctica de las obligaciones de la humanidad para con los estrangeros.

Estuviéron los griegos en su ignorancia hasta el tiempo de Sócrates, que fué el primero de los filósofos, que aplicando la filosofía á mejorar las costumbres, se consideró ciudadano de todos los lugares donde hay hombres: publicó verdades irrefragables é inmortales; pero no estaba entónces capaz la Grecia para escucharlas y entenderlas, habiendo podido adoptarlas dos siglos ántes. Hablaba Sócrates del amor á la humanidad á unos hombres que no amaban su patria, pues la guerra del Peloponeso armaba unas ciudades contra otras: deshechos por sus disensiones domésticas, no tenían otra regla para su conducta que la ambicion, la avaricia, el temor, ó el atrevimiento de sus magistrados y de los ciudadanos enredadores que les gobernaban. Tuvo Sócrates algunos discípulos, que por su prudencia no tomaron parte en la administracion de los negocios públicos. Se aumentaron mas las turbaciones de la Grecia despues que el imprudente Lacedemonio, dejándose guiar por Lisandro, renunció abiertamente sus virtudes por entregarse á la ambicion. ¿Qué tiempos aquellos para hablar de las respectivas obligaciones de los pueblos, y qué reinados los de Filipo, Alejandro y sus avaros sucesores! Se sofocaba la verdad al nacer, ó no salió de las escuelas de los filósofos de Atenas.

Pasó de Grecia á Roma la filosofía de Sócrates y Platon; pero parece que nada llega á tiempo en este mundo. Si hubieran conservado los romanos sus antiguas costumbres, sin duda que hubieran adoptado unos principios propios á confederarse con su moderación, su amor á la justicia y la pobreza; pero viciados por su mucha fortuna, solo querian ser los tiranos de las naciones, de

los bárbaros, y ya me parece que mi razon se estiende, mi espíritu se eleva, y mi ser se engrandece y perfec-

quienes les habia hecho dueños la virtud de sus padres. "En las mismas obras en que Ciceron, siguiendo á Sócrates y Platon, enseñaba que todos los hombres son hermanos; que por lo mismo deben amarse, socorrerse y hacerse todo el bien posible; que es preciso mirar y considerar toda la tierra como una ciudad grande, cuyos diversos cuarteles ó barrios no deben tener intereses opuestos: se queja de que en Roma no hay amor á la patria ni virtud, y por consiguiente que se aniquila la república. Hemos caído, dice, en un abismo inmenso de calamidades. Todo mudó de semblante entre nosotros desde que ejercitamos la violencia con los estrangeros, y desde que esta misma nos ha llevado por sus grados correspondientes á ser injustos y crueles con los ciudadanos. La avaricia, la insolencia y la tiranía, despues de haber hecho callar á las leyes, han cometido tantas rapiñas con nuestros aliados, que mas subsistimos por debilidad de nuestros enemigos, que no saben aprovecharse de la nuestra, que por alguna virtud que nos ponga en estado de defendernos."

Parece que no tenia mejor suerte en Roma la filosofía de Ciceron, que la de Sócrates en la Grecia. Todo el mundo sabe que las guerras civiles, que produjo la licencia de los ciudadanos, diéron lugar á la tiranía de los emperadores. Los sucesores de Augusto, semejantes á aquel Critias, de quien se habló en las conferencias de Focion, hubieran quitado á los hombres, si fuera posible, aun la facultad de discurrir. Entónces estuvo apagada la luz en el imperio romano en toda su estension y mas allá de sus límites: no tenia mas que naciones salvages, como aquellas sociedades de que hablé anteriormente.

En medio de los delatores, de las proscripciones, de la servidumbre mas humilde y de la tiranía mas sangrienta, ¿cómo sos-

ciona; porque si me es dulce el ver que mis conciudadanos velan para mi seguridad, ¿cuánto mas agradable

pecharia el Romano que tenia algunas obligaciones que cumplir con los estrangeros, ignorando lo que se debía á sí mismo, á sus ciudadanos y á su patria? Los males del imperio eran tales, que Nerva, Trajano, Antonino y Marco Aurelio no pudieron mas que suspenderlos por algun instante; pero no consiguieron remediarlos. Estando el poder público en manos de los soldados, siempre prontiños á sacrificar los emperadores á sus caprichos, no podia esperar ser gobernado mucho tiempo sino por los mismos vicios y pasiones.

Parece que volvió el mundo á su primera barbaridad luego que pasó al dominio de los Godos, Wandalos, Hunos, Borgoñones, Francos y Saxones, los que despues de haber cogido y deshecho las provincias romanas, las dividieron entre ellos mismos: conservaron en sus conquistas las costumbres, leyes y gobierno que habian traído de las selvas de Germania: no podia tener en ellos lugar alguno el derecho de gentes, siendo unos hombres que gustaban vivir del pillage: el cristianismo que abrazaron, y que debía instruirles en todas las obligaciones de la humanidad, les dejó en su primera ignorancia, porque se contentaron con creer sus dogmas, sin adoptar su moral: era esta muy sublime para unos bárbaros, que no comenzaban á perder un poco de su ferocidad, sino tomando algunos vicios despreciables y bajos de los vencidos.

Jamas fueron los hombres testigos de revoluciones mas impensadas y extraordinarias que aquella que experimentaron bajo el gobierno de los pueblos del Norte y de la Escitia: cada día se formaba una monarquía nueva, y perecía otra apenas formada. Cuando diéron principio los bárbaros, debilitados por sus guerras, á parecer tranquilos en sus conquistas, se estendió prontamente en toda la Europa el gobierno de los feudos, originado en los Fran-

me será el pensar que todo el mundo ha de trabajar para mi dicha?

cos; esto es, no se vió mas que tiranos crueles y sin piedad, ó esclavos que les servian: no habia ley política ni civil: no se conservaba alguna convencion espresa ó presunta de las que ha formado la sociedad, ni aun el objeto que debe proponerse: sola la fuerza decidia el derecho entre los soberanos y los vasallos, que formaban un reino con cien principados diferentes: no habia para la direccion sino costumbres inciertas, á las cuales la libertad de las pasiones y el orgullo de los acaecimientos no permitian tomar una consistencia cierta.

Cansada la Europa de sus desdichas, y fatigada de sus disensiones, comenzó á querer poner algun método en el desorden: se hicieron leyes absurdas é injustas, y era mucho se supiese que era preciso tenerlas: se sospechó que la sociedad necesitaba de un poder legislativo; pero se pasó largo tiempo sin querer obedecerle: era menester crear una jurisprudencia; y los que lo habian de hacer, no tenian otros modelos que los jurisperitos del imperio, cuyas obras sin principios y sin orden son otras tantas pruebas de la miserable servidumbre en que habian caido las leyes. Los rescriptos, siempre arbitrarios de los emperadores, y las opuestas sentencias de los magistrados eran la basa de sus conocimientos; y segun observa un docto en esta materia, ningun jurisperito tenia cuidado de tratar aun del derecho de la naturaleza y de las gentes.

Y por abreviar la historia vergonzosa de nuestra barbarie. En fin, no tomó la Europa otro nuevo semblante sino quando se establecieron en los estados la autoridad y la subordinacion, y quando, refugiadas las letras en Constantinopla, pasaron á Italia despues de la ruina del imperio del Oriente. Se comenzó á leer á los antiguos por unos progresos muy rápidos: se cultiváron las

¿Cómo puede ser que los hombres que renunciáron su independendencia, y formáron sociedades, porque cono-

ciencias, que ilustrando el ánimo, preparáron el corazon á amar el buen orden, las leyes y la moral; pero si el interior de los estados estaba mas civilizado, se sabe la indigna política que practicáron unos con otros. La lectura de Platon y Ciceron debia poner á nuestros padres en el camino de la verdad; pero eran muy antiguas, y estaban muy repartidas las preocupaciones para ser disipadas en un instante: léjos de avergonzarse de la perfidia, se estimaba el no tener fe. La ciega ambicion todo lo creia lícito y permitido: ya se racionaba y se juzgaba aun que el derecho de las gentes, fundado sobre condiciones arbitrarias, no era distinto del uso recibido y practicado entre los pueblos instruidos, y que obedeciéndole, jamas se hace criminal. Con vergüenza de la razon humana se discurría despues de los hechos lo que era permitido ejecutar, ó lo que estaba prohibido. Se cuidó muy tarde en sujetar las acciones al imperio de la razon.

Los principios del derecho natural son claros y evidentes, y hace mucho tiempo que la filosofia, que en varias artes ha hecho grandes progresos, debia no habernos dejado que desear sobre la naturaleza de las obligaciones recíprocas de las sociedades. Algunos autores que han tratado esta materia, léjos de buscar la verdad, la han oscurecido. Unos no han creido que la política de algunas potencias de Europa fuese injusta, y otros no se atreviéron á decirlo. Los escritos, hechos para instruirnos, no han servido mas que para perpetuar nuestra ignorancia y preocupaciones. Miétras que se ignoran las leyes, por las que une la naturaleza á todos los hombres, y miétras que no busca otra cosa que establecer un derecho de las naciones, favorable á la ambicion, á la avaricia y á la fuerza, ¿se puede pensar, con Sócrates, Platon, Focion y Ciceron, que el amor de la patria, subordinado al amor de

ciéron la necesidad que tenían unos de otros, no hayan visto que estas sociedades necesitan del mismo modo socorrerse y amarse; y que no hayan inferido al instante que debían observarse entre ellas mismas las propias reglas de amor, union y benevolencia que tienen entre sí los ciudadanos de un mismo barrio? ¡Qué tarda es la razón para aprovecharse de las luces de la esperiencia, y para sacudir el yugo de la inclinacion, de las preocupaciones y de las pasiones! Escusamos á nuestras primeras repúblicas no haber conocido en mucho tiempo otro derecho que el de la violencia. Sin detenerme, Aristias, en contaros las costumbres de los griegos feroces, deseosos del pillage, y cuyos capitanes estaban tenidos en sus pueblos como Dioses cuando venían cargados del botín, y seguidos de los esclavos que habían hecho en las tierras de sus vecinos, es cierto que amaban su patria, querían sin duda hacerla rica y floreciente en el interior, y exteriormente temible. ¿Pero qué bien les traía este ciego amor á la patria? No daba mas que un valor feroz á los hombres que no tenían alguna virtud de las que honran á los racionales: les llevaba á unas acciones injustas y violentas. Estos mismos triunfos, con que el vencedor tenía la locura de aplaudirse, le anunciaban el odio y la venganza de sus vecinos, y desgracias para lo futuro. Efectivamente

la humanidad, debe tomar á este por su guía, ó esponerse á producir grandes infelicidades?

estuvo ignorado el dulce nombre de la paz por mucho tiempo en la Grecia. No se veían por todas partes mas que pueblos errantes y fugitivos, que despues de haber sido echados de sus casas, venían á degollar á sus mismos conquistadores, haciendo cada dia perecer una nueva revolucion algun barrio de nuestros antecesores.

Abriéron finalmente los ojos por hallarse debilitados y vencidos de sus mismas desgracias. Incierta siempre cada una de nuestras repúblicas, y dudosa de coger en sus campos los frutos que el ciudadano había sembrado en ellos, y continuamente en vela del temor de ser subyugada y esclava, sospechó que sus zelos, sus odios y barbarie podrian no serla tan ventajosos como creía; y comprendió que no hay estado que no tenga necesidad de sus vecinos: entónces comenzamos á hacer tratados y alianzas: á medida que adelantabamos en distinguir un vecino de un enemigo, se civilizó la Grecia, se apagáron las sospechas y los odios, y se buscáron las obligaciones que impone la naturaleza á las sociedades: no quedó incógnito el derecho de las naciones: se descubriéron algunas leyes, y comenzó el amor á la patria, dirigido por algunos principios y unido con algunas virtudes, á producir el bien.

Unió Anfiction muchas ciudades nuestras; pero esto aun no era mas que un imperfecto dibujo de la felicidad de la Grecia. Un Licurgo, que no pudiéndose admirar suficientemente su sabiduría y sus luces, fué el primer hombre que comprendió bien cuánto importa á un esta-

do, que quiere ponerse al abrigo de los insultos de sus vecinos, el seguir á su ejemplo las leyes de la eterna alianza que estableció la naturaleza entre los hombres: quiso que el amor á la patria, hasta entónces injusto, ambicioso y feroz, quedase agotado en Lacedemonia por el amor á la humanidad. Su república bienhechora mereció en poco tiempo la estimacion, amistad y respeto de toda la Grecia, á quien estas ideas diéron un nuevo gusto á la virtud; porque no se sirvió mas de sus fuerzas que para proteger la debilidad, y defender los derechos de la justicia.

Los enemigos de Esparta cesáron de aborrecerla, y buscáron su alianza: sus aliados, en quienes no se habia alterado el reconocimiento ni por temor, ni sospechas, fuéron el apoyo y garantía de reposo y seguridad: consiguiendo así los espartanos su felicidad, hiciéron la de todos los griegos. Los corintios, tébanos, aqueos y atenienses nos mirabamos todos como de una patria, ó como de un lugar en donde habiamos nacido; y unidos así en una complacencia general, fué la Grecia nuestra patria comun; y nuestras ciudades, que solo habian sentido sus miserias, y el ruido de las armas en medio de sus divisiones, formáron una república floreciente, y capaz de triunfar de todas las fuerzas de la Asia.

Oh, querido Aristias! ¿Por qué nos contemplamos estrangeros fuera de las murallas de nuestras ciudades? ¿Por qué hay estas competencias, estos odios, estas crueles guerras? ¿Ha repartido avara la naturaleza al-

guna pequeña porcion de felicidad á los hombres, que sea necesario conquistarla con las armas en las manos? No tenemos otra cosa que conocer para ser todos dichosos que nuestros verdaderos intereses.

Si es sabio un simple ciudadano, prosiguió Focion, en conciliarse la amistad y estimacion de sus compatriotas, ¿no será aun mas preciso que un estado inspire los mismos afectos á sus vecinos? El ciudadano puede pasarse sin amigos, y no temer los enemigos, supuesto que existe bajo la proteccion de las leyes, y que está siempre dispuesto el magistrado para socorrerle. ¿Pero sucede lo mismo en una república? Todas las injusticias y violencias que cada dia producen las pasiones entre poblaciones diferentes, ¿no prueban cuán poco segura salvaguardia es el derecho de las naciones para cada sociedad en particular? La historia está llena de revoluciones tan inopinadas como atrevidas. El pueblo mas sabio y mejor gobernado tiene sus momentos de debilidad, de distraccion y de error. La ciudad mas despreciable, á quien ménos se tema, puede producir un Epaminondas, y casualmente tomar nueva inclinacion y hacerse temible. En una palabra, jamas puede prever la política las variedades de la fortuna, ni todos los daños con que puede ser amenazada. Por muy poderoso que sea un estado, ¿no ha de asustarle la idea de los escollos de que está cercado, y enseñarle que no puede gozar de una constante prosperidad, ni aun sostenerse mucho tiempo, si no trabaja por su justicia, su

moderacion y beneficencia en hacerse aliados fieles y zelosos?

Querriais, Aristias, adquirir á vuestro amigo la amistad de todo el mundo: si le falta alguna virtud, querriais podérsela dar: ¿y cómo creeréis que ama un ciudadano su patria, cuando lisongea y aumenta sus vicios, y no busca mas que hacerla incómoda, sospechosa y aborrecible á sus vecinos? Si vuestro amigo os consulta sobre los medios de merecer la reputacion en Aténas, y ganar la estimacion del público en las elecciones, ¿le aconsejareis que se manifieste sin fe; que olvide sus obligaciones; que use en toda ocasion de su derecho con el mayor rigor; que sea insolente y esquivo, y que ponga asechanzas á todas las gentes que trata? ¿Pues por qué aconsejan á la república nuestros mas sublimes políticos que manifieste á los estrangeros la misma conducta que reprenderéis en vuestro amigo? ¿Se adquieren los amigos por injusticias é injurias? ¿No tienen las repúblicas el mismo modo de ver, sentir y juzgar que los ciudadanos?

Sin duda, Focion, le dijo Aristias, sería una blasfemia imaginar que los Dioses hubiesen puesto la humana razon en contradiccion consigo misma para que pudiese aconsejar bajo el nombre de política lo que prohíbe con el de la moral; y es cierto que el falso amor á la patria ha perdido á muchos estados por no consultar el amor á la humanidad. No obstante, por el temor de poder ser engañada, sería traidor á mi patria, tan cercada de

vecinos ambiciosos, inquietos y sin fe, si le aconsejase que para su defensa se sirviese de las mismas armas con que es combatida. La moderacion, la justicia y la beneficencia serán engaños para la ambicion y el fraude. Por otra parte, si yo he nacido en una república que no posee mas que un corto terreno, y no puede armar muchos brazos para su defensa, ¿no sería imprudente en querer contenerla en su primera medianía, mientras que sus vecinos trabajan solamente en aumentar sus posesiones y mejorar su fortuna? Debo temer tantas fuerzas juntas; y me parece que solo acrecentándose ella misma, puede prevenir mi patria los daños que la amenazan.

¶ No, querido Aristias, le replicó vivamente Focion: si me ataca mi enemigo con armas falsas, yo me guardaré bien de abandonar las mías. Cuando creyeron nuestros oradores despues de la guerra de Medo que era hacer traicion al honor y á la fortuna de Aténas abandonar á Lacedemonia el mando de nuestros egércitos, y que era menester obligar á nuestros aliados á ser esclavos nuestros, puesto que la mar estaba cubierta de nuestros navíos; supongamos que los espartanos, siguiendo nuestro ejemplo, en lugar de servirse del engaño y la violencia, hubieran empleado para conservar el imperio de la Grecia las mismas virtudes, por cuyo medio le habian adquirido en otro tiempo. ¿Creeréis, querido Aristias, que esta política les hubiera sido ménos ventajosa que la nuestra, que fué la que adoptáron? Si no se hu-

hiera comenzado entónces á recelar de la mala fe de Esparta, y á temer su ambicion, nos hubieran corrompido fácilmente, reducido á los mismos aliados que irribamos contra nosotros por la dureza de nuestra conducta. Porque esta república habia abandonado sus armas para defenderse con las nuestras, los griegos, vacilantes y sin orden, tan presto se arrojaron sobre sus intereses, como abrazaron nuestra defensa. De esto se siguiéron tan iguales desgracias, y tantos sucesos infructuosos durante treinta años. No era esta una fortuna ciega y caprichosa, de que debiamos quejarnos, sino solos nuestros vicios, que eran la causa. Triunfó, en fin, Lacedemonia; pero no fué por ser superior al nuestro su gobierno: nosotros mismos le hubieramos oprimido á pesar de nuestra debilidad, si las casualidades que se declararon á favor de ella, se hubieran manifestado por nosotros.

Despues de habernos humillado, esperiméntó una suerte semejante á la nuestra. ¿Cuál fué la causa? Está misma injusta y engañosa política con que habia trabajado para sujetarnos. Recobrando su antigua virtud los espartanos, hubieran sofocado la ambicion y discordia que habian hecho nacer nuestras quejas, y tambien hubieran conseguido sin trabajo su primer imperio; pero multiplicaron sus enemigos, y no tuvieron ni otra regla ni otro principio para guia de sus operaciones que oponer un engaño á otro, una injusticia á otra, y una violencia á otra violencia. Si la ambicion y la injusti-

cia pudieran ocultarse bajo el velo de la virtud, y apropiarse sus obras, se las podia temer; pero no lo permiten los Dioses, porque haciéndose traicion en sí mismas, queda inútil su industria, de suerte que se conoce. Si mi enemigo es débil, ¿qué tengo que temer? Y si es poderoso, en renunciando yo mi misma moderacion, ¿he de ser tan poco hábil que no pueda con algun pretesto sujetarle? ¿Qué tengo que temer de esta artificiosa política, que solo quiere engañar, si sé esperar con paciencia á que apure sus fraudes y sus engaños, y reducirle á que me dé señales ciertas de su buena fe ántes que me vea obligado á tratar con ella?

Si vuestro vecino adquiere una ciudad ó una provincia, adquirid una nueva virtud, y seréis mas poderoso que él. ¿Qué nos importa que Filipo no hubiese vencido ni la Iliria, ni la Peonia, si estuviéramos sin vicios? ¿Seria ménos temible para nosotros, si no se hubiera retirado de las fronteras de Macedonia? ¿Por qué pues, querido Aristias, nos asustamos del aumento de alguno de nuestros vecinos? Si sujetó un pueblo débil por no defender con valor su independencia, ¿cuál será el fruto de esta brillante conquista? ¿Serán los poltrones y débiles mas fuertes para servir á su nuevo dueño, que lo fueron para conservar su libertad? Diréis que sujetará á una valerosa nacion; pero cuanto mas trabajo tenga en vencerla, mas debe desconfiar de su obediencia y fidelidad. Para no temer á los indóciles vencidos, será preciso humillarlos, hacerlos tímidos, y en una palabra,

privarse de las fuerzas que se había esperado juntar á las que se poseían. Se dice que Ciro, cansado de las frecuentes revoluciones de los lidios, les mandó que llevasen capas y una especie de calzados. Concediéndoles muchas fiestas, les debilitó por el uso de los placeres. Sublime política! Oh grandes Dioses! ¡Que Ciro no dejase en descanso á los lidios! ¡Para qué se han de comprar con los grandes gastos de la guerra unos vasallos inútiles y dañosos, mientras que sin trabajo, sin inquietud, y sin verter torrentes de sangre os adquirirán la buena fe, la justicia y la beneficencia unos aliados y amigos siempre prontos á sacrificarse por vuestros intereses?

Sírvanos de modelo la plausible política de Licurgo: si amamos á nuestra patria, busquémosla aliados, y no vasallos. Ya creo haberos dicho, mi querido Aristias, y hace algunos dias, que el órden que ha establecido el Autor de la naturaleza en las cosas humanas, jamas permitirá que el fraude, la injusticia y la violencia, que siempre están rodeados de enemigos ó esclavos, sirvan de fundamento sólido al poder de un estado. Acordaos de lo que hemos dicho. Citadme un pueblo que al fin no se haya debilitado y arruinado por sus mismas conquistas. ¡Cuál es la nación á quien no hayan debilitado y viciado los despojos y el abatimiento de los soldados vencidos? Los babilonios, los asirios, los medos y los persas, vencidos sucesivamente unos por otros, ¡qué les resultó de tanta ambicion, tantas guerras, tantos trá-

bajos y victorias? Una monarquía absoluta, señora de la Asia, no ha podido sujetar con millones de soldados á Atenas y Lacedemonia, dos pequeñas ciudades que no tenían mas que virtud.

Las grandes potencias, que amenazándonos escitan nuestros zelos, están destinadas á caer bajo su mismo peso. Son muy limitadas la vigilancia y las luces de los hombres, muy fuertes sus pasiones, y muy frágiles sus virtudes para que una provincia grande* pueda ser

* "No vemos, dice Aristóteles, *Polít. lib. vii. cap. 4.*, alguna ciudad bien instruida que incluya un gran número de ciudadanos; "y nos hace ver nuestra razon fácilmente las causas de lo que la "esperiencia pone todos los dias á nuestra vista. No es otra cosa "que el órden la buena policia: y cómo será capaz de recibirle "una gran multitud? Pues en este número hay muchos ciudada- "nos tentados de desobedecer á la ley, facilitando la impunidad "su excesivo número. No hay mas que un Dios solo, cuyo poder "gobierna el universo, que pueda mantener el buen órden en una "gran ciudad."

"Cuanta multitud sea bastante, no se dice rectamente de otro "modo que con la comparacion de los campos y ciudades vecinas: "sea tan grande el campo, que baste á otros tantos hombres mo- "derados, y no haya necesidad de mayor: tantos deben ser los "ciudadanos, que puedan rechazar á los vecinos que les injurien, "y auxiliar á los mismos cuando padecen injuria: cinco mil y cua- "renta sean los labradores por la comodidad de este número, los "cuales peleen por sus límites." *Platon de las Leyes, lib. v.*

Es uniforme la doctrina de los antiguos sobre esta materia: hacian poco caso de las que llamamos grandes potencias. Hoy las grandes provincias tienen ménos fuerzas que las que tenían en

sabiamente gobernada. Cuanto mas estendida sea la máquina del gobierno, estarán sus movimientos ménos prontos, exactos y regulares. Es otro tanto mas difícil reprimir en un grande imperio las pasiones que inclinan á la revolución, ó que envilecen el alma, quanto mas espuestos están allí por su parte los magistrados á tentaciones mas frecuentes y fuertes para la humana debilidad. Así me parece que en nuestras ciudades de la Grecia podria no faltar á las obligaciones de magistrados; y juzgo que si gobernase de sátrapa en la Persia, me contentaria precisamente con desear el bien, sin poder ejecutarle. Deben detenerse todos los resortes del gobierno en un grande estado, y todas las leyes son ne-

otro tiempo muchas repúblicas de la Grecia. No era extraño encontrarse en un territorio de una mediana estension treinta ó cuarenta mil ciudadanos; y los dueños de este terreno, gracias á la forma y policía de su gobierno, tenian para defenderle un ejército de treinta ó cuarenta mil hombres. ¿Cuántos reinos considerables no están en estado de mantener hoy egército semejante? La policía de los antiguos griegos, que no limitaba el empleo de los ciudadanos á un solo encargo, su frugalidad, la sinceridad de sus costumbres y sus fortunas domésticas, ménos desproporcionadas que las nuestras, multiplicaban sus fuerzas, su industria y su valor sin aumentar los brazos. ¿Sucede lo mismo con los pueblos modernos? Sin duda que no; y esto es lo que los hace débiles. Si quisiera seguir esta idea, y hacer ver las razones por qué un estado que hoy tiene diez millones de vasallos, no puede tener mas que un egército de cincuenta mil hombres, y mercenarios, necesitaba mucha estension.

cesariamente despreciadas. Miéntras que todo puede ser nervio, accion y fuerza en una república corta, parece que un grande imperio está herido de parálisis; y este es el motivo por el cual un puñado de persas ha conquistado en otro tiempo la Asia bajo el dominio de los medos. Esta es la causa de las desgracias de Xerxes; y por la misma han hecho temblar nuestros padres á sus sucesores aun en su misma capital.

Mi querido Aristias, prosiguió Focion, he procurado traer á principios fijos y ciertos esta ciencia que se llama política, de la que nos han dado los sofisticos una idea bien falsa; la miráron como esclava, ó como instrumento de nuestras pasiones; y de esto se sigue la incertidumbre é inestabilidad de sus máximas y sus errores, y las sediciones, que son su fruto. En quanto á mí toca, hago de la política el ministro de nuestra razon, y veo resultar de esto la felicidad de las sociedades.

Nada tendria que añadir á los principios generales que os he explicado, si todos los hombres fueran capaces de conocer y amar la verdad; pero esta es una esperanza, á que seria insensibilidad entregarse. Por cualquiera parte que se estienda la vista no se ve, ni se verá perpetuamente otra cosa que errores y vicios. No es esta la felicidad á que nos ha destinado la naturaleza y que quieren conocer los hombres: ellos desearian que se les enseñase á ser felices segun sus gustos y preocupaciones. Supesto que la razon desde el principio del mundo reclama inútilmente sus derechos con-

†
 tra las pasiones, esperemos, Aristias, que no será mas dichosa en lo venidero; y que el zelo, el odio y la ambicion, que han perdido tantos pueblos, repúblicas é imperios, ejercerán aun su ciego furor sobre las demas naciones.

En medio de este espíritu de latrocinio, con que está infestada la tierra, y que nadie puede desecharle, y en medio de los daños con que están amenazados los pueblos, no es suficiente á una república para no tener que temer á sus propias pasiones. Es menester que desconfie de las de los estrangeros, y que se mantenga en estado de contenerlas y reprimirlas. La justicia, la buena fe, la moderacion y la beneficencia que inspira el amor á la humanidad, son propias, como lo habeis visto, para conciliar la estimacion y afecto de los estrangeros, y por consiguiente para servir de defensa contra sus pasiones. Pero aun este apoyo y esta defensa, Aristias, no es impenetrable á la maldad de los hombres. Esperad, y veréis descarrearse las pasiones en su embriaguez hasta llegar á despreciar y aborrecer las virtudes. Reprimidlas entónces por el temor; esto es, haga la política una ley de no cultivar la paz, sino estando siempre dispuesta para hacer dichosamente la guerra.

No ignoro que un pueblo templado, que ama el trabajo y la gloria, y que teme á los Dioses, tendrá necesariamente valor en los combates, paciencia en las fatigas, y firmeza en las contrariedades. En cada ocasion tomará sin violencia la virtud que le sea mas útil. Sin

†
 duda que se reunirán todas sus fuerzas; y para evitar el daño, hará obrar de concierto á todos los brazos una voluntad misma. Pero tened atencion, Aristias, que estas calidades prestadas, si me es lícito hablar así, con las que solamente se ha familiarizado por un uso transitorio, no tienen algun poder. Si la paz misma no ofrece en una república la imágen de la guerra; si no están los ánimos acostumbrados á la idea de los peligros, y si no están los ciudadanos preparados para ser soldados por medio de la educacion: temed que regularmente les consternará la vista del daño, unido con su poca esperiencia. Es el temor una pasion de las mas naturales al corazon humano, y aun de las mas dañosas. Impedid que se manifieste al alma, porque no es tiempo de remediarla cuando el temor entorpece los sentidos y turba la razon.

Sea militar nuestra república. Todo ciudadano esté destinado á defender su patria: ejercítese cada dia en manejar las armas: contraíga-se en la ciudad el hábito de la disciplina necesaria en un campo; y así no solamente se formarán por esta política soldados invencibles, sino que dará una nueva fuerza á las leyes* y á

* "Se han de celebrar todas las danzas para que se haga bien la guerra; y toda destreza, facilidad y prontitud se ha de adquirir por la misma causa. Por lo mismo nos debemos acostumbrar á abstenernos de la comida y bebida, á padecer el frio, el calor y la dureza de la cama, y ántes de todo á no corromper la

las virtudes civiles: así se impedirá que las dulzuras y ocupaciones de la paz corrompan y vicien insensiblemente las costumbres; porque si las virtudes civiles, la templanza, el amor al trabajo y á la gloria preparan para las virtudes militares, las otras sirven de apoyo cuando les corresponde.

Desde que nuestro gobierno ha permitido, por favorecer á la pereza y debilidad, que las funciones civiles se separen de las militares, ni tenemos ciudadanos, ni soldados. Los hombres que creen que no necesitan del

“fortaleza de la cabeza y de los piés con ajenos vestidos.” Platon de las Leyes lib. xii. Se ve cuán propias son las virtudes que prescribe Platon á todo ciudadano para amar la templanza y el trabajo. El que quiera formar excelentes soldados, haga precisamente excelentes ciudadanos. Licurgo habia prohibido á los espartanos todo lo que se acaba de leer en el párrafo de Platon, y ellos obedecian fielmente á estas instituciones. El tiempo de la guerra, segun Plutarco, era para ellos descanso. Véase todo lo que los griegos y romanos hacian en su tiempo hermoso para prepararse egércitos invencibles. No se contentaban estos con que sus soldados fuesen mejores que los de sus vecinos ó enemigos, sino que querian hacerlos tan buenos como deben y pueden serlo. Creo que no seria imposible probar que todo estado en donde cada ciudadano no está destinado para defender la patria como soldado, jamas puede tener una excelente disciplina militar. Bien lo meditaba Mr. le Marechal de Saxe. Ved sus pensamientos, obra propia de un gran capitán, que habia estudiado en la guerra como filósofo. Si hay en un estado hombres limitados para sus empleos civiles, necesariamente ablandarán las costumbres públicas, y la debilidad de estas relajará los resortes del gobierno militar.

valor, no tardarán en darse á los placeres ó embrollos. Su carácter no conservará ni fuerza ni nobleza, y se oirá, no obstante, su voz en la plaza pública y en el senado. De esto se originan todos los decretos que nos cubren de un oprobio perpetuo, y de cierta delicadeza en el espíritu nacional que no permite algun recurso al bien. No estuviéron compuestos nuestros egércitos mas que de la liga de la república. Comparáron su suerte nuestros soldados con la de los ciudadanos ricos, ociosos y torpes que vivian en sus casas. Lleváron las armas con disgusto, y les pareció la guerra el último y mas bajo oficio, y no la hicieron despues sino con la esperanza del pillage, y de gozar algun dia el fruto de sus rapiñas. ¿Cómo seria posible formar en semejante milicia una disciplina austera y regular, sin la cual aun el mismo valor será inútil? ¿Cómo llegareis á dar á estos soldados avaros y mercenarios una idea de la generosidad que deben tener los defensores de la patria!

Son insensatos nuestros ciudadanos ricos en confiar á otros que á ellos mismos el cuidado de la república, y no prever que se esponen á perder esta libertad, estas riquezas, ociosidad y placeres de que son tan amantes. Cada día se aumenta nuestra bajeza con la corrupcion nuestra. O serémos al fin vencidos por nuestros enemigos, ó nos destruiremos con nuestras propias manos. No es menester envanecerse de que reine mucho tiempo un cierto convenio entre los ricos de no contribuir mas que con el enfado de los gastos de la guerra; y en-

entre los pobres, que haciéndola, la sienten á costa de su sangre. Secretamente se desprecian; y luego que la discordia se descubra entre ellos, será irreconciliable su aborrecimiento. Si estos triunfan, oprimirán su patria, y la darán un tirano para adquirirse un protector que les enriquezca y venga. Si los otros por una casualidad difícil de prever adquieren el imperio sin dividirse, reinarán temblando; y para librarse de un temor importuno, no querrán tener mas que una mercenaria milicia, siempre respetable á los ciudadanos ociosos, y con todo incapaz de servir de apoyo á la república contra los enemigos valientes y disciplinados.*

Se nos dice que en Cartago se ocupan sus ciudadanos en su comercio y riquezas, mientras que los soldados, comprados á precio de dinero, le han adquirido y conservan el imperio de Africa. Pero nada me hace vacilar este ejemplo. Si esta república, amado Aristias, me mostrara sus riquezas, su poder, sus egércitos

* Aunque Aténas no esperiméntó uno ni otro inconveniente, que Focion recelaba, no estaba mal fundado su temor. No se escaparon de él los atenienses sino porque cayéron bajo el poder de Filipo, á quien imprudentemente declararon la guerra. Es cierto que estas controversias son parecidas á aquellas de que habla Focion entre los ciudadanos ricos y pobres, que siempre contribuyen á arruinar la libertad en las repúblicas, ó las sujetan á sus enemigos. Todo estado en que el ciudadano no quiere tomar el trabajo de ser soldado, debe ser gobernado por soldados, ó por aquellos que tienen arte é industria para hacerse dueño de los egércitos.

y sus navios, como hizo Cresó ver su tesoro á Solon para probarle que era el hombre mas feliz del universo, responderia á los cartagineses que he visto una república pequeña, que no cubre el mar con sus bajeles, que ama su pobreza, que tiene pocos ciudadanos y vasallos, pero todos soldados, y creo que está su felicidad mas afirmada que la vuestra. Si se indignaban de mi libertad, les diria: ¿Por qué quereis que aprecie una prosperidad que pueden deshacer mil accidentes, y que está ligada á unas circunstancias que no pueden subsistir? Esperaba Solon á que muriese Cresó para juzgar de su dicha: así tambien sin aturdirme del poder de los cartagineses, para juzgar de su prosperidad esperaré á ver cómo resisten á las primeras empresas de sus mismos egércitos, y si tienen el suficiente valor para mantenerse y resistirles:* aguardaré que tengan que hacer con un enemigo valiente, que aunque pobre, sea ejercitado en la guerra.

* En efecto, se sabe que los egércitos de Cartago se amotinaron varias veces. Los soldados asalariados son avaros, y á estos se les pagaba con dinero. Si hubieran tenido un gefe ambicioso, hubieran destruido la república. Lo que añade Focion sobre la ruina de los cartagineses es una prediccion verdadera, y á su ejemplo se podia sacar la observacion de los estados comerciantes. Así son hoy todas las potencias de Europa, y es porque es general este vicio de su política, que ninguna de ellas conoce este inconveniente relativamente á sus enemigos. Pelean con armas iguales; pero si se formara una república Romana, ¿cuál sería la suerte de los estados comerciantes?

Si, como Creso, encuentran un Ciro, y si vienen á ser esclavos de algunos de sus generales, sabed, Aristias, que los políticos, que hoy admiran la sabiduría y prosperidad de los cartagineses, estarán obligados á mudar de lenguaje.

Si esta república ha adquirido grandes provincias, es evidente que los vencidos eran ménos fuertes y disciplinados que sus soldados mercenarios. Si domina sobre sus vecinos, sin duda que ha comenzado á comunicarles sus vicios. Entre los pueblos igualmente viciosos, no admiro tenga la superioridad el que pueda comprar mas soldados; pero no concluyais, Aristias, que se gobierna con sabiduría, porque queda perdido si alguno de sus vecinos se corrige de sus defectos. ¡Miserable república la que solo se sostiene por la debilidad y corrupción de sus vecinos y de sus enemigos! Este defecto de Cartago ha sido el de casi todos los estados; pues en lugar de considerar solamente sus esenciales necesidades y las de la sociedad, y de no buscar otra cosa que lo que le puede hacer dichoso en todas circunstancias y tiempos, se ha dejado engañar la imprudente política de los sucesos transitorios: no ha hecho mas que falsas reglas, y de estas se han seguido tambien tantas revoluciones, de que otros tantos pueblos han sido y serán aun miserables víctimas. Sí, Aristias: estoy previendo anticipadamente la caída de los cartagineses, porque veo que habrá sobre la tierra algunos pueblos siempre dispuestos á hacer la guerra á las naciones ri-

cas; y hasta ahora han sido el pillage del valor y la disciplina las riquezas que corrompen las costumbres.

¡Qué léjos estamos, exclamó Aristias, de los verdaderos principios de la política! La historia de la Grecia, y lo que se nos cuenta de las revoluciones sucedidas en los estados que dividian en otro tiempo la Asia, prueban mucho la verdad de vuestra doctrina y la infelicidad de nuestra actual situacion. Acostumbrado á oír decir á nuestros políticos que el dinero es el nervio de la guerra,* confieso que me ha costado dificultad el comprender qué puede hacerse sin ocasionar grandes gastos: hacédme el favor de disiparme mis dudas, y enseñadme por qué me engaño cuando me parece que es nuestra pobreza la que nos pone en la incapacidad de tener una flota y de pagar un egército.

Querido Aristias, le respondió Focion, estas bellas máximas, inventadas por la avaricia, y que por costumbre repiten hoy nuestros atenienses, no las hubierais

* Esto es lo que no se dejaba repetir en Aténas despues de la regencia de Pericles. Tucídides, *lib. i. cap. 9.*, le hizo decir en una arenga: "El dinero entretiene mejor la guerra que los hombres; pues estos solo son capaces de algunos pequeños esfuerzos." Cuando esta máxima de Pericles sea verdadera, es una prueba cierta de que la república jamas ha conocido los buenos principios de la política, ó que los ha abandonado, y de que están viciadas las costumbres. Una república semejante no debe hacer la guerra mas que contra enemigos tan viciados como ella, si no quiere correr á su ruina.

leído cuando nuestros padres vencieron á los persas en Maraton y Salamina. Mirando entónces la templanza, el amor á la gloria y al trabajo, el valor y la disciplina como el nervio de la guerra y de la paz, despreciaban la plata como inútil: eran pobres, y tuviéron una flota numerosa para combatir á Xerxes, que la construyéron de la madera de sus casas: no pagaban á sus soldados por ser estos ciudadanos, y tuviéron un numeroso egército de héroes.

Aristias, no es nuestra pobreza la que nos impide hoy el tener una flota y un egército: acusad á nuestras riquezas, que aumentándose, han inspirado á una parte de los ciudadanos una avaricia tan baja y tan sucia en la realidad, que no se atreve á gozar; y entregada al placer, jamas sacrificará su lujo y sus gustos á las necesidades de la república. Los resortes de la virtud son infinitos: cuanto mas se emplean, mas se multiplican; y por inmensas que sean las riquezas, se agotan. Produce prodigios el amor á la gloria, porque anima las grandes almas. Por el contrario, el amor al dinero solo produce cosas bajas, porque hiere los ánimos ruines. Si es el dinero tan poderoso como dicen los atenienses, ¿por qué no compramos un Miltiades, un Aristides, un Temístocles, magistrados, ciudadanos y héroes?

Cuando Aténas bajo la regencia de Pericles se enriqueció de los despojos de los vencidos y de los tributos impuestos sobre nuestros aliados, hubo un instante en que pareció haber adquirido la república un nuevo gra-

do de fuerza y poder. No teniendo aun tiempo de destruir nuestras antiguas costumbres, nuestras nuevas riquezas las empleamos generosamente en construir navios y comprar la amistad de algunos pueblos que comenzaban á venderla, y parecimos los árbitros de la Grecia. Engañados nuestros magistrados por esta apariencia de prosperidad, creyéron que las mismas virtudes que honraban nuestra pobreza, y que esta sola sostenia, serian tambien las ecónomas dispensadoras de nuestros caudales. Pensáron que la república jamas podria ser muy rica: grosero error! Haciéndonos avaros, apagáron con prontitud el oro y la plata todas las ideas de honor y generosidad, y nos entregáron á todos los vicios, haciéndonos amar el lujo. Se hizo el dinero el nervio de la guerra y de la paz, porque los atenienses vendiéron á su patria los servicios que en otro tiempo recibia sin salario. ¿De qué nos sirviéron entónces nuestras dañosas riquezas? Quanto mas adquiriamos, mas se depravaban nuestras costumbres: teniamos á bien el enriquecernos; y era siempre mas grande nuestro deseo, que nuestra fortuna. Mas pobres por nuestras necesidades, que ricos por nuestras rapiñas é injusticias, se empobreció la república, y esperimentó todas las incomodidades de la pobreza, porque tenian sus ciudadanos todos los vicios de los ricos.

Sonrojados de sus absurdos estos políticos insensatos por dar algun vigor á la república, que espiraba, que-

rian atraer á ella todo el oro y la plata* del universo. ¡Oh ciegos que pretenden llenar á costa del dinero sus

* Se me permitirá hacer aquí algunas reflexiones sobre el comercio, que miran las naciones modernas como el nervio del estado. Si acaso me engaño, deseo que algun hombre ilustrado en esta materia se digne hacerme conocer mis errores.

Acababa de decir Focion hablando del imperio que habian adquirido los cartagineses: "Entre dos pueblos igualmente viciosos, no me admiro que tenga la superioridad el que pueda comprar mas "soldados." Yo tambien diré que no estoy admirado de que entre los pueblos de la Europa que hayan igualmente abandonado los buenos principios de la política, el comercio, que es quien produce el dinero, ponga en estado de tener y entretener los egércitos mas numerosos. Pero preguntaré: ¿estos soldados, que no son mas que mercenarios, sacados del monton del pueblo, ó traídos por fuerza de otras posesiones, serán capaces de tener el valor y disciplina de los antiguos? Seria preciso un milagro para que estos asalariados sufriesen los trabajos y daños de la guerra con la misma paciencia y valor que los ciudadanos de Grecia y Roma, que nacia soldados, y peleaban por defender sus casas. Tambien se ha de observar en segundo lugar, que un estado que tiene estos soldados asalariados, debe estar rico: de lo que infero, que no puede tener una buena disciplina militar; porque no se puede ser rico sin tener las costumbres que dan las riquezas, y estas son diametralmente opuestas á las que pide la guerra. Bien sé que el lujo no ablanda á los soldados subalternos, pero sí á los gefes, y relaja con precision el vigor de la disciplina y el mando, aprovechándose de esto las pasiones para introducirse, si pueden á su gusto.

Si son verdaderas mis reflexiones, ¿se puede creer que los pueblos que proveen á su seguridad de otro modo que los romanos y

insaciables pasiones! Eran ricos nuestros padres con diez talentos, y nosotros somos pobres con dos mil; y

griegos se guien con prudencia? Se responderá que todos los estados gobiernan hoy sus milicias del mismo modo, y no resulta el menor inconveniente á cada potencia en particular, y por consiguiente que le es esencial tener mucho dinero para tener superiores egércitos á los de los enemigos. Me parece que esto no es descuir bien, porque las faltas de mis vecinos no justifican las mias. Habia oido decir que la política es la ciencia que hace el mayor bien de la sociedad, y no abunda en los errores de otras; y que ocupándose en el instante presente, debe abrazar el futuro, y ponerse en estado de no temerle. Puede formarse en mi vecindad una república Romana, ó una potencia que sepa conducirse por buenos principios; y entónces ¿cómo podrán mis soldados mercenarios, débilmente disciplinados, poner á mi patria al abrigo de todo insulto? Pensaban los cartagineses que ninguna mutacion habria en su situacion respectiva con sus vecinos; pero se engañaron. ¿Pues por qué no me engañaré yo pensando como ellos?

Son nuestras pasiones, y no nuestra razon, segun Focion, las que nos persuaden que el dinero es el nervio del estado. Los tesoros mas inmensos se apuran, y se ve su fin en breve tiempo cuando son los ánimos asalariados y avaros. Estos lo son siempre que el estado toma el partido de pagar en dinero los servicios que se le hacen: entónces ¿cómo será prudente en contar con sus riquezas? Por el contrario, cuanto mas se gaste en las virtudes, si es lícito hablar así, mas se aumenta por el ejemplo y la emulacion. Sola la virtud es el nervio de los estados: así solamente es sabio el que cuenta con ella. Las personas que hablan de estender el estado y enriquecerle con el comercio, ¿han pesado, como Focion, las ventajas y los inconvenientes propios de las riquezas? ¿Han hallado despues de un cálculo muy exacto que son mas con-

manejar, y sus placeres, que no se han de perturbar ni alterar, son los objetos ridículos que la política, ya sin

“Parecerá, añade Mr. Cantillon, que cuando un estado se estiene de por el comercio, y cuando la abundancia del dinero encarece el precio de los géneros y manufacturas, deberá el príncipe ó el magistrado retirar el dinero, guardarle para los casos imprevistos y procurar retardar la circulacion por todos los caminos imaginables, fuera de los del temor y mala fe, á fin de prevenir la gran carestía, y de impedir los inconvenientes del lujo. ¿Pero cómo será posible que los príncipes ó magistrados, acostumbrados á mirar las riquezas como origen de su felicidad y su fuerza, se atemoricen de la abundancia del dinero que se reparte en un reino ó una república? Mr. Cantillon lo observa. No es fácil, dice, apereibirse en el tiempo propio para una operacion semejante, ni saber cuando está mas abundante el dinero de lo que debe para el bien y conservación del estado y sus ventajas; porque los príncipes y gefes de las repúblicas, que no se embarazan con estos conocimientos; no procuran mas que servirse de la felicidad que encuentran por los muchos impuestos del estado, estender su poder, y aun insultar á las otras potencias bajo los mas frívolos pretextos.” ¿Por qué se han de pedir milagros? ¿Por qué se querrá que en un pais, en donde las grandes riquezas hacen al ciudadano avaro, pródigo, voluntario y perezoso, queden incorruptos los gefes de la nacion? Léjos de detener los progresos, ellos mismos darán ejemplo de él: mirarán la economía como vicio político: harán falsos principios sobre la circulacion del dinero, y creerán con buena fe que los estravagantes gastos de los ricos son necesarios para la subsistencia de los pobres.

Si por casualidad retirase el gobierno el dinero, retardando su circulacion por algun camino sabio y honesto, y formase algun tesoro, ¿no es evidente, segun Focion, que esto seria encubrir y

poder, ha llegado á mirar como las verdaderas necesidades del estado. Aumentad la corrupcion y el vicio

criar una serpiente en su seno? ¿Se puede conocer el corazon humano, y persuadirse que este tesoro no seria un escollo contra quien todos los sucesores del príncipe ó magistrado que le ha formado echarian todo su esfuerzo? ¿Es verosímil que resistan los encantos de la prodigalidad? ¿Se opondrian al deseo de los lisonjeros que los rodean? Se ocultarán las pasiones bajo el lenguaje de la razon. Representarán con apariencias de avaricia una cierta prudencia ilustrada, que quiere hacer circular la abundancia del dinero que iba á arruinarla. “¿De qué sirve, dirán, un dinero muerto, enterrado y que no circula? Tanto sirve dejarle en las minas del Perú, como condenarle á no salir de los cofres. No hay casos imprevistos para una nacion rica. Las riquezas producen riquezas. Dejad pasar á las manos de vuestro pueblo un dinero, que cuando le necesiteis, se os volverá con usuras.” Entónces se abrirán infaliblemente las puertas del tesoro; y este torrente del dinero detenido producirá males tanto mas funestos, cuanto la fortuna y el lujo se aumentarán con mas prontitud. Multiplicadas escesivamente las necesidades, apresurarán la revolucion que debe siempre producir la abundancia del dinero; y despues de haber tenido todos los vicios del lujo, se tendrán los de la pobreza, que parecerá intolerable.

“Para reparar las desdichas, dice Mr. Cantillon, causadas por la abundancia del dinero, y relevar de ellas al estado, es menester procurar que entre en él anualmente una balanza real del comercio, y hacer florecer por la navegacion las obras y manufacturas que están siempre en estado de enviarse á los estrangeros á mejor precio que cuando se ha venido á la decadencia y escasez de géneros. Entónces comienzan á hacer los negociantes su fortuna primera, que insensiblemente se repartirá sobre los de-

con nuestras riquezas, y llegarán á ser nuestros males mas molestos.

“mas ciudadanos. Pero cuando el dinero venga segunda vez mas abundante al estado, entrarán el grande consumo y el lujo, y caerá segunda vez en su miseria. Este es poco mas ó ménos el círculo que podrá hacer un estado considerable que tiene fondos y habitantes industriosos, y puede un hábil ministro hacerle comenzar siempre que quiera.”

Suplico al lector medite profundamente este pasage de Mr. Cantillon. ¿No es preciso inferir que es una política falsa y errónea la que mira como principio de la felicidad del estado un medio que no procura las riquezas mas que para traer en su seguimiento la pobreza? La verdadera política quiere una felicidad mas durable. Es verdad que un estado que tiene á las riquezas como nervio de la guerra y de la paz, está destinado á pasar por perpetuas revoluciones del lujo á la pobreza, y de la pobreza al lujo. Esto es, segun Mr. Cantillon, lo que puede proponerse mas ventajoso y mas esquisito de la política mas hábil. Si Mr. Cantillon, en lugar de considerar los efectos de las riquezas y el comercio, hubiera observado (y nadie mas capaz de esto que él) todo el cuerpo de la sociedad; es verosímil que pensaria como Focion. Léjos de querer que una república, cuyas grandes riquezas han arruinado los caudales, procure hacer entrar en balanza real de comercio, le aconsejaria se aprovechase de esta decadencia para reprimir el lujo y avaricia, tener mejores costumbres, hacer estimar la pobreza, ó á lo ménos aprender á pasarse sin las superfluas riquezas. ¿No seria superior esta política á la del ministro que cuidase de hacer empezar otra vez el mismo círculo de pobreza y riquezas, de que habla Mr. Cantillon?

No es fácil á un ministro hacer que comience este círculo en un estado cuya fortuna está en decadencia. Seria necesario que el

La naturaleza, amado Aristias, no ha hecho los hombres para poseer tesoros. ¿Pues por qué hay ricos, y tambien pobres? ¿No nacemos todos en las mismas necesidades? ¿Reparte sus bienes con una liberal economía? pues usemos de ellos con prudencia. La ley que permite que se formen grandes fortunas en una república, condena á una multitud de miserables á perecer en la necesidad; y no es la ciudad mas que un reparo, y un conjunto de tiranos y esclavos, zelosos enemigos unos de otros. Probad entónces á hacer brotar en ella las virtudes que causan la dicha y la fuerza de la sociedad, y será el colmo de la locura. No obstante, mirad lo que intentan nuestros políticos, deseosos del oro y de la plata. Echan semillas de avaricia, de malos deseos,

gobierno socorriese á los ciudadanos, y disminuyese los derechos para favorecer el comercio; pero no lo hará. La abundancia pasada le ha acostumbrado á muchas necesidades, y estas arruinarán la república. Lo tengo por imposible; pero quiero que tenga magistrados atentos siempre, bien intencionados y hábiles para hacer comenzar este círculo de que habla Mr. Cantillon: ¿qué resultaria de esto? Estará el estado en el último extremo de su daño, si en el instante de pobreza, que seguirá á las abundantes riquezas, forma uno de sus enemigos el proyecto de invadirle. La política de este hábil ministro, que hace empezar el círculo dicho, no sirve mas que para preparar un infortunio á la república, y ponerla en el caso de ser invadida ó dominada por algun enemigo suyo. ¿Y es así como ha de florecer un estado, y afirmar su verdadera prosperidad?

de debilidad, de injusticia, de engaño, de odio, &c. y esperan ver nacer de esto la templanza, la justicia, el valor, la generosidad y la concordia.

Se os ha dicho, Aristias, y se repite sin cesar en Atenas, que es necesario el dinero para hacer una guerra larga, ó llevarla léjos de su territorio; y mirad que esto mismo prueba cuán dañosas sean las riquezas. ¿Por qué se ha de desear á los hombres el que puedan estender y perpetuar el mas temible rayo de la humanidad? Mientras que la Grecia ha sido pobre, han sido cortas las guerras de nuestras repúblicas: nos hemos enriquecido, y han sido bastantemente largas para encender unos odios perpetuos, y para romper todos los lazos de esta alianza, que hacia nuestra seguridad interior y exteriormente.

Si Licurgo tenia razon para decir á los espartanos: ¿Quereis ser siempre libres y respetados? Sed siempre pobres, y no intenteis jamas hacer conquistas. Yo os pregunto: ¿De qué utilidad pueden ser estas empresas que se hacen léjos del propio terreno?

Me diréis que hay aliados á quienes oprime la injusticia, y es preciso volar á socorrerlos. Sin duda que es necesario atender á sus obligaciones; pero sean vuestras costumbres y vuestras necesidades buenas y sinceras, y os dará la tierra en todas partes una abundante subsistencia. ¿Qué tesoros tenian los escitias cuando partiéron de sus selvas para hacer la conquista de la Siria? Un arco, una flecha, unos dardos v un gran va-

lor era todo lo que poseian. Estímese vuestro valor y vuestra buena disciplina, y no dejarán que os falte alguna cosa los aliados mismos cuya defensa tomáis.

Pero á lo ménos, dijo Aristias, aunque los ciudadanos templados y laboriosos amasen la pobreza y la gloria, ¿no podria la república tener un tesoro que no le abriese sino en una necesidad estrema? No, querido Aristias, respondió Focion; y si sois prudente, no espondréis á está tentacion la virtud de vuestros ciudadanos. ¿Para qué guardar entre nosotros este cofrecito de Pandora? No se trata aquí de fingir quimeras, y de juntar en la teórica cosas insociables en la práctica. Desconfiad como yo de todos estos tesoros públicos, que es quimera quererlos fundar en un estado cuyas costumbres son depravadas; pues por muy severas que sean las leyes que velan en el cuidado de este depósito, hallará la avaricia el secreto de saquearle con toda libertad. En una república virtuosa jamas pensarán los magistrados prudentes que su virtud no le baste. Si juzgan poner algun tesoro público, ya es esta una señal de que su virtud se altera; y su imprudencia, en lugar de afirmar el estado, deshace sus fundamentos. Estad seguro de que no estarán contentos los ciudadanos con su pobreza cuando el estado juntare riquezas. Yo sacaria de esto, Aristias, una regla general. Segun que la política se ocupa mas ó ménos en sus tesoros y riquezas, es mas ó ménos dichosa la república, y mas ó ménos separada del momento de su ruina.

ENTRETENIMIENTO V. Y ÚLTIMO.

De las consideraciones ó medios que debe usar la política para reformar una república cuyas costumbres están viciadas. Del uso que se puede hacer de las pasiones. Diferentes enfermedades de los estados.

¡QUÉ instantes tan felices hemos pasado en la casa de Focion! A la vuelta de nuestro paseo sobre las orillas del Cefis, tan celebrado por nuestros poetas, tomamos una moderada comida, durante la cual nos entretenimos con alegría y buen humor. Querido Cleofanes, nada valen los convites del gran rey, respecto de las legumbres compuestas por la muger de Focion. Chancéabase este del lujo de su mesa, que comparaba á la salsa negra que usaban los espartanos. Cuando Aristias, dijo, esté un poco mas apercebido de la filosofia, yo le trataré al estilo de Lacedemonia, pues por hoy aun es preciso cumplimentarle: de otro modo podia llevar á mal lo que á Licurgo le parecia bien. Despues que Focion hizo una especie de oferta á los Dioses tutelares de Aténas y á los suyos domésticos, pasamos á su jardín. Veo vuestra impaciencia, dijo á Aristias; pero descansemos un poco á la sombra de esta higuera ántes de partir á Aténas; y supuesto que lo quereis, volverémos á tomar nuestra moral y política.

¶ Querido Aristias, no querriais al presente otra cosa, continuó Focion, que conocer los remedios que se pueden aplicar á los males actuales de nuestra república, é instruiros de los medios que nuestra situacion os presenta para salir de ellos: no obstante vuestra impaciencia, he tenido la crueldad de hablaros de los principios fundamentales de la política: no creais que he querido haceros una orgullosa ostentacion de mi filosofia; porque si no me engaño, os es fácil opinar que sin los socorros de estas primeras verdades, que deben servir de inmutable regla al hombre de estado en cada una de sus operaciones, jamas se os pudiera decir algo que satisfaciese vuestra razon. Yo me hubiera perdido, y tambien vos siguiéndome. Corregiríamos una necesidad con otra, imaginando medios, de que no tendria necesidad la verdadera ciencia de la política. Tal vez os hubiera propuesto paliativos inútiles, y aun capaces de irritar mas el mal que queriamos aliviar.

Si he dicho para convenceros de esta verdad que la Providencia ha establecido cierta union entre la moral y la política; que la felicidad de los estados consiste en la práctica de las virtudes, y que siempre empieza su ruina por algun vicio; os será fácil en adelante no caer en alguna de las faltas que han cometido muchos hombres grandes. Teneis una piedra de toque para juzgar de la bondad de vuestras operaciones. Cuidaréis de no imitar á Temístocles, que porque Aténas fuese señora de la Grecia y de la mar, propuso quemar la flota de

los griegos, que internaba en el puerto de Pagaso. Juzgó Aristides que nada era mas útil para los atenienses que este proyecto; pero que al mismo tiempo nada habia mas injusto. Actualmente seréis, Aristias, mas sabio que el justo Aristides; y no admitiendo distincion entre lo útil y lo justo, lo dañoso é injusto, juzgaréis que nada podia ser mas pernicioso para los atenienses que la empresa injusta de Temistocles. Esto era hacernos odiosos á la Grecia á costa de una ventaja transitoria. ¿Quien podria contar con nosotros despues de semejante perfidia? ¿Quien no hubiera despreciado nuestra alianza, y detestado nuestros juramentos? Reunidos los griegos, se hubieran conjurado para nuestra pérdida; y para vengarse no hubieran temido implorar los socorros de la Persia pidiéndola sus navíos.

El decreto que se propone al pueblo ¿es propio para hacerle amar alguna virtud, ó para apartarle de algun vicio? Pues favoreced esta ley con todas vuestras fuerzas, y estaréis seguro de que servís útilmente á vuestra patria. Condenaréis á Agesilas, que viendo que un gran número de ciudadanos habia huido de la batalla de Leuctro, y que la república tenia necesidad de soldados, fué de sentir que se dejase por esta vez sin ejecucion la ley que notaba la infamia á los cobardes.* ¿Qué espe-

* Un espartano que huía del enemigo, quedaba escluido de las públicas asambleas, y aun de las particulares. Era deshonor unirse con él por casamiento. Debía afeitarse una parte de la barba.

raba de un ejército de fugitivos? Todo el mal lo causó la debilidad, y por eso era necesario entónces mas que nunca el rigor de las antiguas leyes, que habia hecho invencibles siempre á los espartanos. Favorecer á los fugitivos, no era reparar la derrota de Leuctro, y ademas de esto, se preparaban nuevas desgracias á Lacedemonia.

Despues de las reflexiones que hemos hecho hasta ahora, podeis sin trabajo formaros una regla para juzgar de la importancia de las leyes. Las que son mas propias para templar nuestras pasiones y para arreglar las costumbres públicas, son tambien las mas necesarias, y deben considerarse como las mas sagradas. No es lícito despreciarlas en algun tiempo, en alguna circunstancia ó bajo cualquier pretesto. Méenos espantado quedaria viendo tomar á las mugeres nuevos adornos, y afectar nuevas gracias, que de cualquiera conmocion en la plaza pública, ó de la ambicion de un magistrado que

Todo ciudadano que le encontraba podia castigarle, sin que á él le fuese permitido defenderse. Despues de la batalla de Cannas fuéron los romanos mas sabios que Agesilas en la de Leuctro, pues no quisieron rescatar los prisioneros que habia hecho Annibal. "Ni la verdadera virtud, una vez que cae, procura guardarse en los peores lugares," segun Horacio en el admirable discurso de Régulo al senado romano. Viendo los soldados romanos que era preciso ó vencer ó perecer, fuéron mas valientes; y los espartanos no tuvieron valor en adelante para reparar su derrota y su reputacion, viendo que la pusilanidad quedaba sin el merecido castigo.

quisiera elevarse y ser superior á sus compañeros. Cuando subsisten las leyes de las buenas costumbres, están las demas en seguridad; pero su decadencia introduce necesariamente la ruina del gobierno.

Aunque todo vicio sea pernicioso, así como toda virtud es útil, es preciso no abandonarse á un zelo ciego é indiscreto cuando se medita en la reforma de una república corrompida. Se debe proceder con cierto método. Así como hay virtudes fecundas que se prestan un mutuo socorro, y que debe cultivar la política, principalmente en una república que todavía las posee, hay tambien vicios que sirven como de matriz y fogon á la corrupcion; y para esto es para lo que debe trabajar de intento la política, prohibiéndolos en una república viciada.

Tiene á su cabeza ese vicio, cuyo nombre ignoro (monstruo de dos cuerpos, compuesto de avaricia y prodigalidad), que jamas se cansa de adquirir y disipar, y cuyas necesidades, siempre recientes é insaciables, á ninguna injusticia se niegan. Si es débil, y se manifiesta aun con alguna reserva, reunid vuestras fuerzas, y atreveos á combatirle con valor. Perseguidle hasta sus últimas trincheras; y si no se vence, nada habeis hecho. ¡Qué error el de algunas repúblicas prohibir el lujo del público, y tolerarle en el seno de las familias: convidar á la modestia de las leyes que prohiben el gasto, y alterarlas por la pompa de las fiestas públicas!

Si este vicio, despues de haber corrompido todo el

cuerpo de los ciudadanos, reina con tanta desvergüenza como imperio, no haréis otra cosa que irritarle y prepararle una nueva victoria atacándole de frente. Burlaos entónces de él, ponedle asechanzas, y obrad con la prudencia de un general, que no atreviéndose á dar la batalla á un egército, cuya superioridad conoce, le incomoda en sus operaciones, le corta las fuerzas, y procura, en una palabra, fatigarle y arruinarle sin apresurarse en nada. Este monstruoso vicio de que os hablo, produce otros mil, que son otros tantos aliados, auxiliares ó guardas que velan en su custodia y seguridad, y sobre estos debe caer vuestro principal esfuerzo. Poned espías á las circunstancias favorables para vuestra empresa. Ya notaréis á la debilidad y prodigalidad de que manchan la reputacion, y ya envileceréis el lujo, y quiza llegaréis algun dia á hacer reglamentos, que poniendo limites á la industria y á la avaricia, harán desaparecer en la fortuna de los ciudadanos la desproporcion enorme que corrompe á todos igualmente, aunque por diferentes vicios.

Siguiendo despues, Aristias, en la cultura de las virtudes el órden que os he manifestado, veréis caer los vicios mas perniciosos á la sociedad, porque nada es mas opuesto á la avaricia que la templanza. El amor al trabajo destruye la pereza: el de la gloria y el temor á los Dioses aniquilarán el instinto bajo y grosero que impide á todo ciudadano vicioso buscar su felicidad particular en la pública.

Pero es preciso confesar que hay tiempos en que por prudencia se ha de renunciar este método. Debe entónces la política destruir el vicio por la virtud que está ménos remota del pueblo, y no por aquella que, aunque sea mas contraria al mal, no es en aquel caso ventajosa á la sociedad. Por ejemplo, Aristias, tenemos hoy una ley que aplica á la representacion de comedias los fondos destinados en otro tiempo á la guerra, y está prohibido con pena de muerte el pedir su revocacion. No hay mas alabanzas en Aténas que para los que adornan el teatro, como son comediantes y músicos. Las mugeres desocupadas y desenvueltas han comunicado á la juventud su descompostura y simpleza. Nuestros magistrados y sus cortesanas hacen tráfico público del poder de la magistratura: miran con ojos diferentes, y tal vez con alegría, los males de la patria, de que se aprovechan. El pueblo, envidioso y fatigado de su ociosidad, vive solamente de las gratificaciones que pródigo el estado le comunica: miraria como tirano á un magistrado bueno y docto; y no juzgándose libre sino cuando tiene licencia de hacer impunemente lo que quiere, le veis en las elecciones tumultuarse contra el mérito, y en favor de la ineptitud, que no se hace temer. Parecemos todos á aquel ateniense que dió su voto para condenar á Aristides al ostracismo,* solo porque estaba cansado de oír siempre llamarle el justo Aristides. ¡Creeis que

* Un género de destierro en Aténas.

en semejantes circunstancias será necesario manifestar á los atenienses las verdades que he puesto á vuestra vista? Las mismas gentes que gimen nuestros desórdenes, y desean aun el bien nuestro, se espantarian y caerian en desaliento viendo el inmenso espacio que teniamos que vencer. Los malos ciudadanos, á vista de lo que sabiamente se les propondria, queriéndoles privar de sus vicios, creerian que se les quitaba violentamente su felicidad.

Todo lo que he dicho respecto de los sabios de la antigüedad me hará pasar por un insensato para con unos, y por un perturbador del descanso público para con otros. ¡Y qué esperanza tendré, querido Aristias, para unirlos en mi favor? Toda reforma pide ser guiada con extrema circunspeccion; y esta misma parece algun nuevo castigo con que el Autor de nuestra naturaleza corrige nuestros vicios, y por el cual nos advierte estemos con cuidado contra una corrupcion que es difícil remediar.

Para destruir las preocupaciones es necesario dar la condescendencia algunas veces hasta parecer que se adoptan. Para arruinar un vicio, es preciso fingir que se favorece otro. Pero conozco que os entretengo mucho con las consideraciones que debe entónces usar la política: por nuestra gran corrupcion nada tenemos que temer de un inmoderado zelo por la virtud; y supuesto que toda virtud es útil, y que ninguna hay que no prepare nuestro corazon para recibir otra, ensayad á dife-

rentes represas, sin cansaros las disposiciones de vuestros ciudadanos. Después del primer suceso no perdais el fruto despreciando el segundo. Procurad avivar en los corazones alguna chispa del amor á la gloria, que esta es la única de todas las virtudes, que por el socorro de la vanidad puede aun mostrarse en medio de una estrema corrupcion. ¡Serán vanos todos vuestros esfuerzos! Aun falta el último medio á la política, que es servirse de las mismas pasiones para debilitar y arruinar poco á poco su imperio.

¶ A estas palabras, querido Cleofanes, no pudo impedir la risa mirándome nuestro principiante en los secretos de la sabiduría. ¡Son algunas veces útiles, dijo, las pasiones! Sí, querido Aristias, le respondió Focion, como lo son los venenos que la medicina suele convertir en remedios. Con todo, replicó Aristias, entre todos los medios para corregir un pueblo vicioso, sospecho que no es el mas desagradable el de emplear nuestras pasiones. Leí ayer la República de Platon, y vi que no le disgusta en ella mirar los placeres del amor como un remedio de que debe servirse la política para animar al valor y llevarle* hasta las acciones mas he-

* Pero el que portándose diestramente se aventajare á los demas, sea primeramente coronado aun en la misma expedicion por todos y cada uno de por sí de los jóvenes y muchachos que militan juntamente con él. ¿Te parece bien? Bien por cierto. ¿Y qué, no deberán darle todos las manos? También esto. ¿Y ade-

róicas. Supuesto pues que puede ser aguijon y precio del valor, querreis, Focion, sin duda, que dirigido por una diestra mano, contribuya para hacer mas fácil la práctica de las virtudes mas precisas á la sociedad.

Nada de eso, respondió Focion sonriéndose; y de vuestra propuesta, Aristias, queriendo adivinar mi pensamiento, infiero que aun no sois dueño de vuestras pasiones ni de vuestro corazón. ¡Qué autoridad acabais de citarme? ¡A Platon el grande, el amigo de Sócrates y el confidente de sus pensamientos! ¡Me atreveria yo á no someterme á su opinion si no me hubiera enseñado él mismo en su escuela que el hombre mas sabio paga tributo á la humanidad, y que nuestra razon solo ha de vencerse de la verdad!

Estoy viendo, Aristias, que quereis que la muger mas bella fuese la recompensa del hombre mas valiente, justo y prudente; pero considerad cuánta fuerza daria semejante ley á la mas imperiosa pasion, enemiga del orden, y que no se sabe reprimir. ¡No ha sido el primer cuidado de todos los legisladores poner reglas al amor!

mas no te parece á tí... Qué? que deba recibir el beso de cualquiera que sea, y darlo él? En verdad que me parece lo mas principal de todo. A esta ley juzgo que se ha de añadir, que mientras estuvieren en la expedicion, á ninguno se le prohiba besar á quien quisiere; porque si alguno estuviere prendado del amor de algun hombre ó muger, se haga mas fuerte para conseguir la victoria. *Platon de Rep. diálog. 5.*

De esto han nacido en todos los pueblos las santas leyes del matrimonio. Aunque quiso Platon que fuesen comunes las mugeres en su República, ¿cuántos requisitos, y aun si cabe honestidad, no puso en esta especie de escesos? ¿No es su objeto separar el corazon de todo particular afecto para atraerlo mas estrechamente al estado? Sin duda que nuestros padres nada entendian de esto. Estaban ciegos; pues á pesar de sus buenas costumbres y de sus bellas acciones en Maraton, Salamina y Platea, me pesa que Temistocles y Pausanias, en lugar de las recompensas con que en nosotros se honraba el valor, hayan hecho publicar á la cabeza de sus egércitos que el mas valiente griego tendria por premio á la mas bella muger de su patria. ¿Qué tardamos en proponer este admirable ejemplar? Preparados nuestros soldados por las ideas de la galantería á ser trabajadores, disciplinados y obedientes, triunfarian felizmente de los soldados de Filipo, que tiene la indiscrecion de querer que haya buenas costumbres en su campo.

Lo mismo sucederia respectivamente en cuanto á nuestros senadores y magistrados; porque es evidente que en concediéndoles á proporcion de su mérito algun derecho en el pudor de las mugeres, seria un medio infalible de atraerlos á la integridad magestuosa que debe formar el carácter de los magistrados. Sin duda que el tiempo que emplean hoy en seducir bellezas, seria en adelante consagrado al servicio de la república, y que una sabia emulacion... Pero ¿hablamos seriamente,

querido Aristias? ¿Es posible que se conozcan tan poco los efectos de la liviandad que ablanda el corazon, é irrita el espíritu, para que queramos hacer de ella el principio de la magnanimidad y prudencia? ¿No se sabe cuán inconstantes son, y cuánto fatigan los placeres que alhagan nuestros sentidos? Hay una edad en que son incógnitos; otra en que serian trabajosos; y en el intermedio de estas dos edades es el amor una embriaguez que turba continuamente la razon.

Por las pasiones que hieren inmediatamente nuestros sentidos, nos hacemos semejantes en la condicion á los animales: jamas pueden ser honradas como substancias inteligentes, y no se las hace honestas sino sujetándolas á las leyes de la razon. En algun modo escuso á la juventud que se estravia, porque cada edad tiene desgraciadamente sus enfermedades; pero quiero que en lugar de aplaudir sus errores, queriendo ennoblecerlos, tenga valor para desaprobarnos, y tambien que la razon conserve su libertad; y que poniendo honestidad á la maldad misma, se avergüence de las imperfecciones de los sentidos.

No ignoro que la esperanza de los placeres ha producido algunas veces cosas grandes. Sé que los scitas conquistaron en otro tiempo la Siria porque tenia suntuosos palacios, deliciosos licores, y mugeres muy adornadas. No me admiro que estas pasiones brutales hayan dado á un pueblo salvaje valor y atrevimiento. Pero ¿estas mismas esperanzas hubieran producido las mis-

mas calidades en un pueblo delicado y debilitado por los placeres? Observad, Aristias, que desde el instante que empezaron estas pasiones á gozar el precio de su victoria, se hicieron los valientes scitas tan flojos y débiles como los pueblos que habian vencido; y que estas mismas pasiones no les diéron alguna virtud de las que constituyen un buen ciudadano. El amor á los placeres hizo en ellos héroes; y el gozar de ellos les hizo incapaces de conservar sus conquistas. Presos ó degollados por sus esclavos, apenas duró su imperio cinco olimpiadas.

El transitorio bien que pueden producir estas pasiones es muy dudoso y muy corto: el mal que las sigue muy cierto y muy durable para que la política deba hacer uso de él. No os citaré mas ejemplo que el de Ciro. Reinaba este príncipe sobre un pueblo templado, activo y laborioso. Parecia que despues de haber inundado mucho tiempo los vicios á la Asia, habian respetado á la Persia. No conoció Ciro su felicidad; y engañado por una infeliz ambicion, ó tal vez ignorando que ni la estension de los dominios, ni el número de las provincias hacen la grandeza del príncipe y la seguridad de su nacion, quiso tener la gloria de ser el fundador de una poderosa monarquía. Presentó á sus vasallos la abundancia, la riqueza y los placeres de los reinos vecinos como precio de su valor y sus conquistas. Todo se venció; pero apenas hubo Ciro sujetado la Asia, cuando se apagó ó se frustró la recompensa que habia pro-

metido al valor de sus soldados. Vió afeminarse por los placeres á los persas, anteriormente virtuosos y llenos de amor á la gloria. “Si no cuidamos mas, les decia en otro tiempo, que de juntar riquezas sobre riquezas; si nos entregamos temerariamente á los gustos, y pensamos que la ociosidad y la pereza deben ser el premio de nuestros trabajos y pueden hacernos dichosos; no tardaremos en perder lo que hemos adquirido.” Era sin duda sabio el aviso de Ciro; pero llegó el dia en que debia ser castigado de su ambicion, y de los medios imprudentes que habia empleado para satisfacerla. Viciados sus vasallos por la esperanza, y despues por la consecucion de sus deseados placeres, no se hallaban en estado de oírle. Hizo esfuerzos inútiles para acordarles sus antiguas virtudes; y en lugar del título que creia merecer de fundador de una monarquía floreciente y poderosa, vió con sentimiento suyo que habia viciado á los persas, y que no dejaba á sus sucesores mas que un imperio ménos firme en la solidez con que lo habia recibido de sus padres.

Estas son las pasiones del alma de que puede servirse la política, porque nacen con nosotros: no mueren sino con nosotros: nunca se cansan, y se puede en cualquier acontecimiento darles la tintura de la virtud. Tales son la envidia, el zelo, la ambicion, el orgullo y la vanidad. Son horrosas por su naturaleza: preparan al alma para ser injusta; y abandonadas á sí mismas, llevan á los mas abominables excesos. No obstante, al-

con su sangre. Nuestros padres dejaron al fin esta situacion; y tan honestos y generosos eran entonces los

deseaban con mas sabiduría que los otros, que se hiciera un misto de estos dos gobiernos. Eran pobres entonces los atenienses: no tenian lujo, ni conocian mas artes que las útiles. Nada prueba mejor sus buenas costumbres que el sacrificio que cada partido hizo de sus intereses particulares al bien público, tomando á Solon por árbitro, juez y legislador.

Si se hace memoria de la vida de Solon por Plutarco, no se admirará el poco caso que parece hace Focion del legislador de su patria. Nos ha conservado Plutarco algunos retazos de las poesias de Solon, en que los placeres y el deseo de ellos son ponderados de un modo poco conveniente á un sabio. Segun se cree, se habia dado á ellos en su juventud, y en la vejez á la ociosidad y deleites de la mesa y música. Ganado por las caricias de Pisistrato, abandonó los intereses de su patria, y acabó siendo lisonjero, vano, amigo y consejero del opresor de su patria y de la libertad pública. Como legislador no hizo mas que paliar los males de Atenas; y bajo el pretexto de que los atenienses no eran capaces de tener mejores leyes que las que él les daba, no les dió mas que estas medianas. Es preciso que sean poco sabias las leyes cuando su autor las alaba. No contentó Solon ni á los ricos, ni á los pobres, queriendo contentar á todo el mundo. Dió poca autoridad á las leyes y magistrados, lo que dejó subsistir las preocupaciones antiguas, é impidió que el gobierno se afirmase.

Muchas leyes de Solon son sabias si se consideran separadamente; pero no se apartan del mismo principio, por caminar al mismo objeto: algunas veces se contradicen y son oscuras. Es cierto que si Solon hubiera tenido las luces, el genio y firmeza de Licurgo, hubiera podido aprovecharse de la confianza que hacian de él los atenienses para hacerlos dichosos, y formar un gobierno como el de Lacedemonia.

odios, que sacrificó cada partido sus esperanzas y resentimientos al bien público: se convino en pedir leyes á Solon, prometiendo obedecerlas. ¡Qué fácil hubiera sido entonces aplicar remedio á los males de la república! Si nuestro legislador, hombre de un carácter débil y limitados talentos, hubiera sido un Licurgo, seriamos hoy felices, y floreciente la Grecia, de la que no hubieramos turbado la union y la paz.

Viendo pasar á nuestros padres bajo el yugo de Pisistrato, se tendria por sinrazon el desesperar de la república. Las costumbres austeras y varoniles debian servir de medio contra la tiranía. Era grande el mal; pero los espíritus estaban capaces para sobrellevar mayor remedio. El valor virtuoso de los atenienses se indignó con la servidumbre. La república, cuyas partes todas permanecian sanas, haciendo un esfuerzo para coger al tirano, rompió fácilmente las cadenas, y volvió á parecer mas libre que nunca. El amor á la patria tomó una nueva fuerza, y nuestros padres hicieron prodigios de valor y magnanimidad.

No me cansaré de volveros á decir, mi querido Aristias, que la política juzga de las enfermedades por las costumbres, como la medicina por el pulso. Aunque Pisistrato fuese un tirano, como enviado por toda la cólera de los Dioses; esto es, que temiese hacerse aborrecible por las violencias; que ocultase con destreza el yugo que queria imponer; que obrase con una fingida dulzura, y que se cubriese bajo la máscara de la justi-

cia y bien público: no pudo ni engañar ni cansar la firmeza de nuestra república. Por el contrario, aunque los treinta tiranos, á cuya obediencia nos condenó Lisandro, eran monstruos odiosos; no habia derecho sagrado para ellos; derramaban torrentes de sangre; y en una palabra, aunque sus abominables escesos debian inclinar á nuestros padres á la desesperacion, inspirándoles alguna virtud: oprimida é infeliz Atenas, solo supo llorar y temer, porque entónces no teniamos costumbres; porque Pericles nos habia viciado y debilitado por la ociosidad, la pereza y el uso de los placeres, y porque cada ciudadano, oprimido en su casa de necesidades inútiles, no tenia patria.

Fué menester que Trasibulo, desterrado y fugitivo, viniese á romper nuestras cadenas; pero no habiéndose conjurado contra nuestros vicios como contra nuestros tiranos, fuimos incapaces de aprovecharnos del trastorno que habia producido su valor. ¿Qué nos servia re- prender nuestro antiguo gobierno, cuando nuestras costumbres viciadas habian relajado y roto todos sus resortes? ¡Oh, Trasibulo, qué grande seria tu gloria, si por un segundo favor hubieras puesto á tu patria de modo que se aprovechase del primero! Era menester armar tu brazo contra nuestros vicios, y desarraigarnos nuestros placeres para hacernos libres.

El último término de los males de la república es, prosiguió Focion, cuando los ciudadanos se han familiarizado con la afrenta; y estando tranquilos, aunque cu-

biertos de ignominia, no les parece la gloria mas que una vana quimera. ¡Una filosofia criminal hace que se mire con lástima un héroe y un hombre de bien! Contad pues, Aristias, con que todo se ha perdido. No será en adelante agitada la república con conmociones violentas, porque tiene mas vicios que suponen una oculta fuerza y soberbia en el alma. Temed esta pérdida calma: no está la verdad en todos los corazones, y sí la mentira en todas las bocas: no es solamente el vil interes la regla de las acciones de los ciudadanos, sino tambien el alma de sus pensamientos. Veréis á los magistrados ponerse mutuamente asechanzas. Veréis al ambicioso infamar con calumnias y querer perder á sus competidores; pero no le veréis darse un mal rato para ser mejor que ellos. En una palabra, los mas bajos vicios han puesto los espíritus en un mortal letargo que no deja esperanza de salud.

A estas palabras, querido Cleofanes, que nos presentaban un retrato de nuestra situacion, caimos Aristias y yo en una profunda consternacion: creimos oír una sentencia de muerte contra nuestra patria. Yo temblaba viéndome en un abismo sin salida, de donde no podia ser oído ni de los Dioses ni de los hombres. Aun el mismo Focion, como asustado de la fiel pintura que habia hecho de nuestros vicios, interrumpió su discurso; y bajando la vista, parecia que estaba sumergido en algun lúgubre desvarío. Se me ofrecian mil ideas que oprimian rápidamente mi espíritu. Decíame á mí mismo:

demonios en favor de la justicia y buenas costumbres? Imitad su ejemplo por la salud de Aténas: no está aun apagada la virtud en todos los corazones. Hablad. ¿Qué es preciso hacer? La amistad de Nicocles os favorecerá. Yo no temeré los peligros. Aun hallaréis, como Licurgo, treinta ciudadanos capaces de seguiros. Pero nada os mueve. ¿Os contiene vuestro respeto á unas leyes que ya no existen? ¿Temeis usurpar un derecho...?

No, querido Aristias, le respondió Focion. Bien sé que no es tirano aquel que no usurpa la autoridad breve y transitoria mas que para restablecer, afirmar y asegurar la libertad pública. Cuando reina la ley, debe obedecer todo ciudadano; pero cuando por su ruina la sociedad está disuelta, puede hacerse magistrado: queda todo ciudadano revestido del poder que le da la justicia; y debe ser su primera ley la salud de la república. Mereció Trasibulo una inmortal gloria por habernos librado del yugo de treinta tiranos: no dudeis seria superior el que nos libertase de cien pasiones mucho mas crueles que Critias.

Pero aun no conoceis bien todos los males. Hablándoos de diferentes enfermedades con que una república está poseida, nada os he dicho sino de las circunstancias que, en algun modo extranjeras á la nuestra, pueden hacer su situacion mucho mas deplorable: pueden tener que temer alternativamente sus vicios y los de sus vecinos. Lo que duplica mi sentimiento en cuanto á nuestra patria es que veo meditar su ruina mutuamente

á todas las ciudades de la Grecia, miéntras que tenemos á la puerta un ambicioso y temible enemigo, que no espera mas que el menor pretexto para tomar parte en nuestros asuntos y oprimirnos. Tememos servir á su ambicion queriendo salvar nuestra república. Una mutacion como la que hizo Licurgo en Lacedemonia no puede ejecutarse sin causar una estrema agitacion en los espíritus. ¿Qué resistencia no harian nuestros ciudadanos viciados á la virtud que se les acercaba y á las buenas costumbres? Enardecidos por la proteccion de nuestros vecinos zelosos é inquietos, les veriais levantar la voz de tiranía, y llevar sus quejas á toda la Grecia y Macedonia. Entónces Filipo, con el pretexto de proteger una parte de nuestros ciudadanos y de hacernos dichosos, se meteria en la Atica. Sus tributarios, sus amigos y los enemigos de la virtud le abririan nuestras puertas, y él no faltaria á favorecer el partido de la injusticia y malas costumbres para hacerse necesario, y echar los fundamentos de su dominio en Aténas.

Débiles y viciados por el interior, y amenazados esteriormente, debemos hacernos una política conveniente á nuestra nacion. Esta es tal, que un remedio activo causaria necesariamente nuestra pérdida. Es menester otro tiempo y otras circunstancias para corregirnos; y suplico á los Dioses que las proporcionen: las dispondrán, Aristias: esta Macedonia, que nos atemoriza, solo se mantiene sobre una basa frágil, esperando que entre en la oscuridad de que Filipo la ha sacado: no cui-

demostremos mas que de la conservacion nuestra. Contentémonos con no perecer: á lo ménos tengamos, á falta de otras virtudes, la modestia y la prudencia. ¡Cuánto temo la elevada elocuencia de Demóstenes! Si por nuestra desgracia nos sacase de nuestra inaccion, y nos llevase de un instante de embriaguez ó de indignacion á declarar la guerra á Macedonia, seriamos perdidos. Los esfuerzos inútiles que ha hecho para despertar en nosotros algun género de virtud, ¡no le podrian haber convencido de que solo tenemos un poco de cólera, y de que no somos tan felices que conservemos algun tiempo esta pasion? Todo lo que pide valor, prudencia y consideracion es temerario entre nosotros.

Es propio de las pasiones el manifestarse, y obrar algunas veces con una especie de entusiasmo. Los ociosos, los avaros, &c. tienen sus ratos de valor y prodigalidad; pero es preciso desconfiar de ella. Quanto con mas violencia sale una pasion de sus límites, tanto está mas dispuesta para entrar en ellos. Para poder contar con nuestras pasiones es menester que, apagadas y vueltas á encender por el recobro de lo perdido, hayan dado tiempo á nuestra alma para contraer los hábitos. Los nuevos son frágiles, y los fortifican las pruebas medianas y repetidas; pero los destruyen los grandes obstáculos. De todo esto infiero, que por ahora no podemos sacar algun socorro de nuestras pasiones. Dicen que puede sernos favorable la suerte; pero solo pertenece á una república virtuosa esperar acontecimientos dicho-

sos, y saber aprovecharse de los favores de la fortuna. Yo digo continuamente á los atenienses: No sois el mismo pueblo que triunfó en otro tiempo de las fuerzas de la Asia. Me opongo sin cesar á la temeraria politica de Demóstenes: aconsejó la paz, porque la guerra causaria nuestra ruina: conozcamos nuestras fuerzas, ó por mejor decir nuestra debilidad; y supuesto que no somos los mas fuertes, tengamos la prudencia de ser amigos de los que lo son.

Calló Focion despues de haber pronunciado estas últimas palabras con un tono mas bajo que el resto de su discurso. Se detuvo un poco; y mirando á Aténas, adonde nos acercabamos, se llenaron de lágrimas sus ojos. ¡Ah, querido Cleofanes, qué elocuentes son los llantos de un hombre grande! Sois jóven, Aristias, dijo Focion; y quieran los Dioses que no seais testigo de las infelicidades que amenazan nuestra patria: cualquiera que sea el futuro acaecimiento, armados de una constante sabiduría: jamas abandoneis la república: guardadla desde hoy, dando ejemplo de buenas costumbres á una desenfadada juventud, que debería ser la esperanza de la patria, y la pierde. Si algun dia son escuchados vuestros consejos; si tomais en la mano el gobierno de este bajel que hace agua por todas partes, no cuideis de separaros del puerto, ni os espongaís en la mar ancha, sino despues de haberle calafeteado. Si traen los Dioses circunstancias mas dichosas; si no tenemos mas que temer que á nosotros mismos; si nos dejamos de

do, y os debeis dar priesa á adquirirlos. Se debian conocer muy bien las leyes y costumbres de su pais, las de sus aliados, y en general las de todos los pueblos de quienes se puede esperar ó temer alguna cosa. El comercio con los hombres os enseñará á tratar con ellos: no obstante esto, no esperéis que vuestra esperiencia sola os pueda dar todas las luces de que tendréis necesidad. Si no sabeis mas que lo que habeis visto, conoceréis en cada instante el peso de vuestra ignorancia, á ménos que no os engañe una presuncion loca. Adquiriréis conocimientos seguros estudiando en las causas de los acaecimientos felices y desgraciados. Lo pasado es imágen ó prediccion de lo venidero. Contad las virtudes y vicios de un pueblo como Júpiter, que, segun los poetas, ha pesado en su balanza de oro el destino de las repúblicas y de los imperios, y sabréis los bienes y males que debeis esperar.

No seréis un buen ciudadano, querido Aristias, si desde ahora no os preparais para ser un dia un escelente magistrado. Jamas aspireis á un empleo, de que ántes no hayais adquirido los conocimientos necesarios para desempeñarle bien. No hay tiempo de aprenderle cuando es menester ejecutarle; y si se ejecuta sin estar instruido, no se tiene otra guia que la práctica, que se deja arrastrar del curso de los sucesos. ¿Quereis cumplir con gloria vuestra magistratura? Procurad conocer las obligaciones de todos los magistrados que con vos parten la administracion de la república. El que no cono-

ce mas que una rama del gobierno, le administrará mal. No tengais con ellos mas que un mismo interes; y no pidais jamas por soberbia que sacrifiquen los empleos de que están encargados al que se os ha confiado. En fin, querido Aristias, conservad preciosamente vuestra reputacion. No basta que el magistrado sea hombre de bien; es menester que su virtud no pueda ser sospechosa. Si el pueblo os juzga justo, podeis estar seguro de que las leyes, de que seréis el ministro, tendrán una fuerza infinita entre vuestras manos, y que os será fácil trabajar para la pública felicidad.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

SUSCRICION

AL

NUEVO TESTAMENTO.

LOS Editores de la "BIBLIA Vulgata Latina traducida en Español, y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y Espositores Católicos, por el Illmo. Señor D. FELIPE SCIO DE SAN MIGUEL, Obispo de Segovia," creen útil manifestar al respetable público que, con los 53 números ya publicados en 9 tomos, concluye la impresion del Antiguo Testamento, y que continuará en los mismos términos la del Nuevo Testamento, en la que se empleará letra nueva que hará mas hermosa la edicion.

Las Máximas del Evangelio y amonestaciones de los Santos Apóstoles, que deben ser la norma de los verdaderos Cristianos, se comprenden en esta parte de los Libros Sagrados; su lectura y meditacion ayudada con las notas del sabio Scio, admitidas en todo el orbe cristiano, lo hacen mas recomendable: deseando los editores generalizar la adquisicion de estos Libros, admitirán suscripciones para solo el NUEVO TESTAMENTO, en los términos siguientes: por QUINCE pesos recibirán, dentro de un año, el Nuevo Testamento en dos tomos empastados, pagando diez pesos al tiempo de suscribirse, y los cinco restantes al recibir el segundo tomo: ó recibirán los números pagando su importe al tiempo de la entrega, del mismo modo que se ha verificado con el Antiguo.

Se admiten tambien suscripciones á toda la obra, pudiendo recibir los suscritores mensualmente un tomo de lo publicado, y los números que lo vayan siendo, pagando su valor al tiempo de la entrega.

Recibirán las suscripciones en esta oficina.

MEGICO, SETIEMBRE DE 1834.

EN ESTA OFICINA SE HAN PUBLICADO, Y SE hallan de venta, los libros siguientes.

ENTRETENIMIENTOS DE FOCION SOBRE LA SEMEJANZA y Conformidad de la Moral con la Política. Traducidos del griego de Nicóles con notas por el Señor Abate Mably; y del francés por D. Martín Fermín de Labiano, presbítero, doctor en sagrada teología. Precio 1 peso á la rústica y 12 reales en pasta.

SIMON DE NANTUA, ó EL MERCADER FORASTERO. Escrita en francés, y traducida libremente al español por D. Torcuato Turio de la Riva. Precio 5 reales á la rústica y 1 peso en pasta.

Esta obra mereció el premio costeado por un anonimo, y propuesto por la Sociedad de Instrucción Elemental de París, en favor del libro mejor y mas á propósito para servir de lectura, no solo á los habitantes de las ciudades, villas y lugares del reino, sino mas principalmente á los discípulos de las escuelas de enseñanza mutua.

CONSEJOS DE LA AMISTAD, ó ESTUDIO NECESARIO A LA felicidad del hombre y la de la sociedad. Segunda edición mejicana. Precio 3 reales.

Este librito, aunque de corto volumen, es gigante en sus doctrinas enseña en un estilo conciso las obligaciones del hombre en sociedad, sujeta á su juicio las calidades que deben hacerlo recomendable u odioso á sus semejantes, y le demarca el camino que debe seguir para lograr la felicidad.

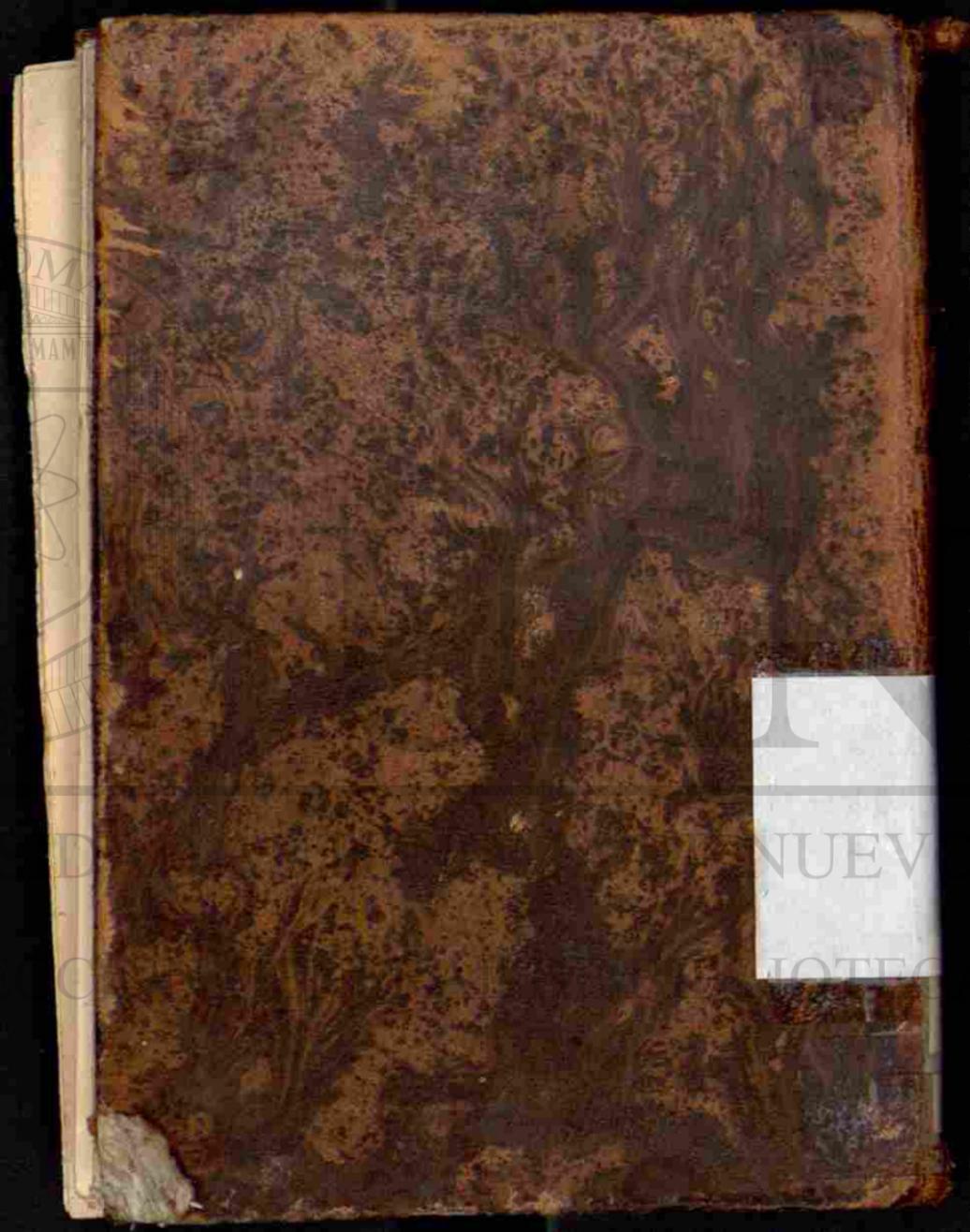
LAS VELADAS DE LA QUINTA, ó NOVELAS é HISTORIAS sumamente útiles para que las Madres de familia, á quienes las dedica la autora, puedan instruir á sus hijos, juntando la doctrina con el recreo. Por la Señora Condesa de Génilis. Precio 4 pesos á la rústica y 5 en pasta.

Este libro es uno de los mejores y mas recomendables para la educación de los niños, y uno de los mas acomodados á la capacidad y al gusto de la tierna juventud. Su correcto, sencillo y elegante estilo, y los ejemplos morales del mas feliz y gracioso enlace, elegidos con la mayor discreción y buen juicio, de que está sembrado, empuñan y sostienen agradablemente la atención, no solo de los niños, sino tambien de las personas ya formadas de la edad mayor.

COLECCION DE ARANCELES para los Tribunales, Juzgados, y oficinas de Justicia, Gobierno y Real Hacienda, que comprende la ciudad de Méjico. Arreglados por la real junta establecida en real Cédula de 29 de Junio de 1738. Aumentada con varias providencias legislativas de los Congresos mejicanos y españoles. Precio 5 pesos á la rústica y 6 en pasta.

Hace mucho tiempo que esta recopilación solamente la ha poseído un corto número de literatos, y que su escasez y necesidad ha hecho su adquisición tan costosa como difícil. La presente edición, que va aumentada con las leyes vigentes de las cortes españolas y de los congresos nacionales, será de la mayor utilidad y conveniencia no solo para los Jueces, Letrados y Escribanos, sino para todo ciudadano.

COLECCION CON MAS DE CIENT LISTAS PARA LAVANDERA, á 4 reales.



M
MAM
D
C

NUEV
BIBLIOTECA